

Tray Mocha

Revista Semanal



Nº. 888

"UN TRANCE DIFICIL"

Últimas creaciones de la moda femenina



1 — Elegante traje propio para la hora del te. Está confeccionado con crespón Georgette negro. El cuerpo adornado con un dibujo perlado blanco. Hebilla de onix negro y espalda guarnecida con hilas de botoncitos llanos, recubiertos con crespón Georgette negro. — 2 — Traje para la tarde, ejecutado en crespón Georgette color azul viejo, con incrustaciones de encaje teñido del mismo tono azul viejo.

FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912

Dirección, Redacción y Administración: CERRITO 607

Año XVIII

Buenos Aires, abril 30 de 1929

No. 888



NUESTRO LLAMADO AL INTENDENTE



La campaña iniciada por FRAY MOCHO en favor del saneamiento moral y edilicio de la metrópoli, problema que preocupa a nuestras autoridades municipales de manera intensa y permanente, ha merecido ya la atención de estas y fué recibida entusiastamente por el público. Nuestros lectores nos expresan en numerosas cartas, a

las cuales adjuntan serias denuncias que daremos a conocer en ediciones sucesivas, que FRAY MOCHO debe ser "la revista de acción" del periodismo argentino. No es otro nuestro propósito. Aspiramos a señalar abiertamente, todo aquello que afecte los intereses superiores del pueblo, al que nos debemos por entero, sea cual fuere su índole y categoría. En nuestra sección "Señor Intendente" iremos poniendo de relieve cuanta observación podamos recoger en la ciudad sobre incumplimiento de las ordenanzas municipales y leyes de la Nación, como así mismo cuanto atente contra la salud moral y física de la población ciudadana. Las autoridades municipales y judiciales tendrán así ocasión de colaborar en una obra que no puede ser más oportuna, según entendemos y conforme lo han advertido nuestros lectores. FRAY MOCHO dará concretos, claros y precisos, acompañados de las pruebas gráficas correspondientes que evidenciarán los casos en que le toque intervenir con inflexible criterio a la Intendencia o la Justicia.

DOS SUGESTIVOS TELEGRAMAS, SOBRE NUESTRA CAMPAÑA EDILICIA

Entre la correspondencia que hemos recibido apropiado de la campaña, iniciada por FRAY MOCHO en defensa de la moral, la higiene y la estética urbana, los siguientes sugestivos telegramas merecen transcribirse por expresar claramente la simpatía con que el público vió nuestras publicaciones de números anteriores.

Uno de los telegramas referidos, dice así:

"Señor Director de FRAY MOCHO. Capital. Celebro la preocupación que demuestra su importante revista por los asuntos que interesan a todos. El artículo sobre el deplorable

estado de los terrenos de la Diagonal, tan mal utilizados por los concesionarios que ustedes denuncian, debe ser tomado en cuenta por el señor Intendente, que es persona bien inspirada y enérgica. También en eso de los números de varietés en los cines centrales hay mucho que tallar. Lo felicito. Y adelante!— José Gartiga. Avda. San Martín, Villa Devoto."

El otro telegrama a que aludimos viene firmado por la señorita María Elena Dagorri y está concebido en los siguientes términos:

"Señor Director de FRAY MOCHO. Capital. Muy bien por su campaña contra los malos concesionarios de la Diagonal. Es una observación la suya que ya había apuntado yo. Las autoridades municipales deben proceder si realmente se preocupan por los intereses del público. Otra campaña interesante es la que anuncian sobre los espectáculos de varieté en los cines. Y otra aún es la que me permito insinuarles contra esos locales que fueron desalojados del Paseo de Julio y que ahora afean la estética y la moral pública en plena calle Corrientes y en la Avenida de Mayo. Muy bien, muy bien, señor Director! — María Elena Dagorri. Capital Federal."

DELITOS DE PRENSA



El general Mosconi, Director de los Yacimientos Petrolíferos Fiscales, inició acción por calumnias e injurias graves contra un diario vespertino que lo acusara de hipotéticas irregularidades en la administración de aquella dependencia, que alcanzara bajo sus órdenes un prestigio y un desarrollo asombrosos. El magistrado

que entendió en el asunto, una vez establecida la absoluta inconsistencia de las publicaciones de aquel diario, condenó a su dueño a retractarse públicamente, lo que hizo en un acta dada a conocer por el Juzgado respectivo.

El caso es aleccionador. Por más que la honorabilidad indiscutible del general Mosconi estuvo siempre a salvo de apreciaciones semejantes, su actividad viene a demostrar que el delito de prensa no está al margen de la Ley, que quienes lo comentan no pueden quedar impunes de las sanciones pertinentes. La prensa, que se debe a la verdad más estricta y a los bien entendidos intereses públicos, tiene que observar la responsabilidad de sus publicaciones. Es lo que no hizo el diario aludido, pretendiendo manchar por error o mala fé la integridad de un funcionario probo, activo e inteligente como el general Mosconi.

PROGRESAMOS

Que el país se halla en franco tren de progreso lo evidencia el superávit de más de seis millones de pesos que registra la recaudación aduanera en lo que vá del corriente año hasta el 15 de abril actual. La diferencia a favor registrada sobre lo percibido en igual término de tiempo durante el año anterior es, ciertamente considerable. Se trata de un signo del buen Gobierno actual, que ha infundido confianza amplia al comercio y a todas las ramas de la actividad, a tal punto que un grupo de banqueros americanos ofreció abrir al país un crédito total para todas las obras públicas que quisieran realizarse en el país. Anotamos la halagadora comprobación, porque no todos los días pueden hacerse tan gratas constancias.

I

Esto que voy a contar sucedió en mi pueblo, en ese pedacito de tierra argentina, encerrado por colinas pintorescas que rodean, formando una eclipsis de algunas leguas, el valle tributario del Famatina. Allí está Nonogasta, asiento legendario de mis ascendientes, cubierto de viñedos y alfalfares, y cruzado de arrogantes alamedas que se divisan de lejos como las avenidas de un paraíso, de inalterable ventura, de inextinguible verdor.

Por aquel tiempo, — el de mi historia, — toda la gente de faena, los mozos y las mozas robustas y rozagantes como árboles nuevos a los cuales no falta riego ni cuidado, andaban revueltos y avispadados con la proximidad de las fiestas de Santa Rosa, la rosa mística protectora de nuestra América, y por advocación especial, del antiguo pueblo de Anguinán, distante unas tres leguas y al pie de una de esas colinas circundantes.

Todos preparaban trajes vistosos y lucidos; sacaban a orear sobre los cercos las prendas de lujo del fondo de las patacas, y cuando esto se hacía en todos los ranchos de la población, parecían vestidos de gala, con grandes mantos de espumilla de seda, de colores provocativos y dibujados con toda exuberante floricultura, pero que ondearan airosos sobre la espalda mórbida de las chinitas, frescas y gordiflonas, movedizas y decidoras, cuando monten a caballo y emprendan el galope hacia el pueblo vecino el día de las fiestas, en caravana bulliciosa, como que irán llenas de esperanzas de sus primeras conquistas o del cumplimiento de pasadas y secretas promesas.

La primavera tenía la culpa de todo aquel alboroto, y de que las pacíficas haciendas de la aldea señorial reboasen de contento, de risas y de preludios de futuras canciones, porque ya los viñedos podados y listos empezaban a verdear con los primeros brotes; los durazneros inmensos, alternados con grupos de cepas, hallábanse plétóricos de sus flores de un rosado sangriento como mejillas de niña robusta, y parecían, mirados a distancia, como si no hubiese más que flores sobre todas las fincas; los zorzales cantaban melodías, perdidos entre los bosques de árboles frutales y de rosales silvestres como si cada uno llamase por cantos convenidos a su querida para la estación del amor: había locura en la naturaleza, desborde en el colorido y en los brotes de las plantas, gritos y cantos de fiestas por todos lados y anuncios de desordenada alegría en los corazones. Era la primavera la única culpable, porque aquel año quiso derramar sobre la aldea y sobre las almas juveniles toda la riqueza de sus arcas toda la pompa de su reino y la borrachera de su savia peligrrosa.

MAURICIO

Por Joaquín V. González

El día de la fiesta, bien de mañana, junto con los amagos del sol primaveral, una cabalgata numerosa emprendía la marcha hacia el pueblo donde el festival de Santa Rosa de Lima celebrábase con el concurso de todas las gentes comarcanas de tres, de cinco, de siete leguas a la redonda. Había que llegar antes de la misa, y por eso se apuraba a los caballos, y las muchachas se valían de esto para apartarse solas con sus acompa-

da", cuando la tenía y le enviaba los regalos para el avio del viaje.

La mula de Mauricio, — que este era el nombre del mozo, — estaba para rajarla con la uña, porque la había tenido a pesebre para ese día y era un animal providencial. El la quería como a un pedazo de su ser, porque en los mil trances que a un hombre de parranda y de pendencia, de travesías y patriadas le suceden, ella le había salvado la vida cual una

EL RIO

Que he perdido el cariño de lo bello,
—dicen—y en mi fatal filosofía
he dejado la flor del pensamiento
morir de tedio y de melancolía.

Que mi rosa de otoño ya no es rosa,
ni es poesía mi verso obscuro y triste;
que en mi trágico vaso hay sólo sombra
y que mi amor antiguo ya no existe.

Preguntaré: ¿la flor no cuaja en fruto?,
¿no copia el pozo la lejana estrella?
¿no hay un diamante en el carbón obscuro?
¿no es la última rosa la más bella?

Dios bien lo sabe, que mi amor inmenso
duplica con la noche que se allega,
y que en el hondo lago del silencio,
más pura cada vez, mi alma navega.

Qué importa si mi verso se transforma
perdiendo su prestigio en la contienda,
más allá del Impreio de la Forma
se halla la Eternidad, dulce y tremenda!

Effímera corola solitaria,
—he dicho alguna vez—el verbo mío
pasará transparente como el agua,
pero esa agua de amor ha de ser río...

Río que fluya de la vida misma
hacia el Oriente puro suspirando,
y al través del Desierto, día a día,
pródigamente azul, vaya aumentando!...

Fernán Félix de AMADOR

ñantes, dando carreras para que ellos las sigan y haciendo flamear las cintas multicolores y los flecos de los pañolones de seda.

Mientras el alegre grupo se alejaba por el ancho carril al son de risotadas y vidalitas, allá en el patio del rancho se quedaba solo un mocetón fornido y de casta árabe, ensillando la mula favorita con el apero de los días grandes: cabezadas, riendas y estribos con chapas de plata, lazo nuevo a los tientos, y asomado por debajo del pellón de merino las borlas de la alforja, bordada por la mano de la "pren-

divinidad protectora.

Así podía beber tres días y tres noches encajado sobre la montura y sin apearse un instante, como tomar, ya perdido el conocimiento, el rumbo que quisiera, seguro de que la mula le había de sacar ileso y llevar al patio de su rancho de Nonogasta, aunque para ello tuviese que recorrer los campos, cortando selvas y caminos extraviados y aun en las tinieblas de la noche.

Mauricio estaba triste, y antes de montar para seguir la caravana, sacó de la pintada alforja una bo-

tella de aguardiente y entonó el pecho con el primer trago de la fiesta, que había de ser memorable. Cuando revoleó la pierna para enhorquetarse en la montura, y se acomodó bien en los estribos y en el asiento, sacudió los pies para ver si las rodajas de las espuelas repicaban en forma y se puso en camino.

El era uno de los muchachos más queridos de toda la hacienda; descendía de viejos servidores encanecidos en compañía de sus amos, y era respetado por los de su clase por algo superior reflejado en el acento, en la mirada y en los modales ennoblecidos por la proximidad de los patrones. Por eso sus bodas con la mejor de las muchachas del pueblo, con la linda Carmen, fueron un triunfo, y por eso también, para su desdicha, cuando la perdió para siempre, al año de desposada, apenas le salvaron de resoluciones desesperadas y locas. El prometió a uno de mis abuelos que no haría disparates, pero le dejarían en cambio el derecho de llorar y de sufrir toda la vida, y de ahogar de cuando en cuando sus penas como el corazón se lo pidiese... Nunca el recuerdo de su Carmen le había asediado más que aquel día. Como que toda una historia de felicidad se renovaba para él entonces: hacía un año que en esa misma mula, primorosamente enjaezada, se marchaban a las fiestas: ella iba a las ancas en una alfombra nuevecita, y prendida de la faja de seda encarnaba que modelaba el cuerpo atlético de su novio, así, bien cerca, para que él pudiese, a escondidas de los otros, volver la cara para darle un beso delirante sobre la mejilla ruborosa y cálida...

¡Recuerdos terribles los del pobre Mauricio! Pero un trago más del aromático licor de la uva le espantó la visión tenaz, y quiso distraerse cantando a solas algunas tonadas alegres. Al salir de la población se alza, o mejor dicho, se halla reclinado el pobre cementerio donde casi todos mis antepasados reposan, y donde hacía apenas un año Mauricio había depositado el cadáver de su "Carmen idolatrada", como le solía decir en coplas de amante; y allí la mula, siguiendo una costumbre dolorosa de su dueño, se detuvo un instante en frente del portón siempre abierto del humilde refugio.

Sintió el joven vido un golpe sobre el corazón, como si una mano invisible lo hubiese lastimado por dentro, y cerrando los ojos para acortar la cadena de lágrimas y hacerse la ilusión de que, apagando el mundo exterior apagaba el de lo íntimo, clavó los ijares de la mula y casi al galope se alejó por el camino de las fiestas. A todo esto, ya la comitiva hacía mucho que había llegado a Anguinán, justamente antes de empezar la función de la Patrona. Cuando dieron vuelta al último recodo del camino, se oían los repiques ju-

guetones de las campanas de la iglesia, y muy pronto vióse la fachada triangular con unas manos de blanco, lo que le daba a lo lejos el aspecto de una paloma con las alas abiertas. El campanario es tan sencillo que inspira un sentimiento indefinible de ternura, y hasta dan deseos de ser hondamente devoto para consagrarse a la indigencia evangélica y a la vez seráfica que aquella construcción revela... Encaramados sobre un travesaño de madera del cual penden las pequeñas campanas, algunos muchachos del pueblo las habían tomado por su cuenta, y, a guisa de repiques, ejecutaban sobre ellas como si redoblasen en un tambor dianas victoriosas, aires de regocijo que iban a recorrer de prisa y atropelladamente todos los rincones del circuito de graciosas colinas: como que el señor cura les había dado plena libertad para meter todo el barullo que quisiesen, ahora que llegaba la ocasión y como quien alegra la gente.

Cuando la caravana monogastina asomó a la plaza del pueblo, notóse un movimiento de júbilo en todos los vecinos y forasteros que pululaban en frente de la iglesia esperando el último toque. Reventaron miles de coheteillos regalados para la función; los muchachos de la torre hicieron exclamar en alborozadas bienvenidas a las campanas, y todos, por fin, sintieron anuncios de que las fiestas serían esta vez, como nunca, espléndidas, grandiosas... ¡Qué proyectos y preparativos! Pero no es hora todavía de pensar en eso, porque la misa va a empezar; ya ha entrado todo el gentío en la iglesia y sólo se siente después un profundo, religioso silencio que dura un largo rato.

Afuera habían quedado únicamente los hombres encargados de los estruendos y de las salvas en el instante de alzar, para lo cual haría la señal un negro colocado en la puerta... Cuando fué tiempo, las campanas lanzaron verdadera lluvia de repiques acelerados, y desde la plaza estremecieron los cerrillos circunvecinos las "camaretas", los cohetes y los buscapies, encendidos todos a una voz, y las descargas de una compañía de voluntarios armados con fusiles de chispa, preparada también para el acto.

Después, cuando terminó el oficio, salían los feligreses de la pequeña nave, apretándose en la puerta, y con sus vistosos y abigarrados trajes hacían el efecto de una bandada de pájaros a los cuales se les hubiese de pronto abierto la prisión. Todos corrían a buscar sus cabalgaduras, amarradas del cabestro a la sombra de los grandes árboles de alguna finca próxima, y formados de nuevo los grupos, se dispersaban entonces yendo a las pulperías o a las casas donde se habían preparado los bailes para los tres días de las fiestas. En breve empezaron a oírse

en distintos puntos, dentro de las casas ocultas por los huertos, los compases saltones de las músicas y las danzas criollas.

Los monogasteños tenían preparada su fiesta en una casa espaciosa con frente a la plaza y al fondo una extensa finca de viñas y de abundante fruta. Debía ha-

chachas.

Era delicioso, oído a distancia, el rumor intermitente de palmoteos, algazara y cohetería que se levantaba de distintos puntos de la pintoresca población escondida entre los árboles, de manera que aquellos estrépitos de festín parecían surgir de un paraíso de encantamiento



LA MUJER.—¿No te parece que he puesto mucha sal en la sopa?
EL MARIDO MODELO.—No, querida, es que me había servido poca sopa para la sal que has echado.

ber provisión de todo, y de entusiasmo para los tres días obligatorios de diversión y allí había concurrido lo más escogido del pueblo en punto a mozas bailarinas y a galanes trasnochadores y capaces de seguirla sin descanso, si ustedes quieren, una semana entera, habiendo música, vino y mu-

y de brujerías.

Por más que hizo Mauricio para llegar a tiempo a oír la misa, sus pensamientos no se lo permitieron, y deteniéndose a cada momento echaba un trago de aguardiente, cobraba bríos y seguía la marcha. Así, llegó a los primeros cercados del villorrio de las fiestas, ya to-

dos estaban de baile, y lo que era de notarse, ya su cabeza no venía muy dueña de sus facultades.

Una oleada de piadoso remordimiento sintió levantarse en su corazón cuando vió cerrada la descolorida puerta del templo como si se le negase a él solamente el derecho de ir a doblar la rodilla delante de la Virgen. Hay que confesar que en ese momento Mauricio tuvo miedo de algo desconocido que su ignorancia y la turbación de los sentidos no le permitieron determinar claramente; sólo, sí que le temblaron las carnes y un frío agudo recorrió por dentro de sus venas.

—“No hay más remedio, — se dijo para sí, — que ahogar las penas con el licor. Si Dios me castiga, que sea con la muerte, pero, por lo menos, yo no lo he de sentir”: y empujaba de nuevo la botella para matar en la conciencia los dos pensamientos que ahora le torturaban; ¡y los dos eran tan tenaces, tan profundos, tan dolorosos! El pobre muchacho estaba desconocido. Sus nobles facciones, sus ojos negros y brillantes, su apostadura caballeresca parecían marchitos por un principio de muerte lenta, como se ponen las hojas del sarmiento trepador cuando el insecto ha cortado la raíz en el fondo de la tierra.

Daba lástima contemplarle: vacilante, inestable sobre la montura chapeada, atinando apenas a imprimir rumbo a la paciente bestia, la cual le conducía con un cuidado maternal evitando las ramas espinosas, suavizando las bajadas y los pasos difíciles, deteniéndose bajo la sombra de los árboles, soportando con resignación amorosa los caprichos y los rigores de su inconsciente dueño. La pobre bestia tenía los ojos fríos y como enturbiados de llanto, pero era visibles su contento cuando Mauricio se acostaba sobre su cuello rodeándolo con sus brazos, como si en su delirio perenne, en su aturdimiento premeditado, buscara en esas caricias un consuelo que ya no existía, o cual si se amarrase a ella para que le salvase de un desierto o de un bosque sin salidas ni derroteros.

Vinieron medio a despertar y solicitar su albedrío los rumores del baile donde se divertían sus compañeros de partida: picó a la mula hacia ese sitio, y ella le condujo hasta el patio de la casa, en la cual se había formado el salón; la parranda estaba en lo mejor, el entusiasmo en su punto y los muchachos se despepitaban zapateando “chacareras, gatos y escondidos”, y ondeándose con el movimiento arrebatador de la “cueca”, para la cual no admiten competencia las criollas de mi pueblo. Estallaban los vivas y se cruzaban los brindis en honor de la pareja triunfante, y se encendían cajones de cohetes cada vez que alguna linda morocha, al terminar la vuelta, se quedaba desafiando al amor

LOS PASOS

Muchas veces, en los breves intervalos en que se apacigua tu tráfago interior, te acontece oír unos pasos: unos pasos furtivos a lo largo de tu puerta.

Como los de un amante que ronda la casa de la amada.

Son los pasos de la Dicha.

Son los pasos de una dicha modesta, tímida, discreta, que desearía entrar.

Hay muchas dichas así.

Son como novicias temerosas.

Son como corzas, como graciosas corzas blancas. Todo las amedrenta.

Si escuchas estos pasos, abre inmediatamente tu puerta de par en par.

Abre también tu rostro con la más acogedora de tus sonrisas... y aguarda.

Verás cómo entonces los pasos tímidos se acercan; verás cómo la pequeña dicha entra con los ojos bajos, ruborosa, sonriente, y te perfuma la casa y te encanta un día de la vida y se va... mas para volver.

Desgraciadamente, muy a menudo, tus descontentos, tus deseos y aun alguna alegría efímera y soflamera, hacen tanto ruido, que la corza blanca se asusta y los leves pasos se alejan para siempre jamás.

AMADO NERVO

en la postura final con el pañuelito blanco revoleando en alto con la mano derecha, sonriente y provocativo el rostro y ardiente la mirada...

Mauricio tenía la borrachera triste y de una tristeza comunicativa; por eso cuando la mula se detuvo con él casi en medio de la sala de baile, porque así solía hacerlo siempre, una ligera sombra de melancolía se extendió por la reunión. Fueron en vano los ruegos para que se apease a tomar parte en la alegría común, para que bailase unas cuantas cuecas, con las que hacía volverse locas a las muchachas en sus buenos tiempos, o por lo menos, para descansar del viaje.

¡Nada, nada! Mauricio se abrazaba al cuello de la mula, resistiéndose a todo trance, hasta que, advirtiendo instintivamente el mal que hacía su presencia de tal suerte, se puso de pronto de buen humor y a pedir piezas para que bailasen las niñas que él designaba:

“¡Vaya, vaya; a la salud de don Mauricio! — gritaron todos, contentos por esa repentina alegría, — ¡que baile una chacarera la Pepita con Juan Pablo! ¡Qué salgan al medio, que salgan!”

Y cuando la Pepita se levantó coqueteando a pararse en el centro del salón, tiró a su asiento el abanico y el ramo de albahacas que tenía en las manos y el elegante compañero la invitó a principiar, con un gracioso contoneo y una mimadita convidadora, no hubo pecho que no estallase en un grito de entusiasmo, y las manos parecían escasas para palmotear al compás de la música cuyas variaciones la pareja seguía con pasmosa agilidad y gracia desbordante. Fue tando el efecto de esa tanda a la salud de Mauricio, que éste casi se dejó caer de la montura para estrechar en un abrazo loco aquella cintura incomparable y aquel cuerpo todo de la Pepita, que hacían olvidarse del mundo y volver a la razón a los que la habían dado en cambio del vino. Pero aquel vahido de sensual entusiasmo le hizo mal; y como tenía la borrachera triste, todos le vieron derramar una lágrima silenciosa que corrió sobre su tostado rostro, nublado otra vez de súbito por la embriaguez, estimulada sin duda por las emociones fuerte; pero pudo balbucear algunas frases de cumplimento en pago del obsequio, porque al fin Mauricio no tenía rival en cuanto a decidir y coplero:

—“Oiga niña; si en mi jardín hubiera flores y en mi cielo hubiera estrellas, ya estarían a sus pies para que usted las pisara”... Y pidiendo un vaso de vino para sí y otro para la Pepita, la llamó a su lado, puso la mano suavemente sobre su espalda y casi en secreto, entrecortadas las palabras por sollozos desgarradores que parecían de la borrachera, le dijo al oído:

—“Vea, mi hijita, no me des-

precie. Yo soy un hombre maldecido de la suerte; pero cuando esté en sus glorias, acuérdesse que el pobre Mauricio le ha dedicado un gemido de su corazón”. Y diciendo esto chocó su vaso con el de ella con tanta fuerza y de modo tan brutal, que el suyo cayó hecho pedazos, como si se hubiese roto su corazón. Después, ya no dijo más. Una pesantez de cadáver doblegaba su cuerpo, a cuyas oscilaciones la mula obedeció, dando vuelta suavemente en dirección a la calle... Los del baile se quedaron un momento en silencio; una niebla ligera empañó los ojos de la triunfa-

caba con las espuelas con impulso automático, y el dócil animal le obedecía como si sintiese pena de contrariarlo. Pero en los otros grupos no le querían tanto y no hacían de él ningún caso, y por allí le dejaban solo, abandonado a su bestia y a los intermitentes pero tardíos relámpagos de su voluntad embotada.

Mauricio se perdió de vista entre las enrejadas que forman los callejones de las fincas y de los viñedos frondosos; era un cadáver amarrado sobre una mula y ésta vagaba, vagaba sin más dirección que la impuesta por el instin-

AMBICION

Quiero dije a mi Genio, ser el mayor poeta que hayan visto los siglos; llegar hasta la meta que, desde el mismo Homero, jamás nadie ha alcanzado. Alumbrar el Futuro con la luz del Pasado.

Que mi Quimera sea la de más alto vuelo. Y, más audaz que Icaro, elevarme hasta el cielo para cegar al sol, robándole su luz. Como todo rebelde, tener también mi cruz.

Ser como Prometeo y Cristo, redentor, y libertar al hombre del yugo del dolor. Ser el Dios de los hombres, y de los dioses rey.

Sobre un Sinaí nuevo dictar la nueva Ley... Mi Genio, entonces, dijo: “Para hacerte tan fuerte, tendría que matar al tiempo y a la Muerte...”

GOY de SILVA

dora Pepita, pero las músicas, con sus aires aturdidores y provocativas cadencias, volvió la animación al festín interrumpido.

* * *

El ebrio salió de allí para vagar por las tortuosas calles de la aldea, entregado al instinto de la mula amiga; a cada momento, donde oía rumores de diversión, la pi-

to de salvar al jinete, ya deteniéndose largas horas debajo de un tala gigantesco, como para ocultarle debajo de las ramas a la vergüenza pública, ya retirándose por la noche al abrigo de algún rancho, donde quizá la compasión o el comedimiento se lo arrancarían de encima para ofrecerle un techo. Pero, nada; pasaron los tres días de la fiesta de Santa Rosa, volviéronse a sus aldeas lejanas los

promesantes y los forasteros y la villita se quedó de nuevo sumida en el mortal silencio de siempre, no alterado sino por los perros que durante la noche levantan espeluznante concierto de aullidos, provocados por cualquier sombra pasajera o por varios ruidos que vienen de no se sabe dónde, traídos por los ecos de las montañas. Y el grupo de Mauricio sobre la mula, cruzando como visión sepulcral por todas partes, o como espanto de arrepentimiento después de tanta licencia y orgía, tuvo a los habitantes del pueblo en constante sobreexcitación, hasta el punto de creer que fuese aquel jinete extraño alguna encarnación del diablo montado sobre una mula maldita.

Al fin, aquella horrible peregrinación debía concluir de alguna manera, y fué la mula de Mauricio la que dió el desenlace. Iban ya tres días de no reposar un instante, de no quitarse el freno ni de probar un bocado: llamábale desde su pesebre lejano el pasto fresco y la necesidad de holganza, de revolcarse sobre la arena menuda y recobrar el aliento. Su amo no la contrariaría, y de todas maneras quizá él ganaba más con la vuelta a la casa de cada uno.

Como todos lo creían “caso perdido”, le dejaron solo sus compañeros, o le creyeron ya de regreso anticipado. Por eso la comitiva nogastefía se encaminó tranquila, aunque no con la misma algazara de la venida, hacia los hogares y las labores abandonadas. ¡Qué diablos! No trae uno la misma cara cuando viene a una fiesta que cuando se vuelve de ella, y lo último suele marchitar el humor hasta convertirle en fastidio y en ganas de provocar reyertas al primer transeunte que se pone al paso.

Así, pues, Mauricio se quedó entregado a la casualidad y al instinto de la mula incomparable. La última noche de las fiestas estaba obscura, los caminos se perdían entre la doble tiniebla del bosque, y ni siquiera fosforescencias caprichosas venían a dar vislumbre. ¡Y de qué había de servirle al pobre muchacho sin sentidos! La bestia marchaba de prisa, guiada por ese instinto que mis paisanos llaman “el amor a la querencia”, y a la cual llegan siempre los animales, siquiera se hallen extraviados en el lugar más desconocido y desorientado. Mauricio, bien acomodado sobre la silla, sosteniéndose en equilibrio gracias a ese poder milagroso que cuida de los ebrios y de los niños, dormía a ratos, en otros hablaba delirando con las cosas más extrañas, y de vez en cuando, quizá en medio de algún sueño horrible, lanzaba gritos desgarradores como lamentos infernales en medio de las sombras y del silencio, e iban a hacer estremecer las colinas y el valle sobre los ecos sensibles.

La mula apresuraba cada vez la marcha, como si quisiese evitar,

ANECDOTA

El famoso astrónomo Punk era muy aficionado a caminar a pie. Un día haciendo una larga excursión, encontró una posada, en la cual penetró para descansar.

Cuando se disponía a reanudar su caminata, el posadero le aconsejó que no saliera.

—Señor—le dijo—, no se marche usted, porque va a llover de firme dentro de poco.

—Se equivoca usted—respondió el astrónomo.—Yo le aseguro que no lloverá.

Y se marchó.

Minutos después comenzó a llover a cántaros.

Calado hasta los huesos, volvió el sabio a la posada, muy contrariado de no seguir la excursión y, un poco amoscado, dijo al posadero:

—¡Vaya! ¡Vaya!... Tenía usted razón. Pero dígame: ¿Cómo sabía usted, cómo estaba tan seguro de que iba a llover de tal modo esta tarde?

—Pues muy sencillamente—respondió el posadero, que no conocía al astrónomo.—Aquí tengo un calendario del sabio Punk. Siempre pasa lo contrario de lo que él dice. ¡Y como hoy anunciaba buen tiempo!

llegando pronto, una catástrofe, o como si temiese caer muerta ella misma en medio del campo y dejar a su dueño abandonado, perdido para siempre. ¡Ah! pero de súbito divisó a lo lejos algunas luces semejantes a las que anuncian vivienda humana. Eran los fogones de Nonogasta, y al fin el pobre Mauricio podría reposar su cuerpo bajo el techo paterno... Las luces se aproximaban, corrían a encontrarlos por el camino y por instantes se perdían... El animal, extenuado de fatiga, debilitada la vista por el hambre y la sed, siguió a ciegas aquellos fuegos móviles y engañosos y entró detrás de ellos por el desenejado portón del cementerio, yendo a detenerse en frente de una de las sepulturas humildísimas que allí se levantan con majestad de monumentos por el amor que encierran.

Mauricio sintió la repentina detención, abrió desmesuradamente los ojos y creyéndose delante de su casa, bajó con perezoso esfuerzo, y extendiendo al lado de la tumba su manta de viaje se quedó sobre ella perfectamente dormido, con el peso de tres días de embriaguez, de ayuno y de constantes y ahogados sufrimientos.

Era la media noche negra y pavorosa. A cada momento surgían de las sepulturas llamaradas pálidas que iban a perderse en otros sitios, como si los muertos se entretuviesen en juegos infantiles desde el fondo de sus cuevas.

La mula que se había quedado de pie como otras veces, velando el estúpido sueño de su amo, no pudo resistir más tiempo, lanzó un estridente bufido de terror y emprendió la fuga hacia la casa de Mauricio, dejándolo solo, como un muerto más entre los muertos. Las aves y los roedores nocturnos, residentes venturosos de los pobres cementerios de aldea, sintieron alarma aquella noche: algo extraordinario había en la pacífica morada de sus banquetes opíparos. Las lechuzas siniestras volaban hacia los árboles cereanos con un grito fatídico; los zorros audaces se acercaban hasta olfatear el cuerpo de Mauricio, y aleccionados por su astucia insuperable, contentábanse con arrancar del tirador, de las botas o de las espuelas algunos cordones de cuero...

El alba venía ya; se anunciaba la brisa fresca que la precede en aquellas comarcas, por la casi imperceptible tinta rojiza que empieza a teñir los vapores de la noche, y al fin, por un ligero piar en los nidos y en los aires.

Mauricio se incorporó de pronto, como poseído de una pesadilla horrorosa, se restregaba febricitante los ojos y los abría con avidez; no podía ser, jamás, lo que veía apenas por la luz inicial del día y con la aún dudosa claridad de sus sentidos... Confundíale, trastornábase gradualmente su informe raciocinio. El recordaba haber salido, hacía mucho, y no obstante, estaba

allí solo, tirado en el suelo; ¿adónde fué y cuánto tiempo pasó desde entonces? Su razón se

turbaba cada vez más, latieronle las sienes con dolores agudos, clavó sus miradas de poseído sobre



—¿Qué está usted refunfuñando, señor? Mi perro ha pagado su boleto.
—¡Pero las pulgas, no!

EL REGRESO

Al señor Gabriel Taubér, cariñosamente

Niños en torno de los parterres.
Son y redoble: flauta y tambor...
¡Oh, breves sendas! ¡Oh, saltos de agua!
¿Quién dice rosas? ¿Quién ilusión?

El cielo es toldo de carpa húngara.
Los cisnes bogan en lago azul.
Pasa de prisa la primavera
Y da su aroma la juventud.

Las aves cantan sobre los pinos.
Luna de Italia, sol de París...
(Noches, mañanas, cómo sois lindas
Por lo distantes que estáis de aquí!)

Bancos de mármol junto a la pérgola,
Y en los recodos, fuente y rosál.
Oh, dulce infancia: gloria de extintos
Años de pura cordialidad!

Más hoy, ya viejo, jardín de niños,
A tí retorno sin el laurel...
Fracaso fueron las ambiciones,
Y en las andanzas perdí la fé.

Por eso junto las nobles manos
Y al cielo imploro divino amor...
Qué alegre fuga de mariposas!
Y en la alameda, cuanta ilusión!

Santos AGUILERA

la deslustrada pared del sepulcro que tenía a su lado, y por último pudo ver en él un nombre, una reliquia conocida; y lanzando un grito espantoso que hizo vibrar el espacio:

—“Carmen!” — una sombra densa que no debía salir jamás entró en ese instante en el cerebro del desgraciado Mauricio. Pasó un breve intervalo de la inconsciencia pasajera del vino, a la irreparable, a la eterna tiniebla de la locura.

Cuando la gente de su casa vieron llegar a tales horas la mula ensillada que montaba Mauricio, dando bufidos aterrorizados, corrieron a buscarle con ansiedad y con negro presentimiento. Recorrieron el campo y las selvas, gritaban, llamaban con acentos casi sollozantes en el fondo de la noche al infeliz muchacho, y cuando ya el día aclaró los rastros de la tierra pudieron encontrarlo... Venía solo a pie, cantando coplas alegres con acompañamiento de una guitarra que se imaginaba llevar en las manos... No conocía a nadie y hablaba a todos cosas extraordinarias, incomprensibles, pero siniestras.

Sus palabras de loco eran relámpagos de la tempestad interior. Cuando él reía a carcajadas, los del pueblo lloraban, en silencio; y así aquella primavera que cubrió de flores los huertos, regó de lágrimas los corazones.

¿Iba ya muerta María Antonieta cuando subió al cadalso?

Conocido es el final de la desventurada reina de Francia, guillotinado en París, el 16 de octubre de 1793.

Pero no se sabía que María Antonieta cuando subió al cadalso iba muerta. Así lo afirma en sus memorias el príncipe Carlos José de Ligne, uno de los cortesanos de la gentil reina.

Este belga afirma que María Antonieta, debilitada por su prisión y por sus maternales temores respecto a la seguridad de sus dos hijos, tuvo al partir para la guillotina una hemorragia. Se desplomó y cayó muerta en el fondo de la carreta infamante que había de conducirla. Según este relato, creído por Luis XVIII y su corte, el P. Girard colocó a la reina en su asiento y ayudó a Sansón a llevar a la guillotina el cuerpo real, donde se representó la farsa de guillotinar a un cadáver.

Este fin de la bella e infortunada reina lo afirma también el pretendiente al trono francés. Naundorff, que se hacía pasar por el Delfín de Francia, el romántico Luis XVII, cuya suerte se desconoce.

Camaradas de destino

Por Josep Kastein

Leo Zeller, uno entre tantos, había terminado sus tareas diarias. Mientras cerraba el escritorio y, cansado, se levantaba, recordó que, en verdad, para él el día aún no había llegado a su fin, pues, sólo estaba interrumpido por una pausa corta, en que iba a comer y dormir un poco. Si la Naturaleza, con su sabia ley, no lo ordenase así, aún tendría que permanecer ante el escritorio, para dar y recibir pedidos, arreglar y revisar cuentas, leer y dictar cartas... constantemente, sin descanso, ya no como hombre, sino como máquina.

Todos habían abandonado la oficina principal. Sólo un aprendiz, con la llave en la mano, esperaba impaciente a que el jefe desapareciese.

Zeller pasó a su lado, saludándolo. Apenas había salido, cuando notó que había olvidado su bolsa de cuero con los documentos. ¿Regresar y traerla para trabajar en la casa? En ese momento pasó el aprendiz a su lado, lo saludó respetuosamente y rápido se dirigió a tomar el tranvía. Leo Zeller no tenía llave para abrir la oficina. Así pues, no había remedio, le era permitido terminar el día sin trabajar en su casa.

Se sentía extraño. ¿Qué podía hacer un hombre de trabajo como él, en el resto del día? Sonrió avergonzado. Y la culpa únicamente la tenía el aprendiz que no pudo esperar antes de cerrar la oficina tan odiada.

Mientras caminaba por las calles, ciertamente de buen humor, vió en un aparador unas letras doradas que anunciaban un restaurante. Decidido entró a cenar. Le parecía como si esta resolución fuese a la vez que un premio para él, un desvío de su acostumbrado modo de vivir tan ordenado y sencillo.

Sin embargo, con toda tranquilidad escogió los platos y, además, una media botella de vino. Estaba tan acostumbrado a la monotonía de su vida, que aún en este ambiente casi festivo no olvidó que era soltero. Y por ello, también mientras cenaba, empezó a leer, creyendo que su lectura sería una distracción en su soledad y algo así como una conversación de mesa.

De este modo nada veía del salón, ni de la gente, ni de las cosas. Disfrutaba gustosamente de la cena, del vino y lo que leía en la revista lo divertía. Cuando el mozo levantaba la mesa, le dijo atentamente: — "Dispense. Las dos personas, sentadas ahí, al lado de la columna, ruegan al señor que pase para allá, tan pronto como

haya terminado".

Zeller miró admirado en la dirección que el mozo indicaba. Vió a una dama y un caballero, que le parecieron desconocidos en la semioscuridad de su lugar. La señora inclinó ligeramente la cabeza. Zeller se levantó y cortésmente se acercó a la mesa. Mas a medio camino le sobrecogió de tal modo el

Zeller aceptó la invitación, como era debido, mas lo repentino de este encuentro aún lo tenía confuso y asustado. Para él era un consuelo la cortesía fría, intocable de Caring. No le hubiese sido posible decir una palabra cordial, personal.

Hella Caring pronto reconoció su situación. Con la superioridad de la mujer madura, lo salvó de delatarse, empezando a contar. Lo hacía como antes, con exclamaciones cortas y juegos de palabras muy escogidas que daban clara idea de las cosas. Zeller oía, atento y conmovido. Seguramente ella sólo hablaba para él. Aquí y allá caían palabras que usaban en aquel tiempo cuando los dos eran jóvenes

CANCION DEL AGUA

I

Escucha mi voz de plata,
lucero de la sierra,
alegría de esta tierra
que en mis ondas se retrata...
Nunca te aconsejé mal
cuando en la sierra era nieve;
menos puedo ser alevé
hoy que el sol me hizo cristal.
Rápida de roca en roca,
bajé cantando de arriba,
y hoy dejo de ser cautiva
para morir en tu boca.
Bebe en mí, lucero, bebe,
que quiero besar tu cara,
y oye, porque soy tan clara,
que no puedo ser alevé.

II

¿Dices que en la serranía
murió ayer noche un pastor
y es una pena de amor
la de tu melancolía...?
Pues en mi corriente riente
llora tu amor virginal
y verás como tu mal
se lo lleva la corriente;
que yo seguiré cantando,
por mi cauce discurriendo,
otras penas escondiendo
y otros males consolando.
Y, como antes estuve,
en los mares me hundiré,

III

Bajé ya la dura roca
y dejé de ser cautiva,
pero he de volver de arriba
para ir de nuevo a tu boca.
Mas cuando vuelva, lucero,
sólo a él querrás oír.
¿Quién se pudiera dormir
en un rincón del nevero!

Salvador VALVERDE

terror que sentía temblar sus manos. Resuelto, tuvo que reponerse para continuar debidamente el camino y saludar a la señora Hella con la seriedad que la situación requería.

Ella alargó la mano, con ese gesto rápido y nervioso que Zeller conocía bien y no había olvidado: — "Zeller, pero qué sorpresa. Apenas estamos un día en Europa y el primer conocido que encontramos es usted." — "Señalando a su acompañante continuó: — "Caring, mi esposo y señor".

Caring le estrechó amigablemente la mano. Hablaba con acento extranjero, aunque muy claramente: — "Hella me habló varias veces de usted. Me alegro de conocerlo al fin. Sea tan bondadoso de acompañarnos a un vaso de vino".

e inventaban expresiones y modismos que sólo ellos entendían.

Algunos eran tan claros con tanta intención, que Zeller casi se asustaba. Miraba a Caring con cierta inquietud. Mas éste no parecía encontrar nada extraño en ellos. Era de oído atento, mas de conversación pobre. Llenaba los vasos y varias veces se mostró satisfecho de que Hella hubiese encontrado a su amigo de juventud.

El tiempo corría y Hella contaba aún. Mas Zeller ya no escuchaba el sentido de las palabras: sólo su melodía y su significado secreto: Volvía cada vez más al pasado, perdido y desperdiciado, al recuerdo del amor puro de sus años de juventud.

En aquel tiempo habían hecho

Para conservar el cutis y embellecerlo

Es tan notable y rápida la acción reconstituyente y reparadora que ejerce la Crema Vasenol sobre los tejidos cutáneos, que al cabo de algunas horas la piel pierde su coloración habitual y comienza a adquirir una blancura rosácea natural, acompañada de cierta transparencia mate que dan al rostro el aspecto típico y todo el encanto de la juventud. Este científico producto se usa en masajes suaves después del lavado, y especialmente después de la "toilette" nocturna.

los dos un sacrificio en aras de su ambición, en lugar de seguir adelante, juntos. El soñaba con la fantasía del "magnate", ella tenía fe en conquistar al mundo como artistas. Se habían separado con vagas promesas. La distancia se interpuso, borrando en uno el recuerdo del otro, tal vez aún apagándolo... hasta ahora, en que todo esto resultó haber sido inútil.

— "Y ahora" — terminó Hella. — "enseño Europa a Caring. Cuando tengamos bastante, volveremos allá".

— "¿Y tendrán pronto bastante?" — preguntó Zeller con ansiedad apenas contenida.

Ella levantó los hombros: — "Uno no puede saber. Pero yo lo creo. Se me figura, como si Europa se hubiese vuelto muy fastidiosa. Ya no sucede nada que llame la atención. La gente se ha vuelto tan vieja y tan indiferente. Su mayor gusto es hablar de los negocios".

Caring sonrió cortésmente: — "La existencia es muy difícil ahora, en Europa, querida Hella".

— "¿Y eso qué me importa, Caring? Yo soy mujer, y serías muy descortés, si dijese que ya soy vieja".

— "Aún eres muy joven, ciertamente; también muy hermosa, y puedes exigir que ningún hombre deje que te fastidie, sea europeo o no".

Los tres rieron francamente al oír esta aclaración. Hella la tomó y empezó a jugar con ella. Ponía una entonación y un significado muy especial en ella. Expresaba todos sus sentimientos con las palabras y los conceptos del tesoro secreto de su existencia cuando jóvenes. Y tanto habló, hasta que Zeller entendió todo claramente: — "Ya no tengo gusto por esta vida, que llevo. Antes, cuando estábamos juntos, era yo más feliz. No es casualidad que nos encontremos ahora. Nada he olvidado, ni renunciado...".

Zeller sentía que las palmas de las manos le ardían como fuego. Se asustó ante esta audacia. ¿Có-

no podía un hombre deshacerse de un golpe de la carga de todos estos años? ¿Cómo podía, cargado de años y de experiencia retroceder hasta aquel punto en que la juventud loca se había detenido? Su corazón se inclinaba a la aventura, mas la razón la rechazaba.

Hella seguramente lo notó. En su voz se notaba burla, y, a la vez, amargura. Empezó a hablar otra vez de Europa, de sus nombres, de esta generación muerta y tediosa, del espíritu comercial que la inundaba. Se volvió a Caring y le trazó un bosquejo que lo hizo reír alegremente a pesar de su serenidad. Zeller no se delató con ninguna palabra, con ningún gesto.

Mas en su interior se revelaba contra las palabras de ella. ¿Qué sabía ella de él? Nada. En caso contrario, hubiese reconocido que si bien los años lo habían hecho reposado y reflexivo, aún no había muerto. Todavía era tan joven como ella y con todas sus fuerzas recibiría lo que el Destino le arrojase en su camino.

Y, después de todo, qué había que pensar tanto? Era rico e independiente y no tenía qué temer para nada a este señor Caring. Lo miró de lado.—Después de todo, ¿quién eres tú? Debo mirarte más atentamente. Tienes una cara bastante vulgar. El pelo claro vuelto hacia atrás. Las cejas delgadas; en medio dos arrugas. Podrían delatar pena, más sólo esconden maldad premeditada. Los ojos posiblemente alguna vez brillaron. Ahora, son vagos, como si nunca hubiesen visto más que números y libros de negocios. Y luego, tantas arrugas, clara señal de espiar y del atisbar con que se ha pasado una vida. Y la boca, parece que todavía tuviese gusto en tomar algo de comer o de beber, en abrirse de vez en cuando para dejar escapar una palabra y en estar cerrada, en un silencio cortés y frío al mismo tiempo...

Esta observación tranquilizó y devolvió la confianza a Zeller. El recelo que sentía de cometer un robo en propiedad ajena, desapareció por completo. Tenía deseos de luchar, se sentía lleno de audacia. Ante esta ruina humana, creía tener derecho para reclamar, para él exclusivamente para él, ser viviente, esta mujer.

En el momento que Hella notó el cambio en el tono de sus palabras, calló repentinamente, ruborizándose: — “Estoy cansada” — dijo. — “¿Podemos irnos?”

Caminaron juntos los tres, cobijados por la noche calurosa, silenciosos y contentos. Al despedirse dijo Hella: — “Mañana en la tarde quisiera visitar al Jardín Botánico. ¿Sabe usted, si está abierto?”

— “Con toda seguridad, sí” — contestó Zeller.

— “Le encantan las flores” — agregó Caring, sonriendo. También Hella y Zeller rieron, mas por otro motivo. Las palabras de Hella significaban en su lenguaje de aquel

entonces: — “Iré a verte”, — Con esta promesa se despidieron.

Zeller no podía dormir. Con los ojos abiertos, esperó el día siguiente. Una mujer como Hella no iba a venir para jugar solamente un momento. Se trataba de reunirse. Zeller se sentía con

que mandó traer sus alimentos, para seguir trabajando mientras comía. Con gran dificultad pudo aplazar una conferencia que tenía y que amenazaba destrozarle su tarde libre.

Así logró ganarle tres horas al día. Tan pronto como salió a la



— Pero, hombre, ¿qué haces con el gato?

— Me sirve para pescar. Me da mejores resultados que el anzuelo.

fuerzas para decir sí y tomar lo que el Destino le afreciese, Caring podía ver quién era el más fuerte para conservar a Hella.

Despacio nació la mañana. Zeller se levantó y sintió en todos los miembros el cansancio de una noche sin sueño. La monotonía, el negocio, el deber estaban otra vez ante él, llamándolo. Mientras se vestía, apuntaba algunas notas, sobre cosas que no debía olvidar de hacer en ese día. Se dirigió a la fábrica, sin fijarse en el camino. Empezó a trabajar como de costumbre, para asustarse de repente y apresurar su labor. Debía terminar más temprano que de costumbre. Debía comprarse una tarde libre, a toda costa.

Ni siquiera quiso perder la pausa para tomar el “tch”. No salió a comer como solía, sino

calle, olvidó el negocio y sus responsabilidades. Rápidamente se dirigió a su casa. Cada vez se sentía más inquieto. ¡Qué barbaridad! La mayor parte de su vida, la mejor, la había perdido trabajando, sufriendo penas, dominando su ambición, y, después de todo, el resultado de ello sólo era un número en la cuenta del banco. Después de todo, no era más que el Director Zeller, una nada, que la casualidad podía apagar. Sentía agradecimiento hacia el Destino que ahora todavía le ponía una aventura en su camino.

Cuando llegó a su casa, estaba rendido por no haber dormido, por el trabajo del día, de tanto pensar. Rogó a la ama de casa que sirviese el té en la sala. Con los ojos medio cerrados se arrojó sobre su cama. Mas no se atrevía a dormir. Escuchaba si Hella aún no llegaba. Y escuchaba también

en su interior, en su inquietud, que no tomaba forma, y que más lo martirizaba que lo alegraba. En lugar de alegrarse, se sentía cansado, somnoliento... y viejo.

Impaciente se levantó. Los Carings son viejos, los Zellers nunca. Ellos todavía tienen energía y valor.

Se arregló muy rápidamente. Escogió un traje muy claro y una corbata delgada, con muchos colores. Por último se examinó ante el espejo. Era alto y fuerte, más joven que Caring. La piel era más clara y también denotaba más salud. Caring seguramente tenía diez años más que él. A cierta edad se borran las diferencias de los años. La imagen del espejo no indicaba claramente si tenía cuarenta o cincuenta años. El tiempo destroza al hombre cada vez más rápidamente y la eterna monotonía del trabajo da a una cara tranquila, regular, indiferente, esa vulgaridad que tienen tantos, tantos otros...

El se acercó más al espejo y se examinó más detenidamente: — Después de todo, ¿quién eres tú? Debo mirarte más atentamente. Tienes una cara bastante vulgar. El pelo claro, vuelto hacia atrás. Las cejas delgadas, en medio dos arrugas. Podrían delatar pena, más sólo esconden maldad premeditada. Los ojos posiblemente alguna vez brillaron. Ahora, son vagos, como si nunca hubiesen visto más que números y libros de negocios. Y luego, tantas arrugas, clara señal del espiar y del atisbar con que se ha pasado una vida. Y la boca, parece que todavía tuviese gusto en tomar algo de comer o de beber, en abrirse de vez en cuando para dejar escapar una palabra y en estar cerrada, en un silencio cortés y frío al mismo tiempo...

Zeller escuchó aterrorizado estas palabras. Eran las mismas, que un día él había murmurado. Y eran tan apropiadas para él como para el otro. Se veía en el espejo, como si tuviese una máscara, como si su cara fuese la de Caring. Podía hacer lo que quisiese: no había ninguna diferencia entre él y el otro. Los dos provenían del mismo ambiente, del mismo destino. Los Carings y los Zellers habían basado su existencia en la misma desgracia.

Luchó largo tiempo antes de resolverse. Veía la cara espantada, martirizada de él, cuando le dijese: — Hella nunca más volverá a su lado. Era la misma cara que veía en este momento... en el espejo.

Zeller se dirigió despacio a la sala. Tomó el teléfono y llamó a Caring en su hotel. Hablaron largamente, como dos viejos amigos. Cuando Zeller colgó la bocina, se mostraba risueño y tranquilo.

La campana sonó dos veces. El mismo salió a abrir — “Estimable señora” — saludó cordialmente. — “Buenas tardes, señor Director”, — contestó ella. Arrojó, como estaba acostumbrada, el som-

ANECDOTA

El rey Stanislaw, padre de la reina María Leckzinska, murió consumido al pie de su chimenea. Como casi todos los ancianos, repugnábale los cuidados que denotaban el debilitamiento de sus facultades, y había ordenado a su camarero, que quería permanecer a su lado, que reposara en una pieza vecina. Una chispa encendió la manta tejida con que la reina su hija había obsequiado; y, así a los pocos días, desde el lecho, donde peligraba su vida, Stanislaw escribió a su hija.

“Lo que me consuela, hija mía, es que he ardió por tu amor”.

Esta carta jamás se separó de María Leckzinska y, en la hora de su muerte, los camareros reales la sorprendieron besándola, cual si se despidiera de su difunto padre.

brero y el abrigo sobre el sofá, se arregló rápidamente el cabello ante el espejo y se dirigió a la sala. Tomó asiento, cerró los ojos y extendió las manos a Zeller. — “¿Dónde estás?”

El se acercó y las tomó entre las suyas. Se inclinó y las besó con todo respeto, diciendo: — “Estimable, buena señora”.

Ella abrió los ojos: — “¿Qué dices? ¿Cómo me hablas?”

El no soltó sus manos. — “¿No he hablado honradamente?”

— “Tal vez demasiado” — contestó airada. — “¿A quién saludas en este momento, a Hella o a la señora Caring?”

— “A la señora Caring” — contestó él. — “A la esposa del señor Caring.”

Ella se levantó apresuradamente. — “Comprendo. Entonces debo irme. La señora Caring no hace visitas a caballeros extraños.”

Zeller sonrió: — “¿Cómo puedes llamar a un amigo sincero un caballero extraño?”

— “¿Amigo?” — preguntó burlonamente. — “Así suelen nombrarse los hombres, cuando han perdido su juventud, cuando están viejos”.

— “En verdad así es” — asintió él seriamente.

En este momento ella se asustó: — “¿Qué ha pasado contigo?”

— “¿No quieres tomar asiento, Hella? Uno no sabe qué puede suceder. Siéntate aquí, en este sillón. El té sin azúcar, ¿verdad? ¿Algo de rum? Seguro también quieres fumar, como antes, ¿recuerdas?”

Ella se sentó. Escuchaba sus palabras, casi vulgares, y no apartaba la vista de él. Zeller la atendía con todo cuidado. Después tomó lugar a su lado, y, aunque su mano temblaba ligeramente, en su cara se podía ver retratada la tranquilidad. De pronto, le dijo: — “Lo sé, Hella. Lo que en este momento hago, o lo que ya he hecho, no puede ser reparado. Lo debo tomar como viene, sin cambiar nada. De otro modo, será muy poco franco y yo nunca he mentido en mi vida. Creo que es una mentira hacer una falsa simulación. Así como el espejo nunca miente...”

— “¡Ah!” — rió ella burlonamente, — “has consultado al espejo”.

— “Sí. Desde hace muchos años, hasta ahora he tenido un encuentro con mi imagen. Y esta imagen fué... Caring. No debes asustarte. Tal vez fué el señor Caring, tal vez el señor Caring en mí. Caring o Zeller, sólo son nombres para seres que se pueden confundir fácilmente. Ahora he visto a los dos y los he comparado”.

— “¿Y el resultado fué muy interesante?”

— “Mucho. Los dos provienen de la generalidad de los hombres cansados, destrozados por el trabajo y las penas. Proviene del círculo de aquellos que deben cargar un deber y no lo pueden arrojar de sí. Van por la vida, cargan-

do su cruz, compañeros de Destino. Mas contra un camarada no se lucha. No se tiene el derecho moral para ello. Aquellos que la vida martiriza forman un gremio. Deben ser hermanos”.

Zeller calló. Hella se recostó en el sillón y preguntó: — “¿Y tú conoces a Caring?”

— “Ayer en la noche lo conocí y ahora lo encontré otra vez... en el espejo. Desde entonces lo conozco a él y me conozco a mí”.

— “Una pregunta más. ¿Toda-

amado”.

Hella se levantó: — “Te conozco, Zeller. Eres honrado y nunca dices sí, cuando ya has dicho no. ¿Qué me queda? Recibirlo. Sería inútil hablar más sobre ello, luchar contra el Destino”. — En este momento era otra vez lo que la vida había hecho de ella: una dama, en todo el sentido de la palabra. — “¿Serías tan bondadoso de traerme mis cosas, Zeller?”

Y mientras le ayudaba a ponerse el abrigo, le preguntó ella toda-

EVANGELICA

En la memoria de los tontos siempre se está mal; pero cuando los tontos nos rinden culto, se está peor.

Nada más molesto, nada más cómico y desconcertador que los parabienes y laudatorias del modisto de la señora, ponga por caso: tienen todas las inflexiones de una invitación a la puntualidad.

El vulgo quiere gestos, “paradas”, ademanes trágicos; porque el vulgo tiene alma de esteta, aunque rudimentaria, y las actitudes de cuadro histórico y de estatua simbólica le cautivan: las actitudes esas buscan eso.

Para la turbamulta — desde los porteros hasta los presidenciales, — un eximio cualquiera sin su gestito diario, es como una revista sin monos: no vale la pena.

Como las posturas demasiado elocuentes y siempre al pelo nunca son espontáneas — puesto que requieren ensayo previo, — el vulgo sabe tanto de los hombres que aclama o vitupera, como la concurrencia del teatro infantil respecto de los cómicos que la hacen reír.

No solamente bajo los golpes de la adversidad se quiebran los caracteres: se quiebran ruidosamente bajo los dedos imbecilizadores de una voluntad pública demasiado adhesiva.

Muy contados son los famosos que se mantienen extraños a la presión centripeta de la curiosidad que despertaron.

Todo admirador es un amo, o pretende serlo: jamás te pongas al alcance de su adhesión.

De cien admiradores que se te acercan, los ochenta, — perdóneme Juan Pueblo, — son claqueos voluntarios que vienen a cobrar sus palmadas. Si pagas, se mofarán de ti; si no pagas, te pondrán como no te pondrían dueñas: tú elegirás.

Hay gente que no se admira de nada y ejerce el oficio de cortejar a los admirables. También hay holgazanes que gustan de visitar al carpintero en su banco y al albañil en su andamio.

Como en la casa de las solteronas millonarias, entre los habituales de los famosos no se encuentra un tonto ni para remedio.

ALMAFUERTE

vía me amas?”

— “Sí”, — contestó secamente.

— “Y como testigo de ello puedo poner mi voluntad para ser honrado”.

— “Y si me quieres...”

— “Entonces no puedo quitar nada a Caring, sin ofender la fidelidad, que como camarada le debo guardar”.

— “¿Y si él no posee nada de mi amor, Zeller?” — preguntó ella con insistencia.

— “Entonces menos” — contestó resuelto. — “Entonces no le puedo robar lo último que este hombre tiene: su fe de que es

vía: — “¿Nos veremos aún, antes de que partamos?”

— “Sí”, — contestó él amigablemente. — “Ahora en la noche. Tengo una cita con tu esposo para ir al teatro...”

COSTUMBRES

ORIENTALES

El annamita es monógamo generalmente, pero los ritos budistas le autorizan a contraer otras unio-

nes.

No obstante estas uniones sucesivas, la primera mujer es la que conserva siempre la primacía. Como el sitio de honor entre los asiáticos se encuentra a la izquierda, se le designa como “esposa de la izquierda”.

En este país de Annam se casa la gente joven: la mujer, a los diez y seis años; el hombre, a los diez y ocho. Generalmente, los casamientos se conciertan entre personas amigas. El novio se adorna y perfuma para ir a ver a su novia.

El ceremonial del casamiento no es muy complicado. Se solicita, antes de celebrarlo testimonios. Los testigos son los encargados de consultar la suerte, trazar horóscopos, fijar el número de regalos para la novia, el dote, etc.

Después los novios marchan hacia los altares de los antepasados para congraciarse con ellos por medio de prácticas adivinatorias. Cuando están seguros de haberlo logrado se fija la fecha de la boda. Esta no se celebra en la pagoda, y se considera de mal augurio festejarla ruidosamente, porque esto traería la envidia de los macuis.

Inclinados los novios se lanzan a la nariz puñados de harina, beben en la misma vasija y comen de la misma vianda.

Terminada la ceremonia marcha el cortejo a casa del marido. Primero marcha un servidor con un plato de carne, después otro con otro de té; a continuación el cofre de joyas, dos grandes linternas con los nombres patronímicos de los esposos, y finalmente un gran cerdo negro encerrado en una jaula.

En seguida la familia y los novios, los cuales apenas si pueden caminar, porque se han colocado encima todos los vestidos de que pueden disponer.

Los annamitas aman excesivamente a sus hijos. Antes del nacimiento, la madre, por medio de amuletos y talismanes intenta conocer el sexo del que va a nacer. Instala también un altar con los doce pequeños dioses de la infancia. Después, cuando llega el momento del parto, el padre suspende de un bambú un cesto lleno de confituras y de monedas. Esta es la moneda del mono o del diablo, y está destinada a los malos espíritus.

Cuando nace el annamita, según el cómputo por ellos establecido, tiene ya un año de edad; a cada año se le agrega otro; así que no es difícil encontrar niños que os dicen que ya cuentan con una edad madura.

Un mes después del nacimiento se busca por la suerte el nombre del nacido. Los nombres son raros y llevan la designación de algún animal, lo que es honorífico entre los annamitas.

AMA DE CASA...

Por Sara Insúa

Al unir su vida a la de un capitán de Infantería, gallardo y hermoso como un Marte, pero que contaba con su sueldo por todo ingreso, no ignoraba Luci que de su habilidad como ama de casa habría de depender en gran parte su dicha conyugal.

Por eso, cuando la criada le anunció su marcha inmediata para ir a cuidar a su madre enferma, no pensó ni un momento en solucionar el conflicto yendo a comer a un restaurante. Existían poderosas razones para la mente de Luci.

En primer lugar, Alvaro llegaba fatigado del cuartel después de una tarde de guardia, pensando en su batin y sus zapatillas, y sería una crueldad hacerle salir de nuevo.

Por otra parte, el presupuesto de gastos superfluos estaba ya semagotado, y una comida en el restaurante resultaba un cincuenta por ciento más cara que en casa.

Y, por último, y sobre todo, sería absurdo no aprovechar unas perdices que acababa de mandarle un hermano de Alvaro, gran cazador.

Era, pues, preciso meterse en la cocina y evocar los manes de Brillat Savarin. Después de todo, ¿por qué no habría de hacer ella lo que ejecutaba una mujer ignorante y zafia? La falta de práctica se supliría con lógica.

La operación del desplume le costó algún resoplido que otro; pero concluyó sin graves desperfectos en la delicada piel de los volátiles.

Luego el guiso fue cantar y... poner manteca, vino blanco, laurel, cebolla, y todo lo que le pareció a la cocinera improvisada que habría de formar un sabroso conjunto.

En efecto, hora y media después las aves, doraditas, brillantes, descansaban sobre una salsita de aspecto y aroma atrayentes. Seguramente estaban deliciosas.

Llegó Alvaro. La esposa, perfecta casada de instinto, sin haber leído a fray Luis, solícita y cariñosa, le ayudó a cambiar de ropa.

El, como siempre, risueño, clamó:

— Dame pronto de comer, neni-ta; me muero de hambre.

— Ahora mismo. ¿Vamos?

Lo dejó en el comedorcito alegre, de tonos claros, como un grabado inglés, y se deslizó a la cocina para hacer unos huevos al plato, que le quedaron perfectos.

Al verla llegar con las tarteritas inquirió Alvaro, extrañado:

— ¿Y la muchacha?

— Tuvo que marcharse. Tiene su madre enferma. Pero, ya ves, no hay que apurarse, yo he hecho la cena.

El la miró enternecido, y ella pensó que tan dulce mirada bien valía dos horas pasadas frente a un fogón.

— Los huevos están deliciosos — declaró Alvaro.

— Pues veras ahora — anunció Luci.

Radiante, puso la fuente sobre la mesa. El marido quedó un instante suspenso.

— ¡Ah, caramba! Esto es algo serio... Huele a gloria.

Las dos perdices, acostadas sobre el lomo en una salsa dorada, presentaban la suave redondez de sus pechugas al tenedor y al cuchillo de que Alvaro se había armado.

Al acercarlas para dividir las tuvo una segunda sorpresa.

— ¡Cómo!... Esto más; no me habías dicho que sabías tantos primores. Las has rellenado. ¿Con qué?

— No — declaró ingenuamente Luci —. No están rellenas.

El la miró extrañado y con inquietud.

— Entonces, ¿aquí qué hay?

Y hundió el tenedor en el abultado bueche de una de las aves.

Luci, inquieta a su vez balbució:

— ¡Ahí?... Pues no sé.

Alvaro que había revisado la perdiz, la soltaba al mismo tiempo que una gran carcajada.

— Pues lo que hay, hijita, es que no las has limpiado.

Luci comprendió al fin. En su

deliciosa carita de porcelana de Sevres se pintó la angustia, y aparecieron las lágrimas en sus ojos azules.

Alvaro cambió su risa, tal vez un poco hiriente para su mujercita por una sonrisa de cariño y trayéndola a sí:

— No hay por qué llorar, vidita. Tú has hecho lo que podías... Yo te aseguro que estoy tan satisfecho de ti como si hubiera comido las perdices.

Tuvieron que ir a concluir de cenar al restaurante. Luci estaba bastante avergonzada de su fracaso culinario.

Cuando entraban en la casa de regreso, con un mohín de desaliento, lamentó:

— ¡Cuánto me falta para ser una buena ama de casa!

— ¿Tú crees? — replicó él. A mí me parece, por el contrario, que ya lo eres, puesto que cada vez te siento más ama de mi corazón...

¡Aprenda a distinguirlas!



¡Aprenda a pedir las!

AMBAS ofrecen, en idéntico grado, las admirables virtudes de la universalmente famosa "ASPIRINA" descubierta por la CASA BAYER, pero cada una de estas dos combinaciones tiene su campo curativo completamente bien definido.

La CAFIASPIRINA

es más adecuada para aliviar los dolores y levantar las fuerzas.

La FENASPIRINA

es especialmente recomendable para los resfriados, la gripe y la influenza.

Acostúmbrese Ud. a usar la que corresponde a su caso, para tener así la certeza de un resultado completamente satisfactorio.

Al comprar la que necesite, pídala clara y precisamente por su nombre completo, y recuerde siempre que lo mismo las tabletas de CAFIASPIRINA (para dolores), que las de FENASPIRINA (para resfriados) llevan estampada la Cruz Bayer, como garantía de legitimidad y pureza:

¡Antes de abrir la boca para tomarlas, abra los ojos para identificarlas!



ESPAÑA

En las Exposiciones de Sevilla y Barcelona,
culmina el renacimiento de la madre patria,
bajo el gobierno del general don Miguel
Primo de Rivera



El rey de España Don Alfonso XIII

ESPAÑA EL RESURGIMIENTO DE

España vive la hora intensa de su resurgimiento. Su capacidad de energía, el dinamismo de su pontencialidad, necesitaba la expresión legítima que representan las Exposiciones de Sevilla y Barcelona.

No nos dejamos llevar de nuestro fervor a la Madre Patria. Cuando se trata de hacer apreciaciones cabales preferimos excluir todo sentimiento, por elevado que sea, para ceñirnos estrictamente a la realidad. En tal concepto decimos que España está en el período de culminación de su grandeza material y espiritual contemporánea. Bastaría presenciar el espectáculo imponente de aquellas Exposiciones para comprender que hay allí algo más que un esfuerzo de superación técnica: no se organizan, en efecto, núcleos tan

poderosos de fuerzas de todas las actividades sociales del nervio y del pensamiento sino cuando un pueblo ha llegado a una altura de rebosante civilización.

La magnitud internacional de las Exposiciones de Sevilla y Barcelona demuestra una vez más que España recuperó la posición histórica que le corresponde en el mundo como metrópoli. Por qué se ha operado el milagro lo saben quienes han seguido de pocos años acá, desprejuiciados y atentos sólo a la verdad de los hechos, la obra constructiva del General D. Miguel Primo de Rivera. Por más que el genio de la raza no se había disminuído, aunque sí deprimido, fué necesario el ímpetu formidable del Gobierno del Directorio para que su voluntad se dominara de nuevo y tendiera a expandirse irrefrenable como en los mejores tiempos de su grandeza. España ha experimentado, después de la fatigosa sensación de agotamiento en que la surrieran los antiguos políticos, la reconfortadora

tos para destruir el cúmulo de insidias que pretendió ahogar la obra del Directorio y que sirve de comecón al elemento negativo disperso por el mundo, como lastre de una ascensión que no pudo ser contenida. Las Exposiciones de Sevilla y Barcelona hablan harto elocuentemente de la segura línea histórica que sigue España: la una recoge bajo el pabellón inmoal las Banderas de las naciones filiales, herederas dignas de su espíritu laborioso y fecundo, de su armonioso idioma y de su sangre generosa; la otra resume la civilización y el progreso humanos, descubriendo al amparo de sus palacios la contribución de todos los pueblos del mundo, sin excepción alguna, a la común empresa de engrandecer y embellecer la vida por el conocimiento, la creación y el trabajo. Ambas muestras revelan cuánto se ha hecho en tal sentido. Hay en ellas un panorama nunca realizado hasta ahora de la labor de cada pueblo en beneficio de la civilización; y el conjunto, claro

vastos límites donde se levantan interminables palacios que condensan el esfuerzo de la humanidad a través de los siglos y que bulliciosas y pacíficas muchedumbres, llegadas de los más opuestos horizontes para celebrar el acontecimiento de España, recorren entusiasmadas de admiración.

SEVILLA

Era en la gracia g'ana de Sevilla donde debían congregarse las naciones hispanoamericanas en este amigoso celo de cariño a la Madre Patria.

El sol de Sorolla y los paisajes de Rusiñol inaugurarán las avenidas y plazas que conducen a los palacios de la Exposición; las mujeres sugestivas que cantaron todos los poetas y que decidieron el hispanismo literario de Hugo, de Barrés y de Montherland saludarán con su sonrisa de rojo vivo a los transeúntes forasteros; las rejas románticas, con guirnalda de claveles serán tema de poesía y recuerdo inolvidable para los descendientes de España. Qué cantares populares oírán las noches de la Exposición, abierta de luminarias fantásticas y perseguida de cúpulas feéricas a cuyos pies se deshace el tumulto de las muchedumbres! Al lado de la clásica Sevilla del mantón pollicromo y del peineton churriguero, de las callejas encantadoras de antaño y de los barrios de novela de la morisma, la Sevilla actual, moderna, febril, inquieta, con sus mansiones y palacios de incesante actividad, con sus grandes hoteles, con sus grandiosas obras públicas, con sus caminos iluminados y sus calles amplias donde el resplandor de las luces sobre el asfaltado tiende las fantásticas siluetas de los autos veloces... Sevilla cobró así, por obra del gobierno del general D. Miguel Primo de Rivera, el aspecto movido, agitado y vital de las grandes urbes. La Exposición hispanoamericana señala una etapa definitiva de su engrandecimiento, poniendo junto a su pasado de imponderable belleza, la menos atrayente y profunda de su actividad contemporánea. El general D. Miguel Primo de Rivera debe sentir la satisfacción patriótica de las empresas cumplidas con sobrado alcance. Sevilla levanta los pabellones de su Exposición para acoger en una fiesta jubilosa del trabajo a las naciones de orgulloso origen hispánico. Las banderas flameantes de los jóvenes pueblos americanos confundirán sus colores con la insignia gloriosa de España, formando el lábaro de la raza en cuyo imperio nunca



SEVILLA. — Vista de la catedral, con la famosa Giralda

disciplina de vitalidad que le impuso el General D. Miguel Primo de Rivera y cuyos frutos más lozanos se advierten en las Exposiciones de Sevilla y Barcelona. Seguramente no se precisan mayores argumen-

está, resulta inabarcable si no se lo mira en la perspectiva, a la distancia prudencial que exigen las obras de volumen: tanta es la gigantesca y pujante proporción de las Exposiciones de Sevilla y Barcelona,



declinó el sol. ¿Qué palabras exaltarán, pues, en la medida de la gratitud que le debemos, el esfuerzo realizado por el jefe de Gobierno de la Madre Patria? Renace en Sevilla la grandeza histórica de España y en ella se dan cita todos los pueblos que



Teniente general don Miguel Primo de Rivera, Marqués de Estella, presidente del Gobierno de España.

alientan en su pecho el sentimiento cálido del idioma, de la sangre y de las virtudes de su estirpe. La Exposición realiza el sueño de muchas generaciones y revela el portento de modernidad con que el general D. Miguel Primo de Rivera quiso complementar la gracia de la tradicional Sevilla.

BARCELONA

La exposición de Barcelona será su digno "pendant". Barcelona la ciudad capital de Cataluña; Barcelona, el puerto español que tiende su abrazo a los transatlánticos de todas las naciones del mundo, repletos con los frutos formidables del esfuerzo humano; Barcelona, el vasto estuario mediterráneo, bello de febril actividad, colmado de luz y de bullicio. Allí ha erigido el general D. Miguel Primo de Rivera el templo de la comunidad internacional, asegurando para



la paz la más alta de sus manifestaciones: la unión de los pueblos en un torneo de trabajo. Seguramente no podrá ser superada esta iniciativa, ni tampoco su trascendencia. En momentos en que el mundo parece absorbido por la inquietud de los múltiples problemas sociales, políticos y económicos derivados de la post-guerra, España asume el papel glorioso de convocarlo en una gesta de buena voluntad y de pacificación. En Barcelona, la Ciudad Condal, las naciones del mundo depondrán sus dolos y preocupaciones propias para rendir culto a las virtudes superiores que deben inspirar la conducta de los pueblos y de los gobiernos. Las ciencias y las artes serán presentadas en magnífico apogeo en la Exposición organizada por el general D. Miguel Primo de Rivera. No entramos a precisar detalles de orden técnico. Existe conciencia formada sobre el alcance fundamental del certamen. Nunca se ha realizado obra de mayor volumen, y tanto es así que la Exposición de Barcelona ha sido en los últimos tiem-



BARCELONA. — Un aspecto de la Avenida Alfonso XIII

pos el único tema de atención preferente de parte del comercio, la industria, las universidades e instituciones de diversa índole se todos los países.

Para obtener esto España, necesitaba un Gobierno del carácter fuerte y dinámico del Directorio. No bastaban las conquistas del pasado heroico, ni el indiscutible dominio espiritual que España ha recibido en herencia de sus mayores. Era menester el poderío material, que el general D. Miguel Primo de Rivera obtuvo para su patria con el sacrificio de su tranquilidad y aún de los suyos. Su obra, aparte de constituir la preservación y custodia de aquel bagaje histórico, fue dar a España las ventajas de una consolidación financiera y social definitiva. Ello se observará echando una simple ojeada retrospectiva: Barcelona, puerto de intenso tráfico internacional que vivió amenazado permanentemente por el terrorismo y la infiltración de exóticas teorías de importación, ofrece hoy un espectáculo de laboriosa energía, de penetración

de los pueblos y gobiernos del mundo y de amplia y sentida e indestructible corriente españolista. He ahí una verdad ejemplar que la Exposición ratifica en la certidumbre que teníamos en el espíritu quienes miramos a España con las pupilas limpias de errores y mentiras y con simpatía que viene de lo más hondo de nuestra fe hispanoamericana.

GRACIAS AL REY Y A SU EMBAJADOR, D. RAMIRO DE MAEZTU

Digamos nuestro agradecimiento al Rey de España, D. Alfonso, y a su eminente Embajador en la República Argentina, D. Ramiro de Maeztu. Se lo debemos como expresión de gratitud de nuestro país. El Monarca caballeresco, como ha dado en llamarse justamente a D. Alfonso XIII, fué el

mo el general D. Miguel Primo de Rivera, el ilustre diplomático e intelectual se dió por entero a la empresa de las Exposiciones de Sevilla y Barcelona. Es así que la República Argentina se vió favorecida en su representación en el concierto mundial de ambos certámenes. D. Ramiro de Maeztu coadyuvó en los propósitos de nuestro Gobierno, interpretando el pensamiento del Monarca y del Presidente del Directorio de España: Su labor sirva de estímulo a los pocos llamados intelectuales que suponen sembrar la desconfianza hacia la Madre Patria, calumniando o desmereciendo a sus prohombres y sus instituciones. La contribución personal de D. Ramiro de Maeztu en la organización de la representación hispano americana en las Exposiciones de Sevilla y Barcelona, es servicio que España sabrá premiarle. Su tacto de intelectual precisamente, le indicó que España no está sólo en algunos profesores o cate-



Don Ramiro de Maeztu, Embajador de España en la República Argentina

dráticos rentados sino en cada español por humilde que sea, que trabaja con patriotismo y sacrificio por la grandeza y el bienestar colectivo.



Beethoven que, más que por la belleza, tenía el poder de subyugar por la conciencia de su fuerza, vivió toda su vida sin una debilidad y sólo amó realmente, lo que le evitó el sufrir el dominio de ninguna mujer. Porque no hay servidumbre, propiamente dicha, más que la de la carne. Mientras la materia no esté interesada podemos mandar en nuestros amores, cuya exaltación no altera, sino al contrario, fortifica nuestra personalidad. Sin duda, el genio triunfante ejerce sobre las mujeres más prestigio que el genio desgraciado, y, dígame lo que se diga, prefieren siempre a los vencedores y conocen menos que el hombre la piedad amorosa. La mayoría prefieren la gloria ya hecha, aunque haya algunas mujeres que se acerquen a la angustia presintiendo el mérito: y éstas llegan a una altura amorosa, que ningún hombre podrá alcanzar jamás.

Beethoven era pobre, de familia obscura, y tenía la desgracia de su sordera; pero el poder desmesurado de su arte echaba por tierra todos los inconvenientes, designándole para la pasión. Si no realizó sus amores fué porque no quiso. Se reservó por entero, su vida interior fué como un torrente cuyo caudal se detiene hasta que se satisfizo en la serenidad que dan la fe, el dominio de sí mismo y la perpetua concepción artística.

Tres nombres de mujeres, de importancia desigual, brillan en su biografía. La primera es la gentil Lorehen, Eleonora de Breuning. Tenía entonces Beethoven diez y siete años, y, por incapacidad de su padre, era ya jefe de familia y tenía a su cargo la educación de dos hermanas. Eleonora tenía dos años menos que él: adoraba la poesía como él la música, y mezclaron sus primeros ensueños. ¿Se amaron...? No se sabe.

Ella se casó algunos años más tarde con el doctor Wegeler, y Beethoven tuvo desde entonces dos amigos que le fueron fieles hasta la muerte. Ese idilio no fué, en realidad, sino un recuerdo de infancia sereno y delicado, que tuvo por marco aquella ciudad de Bonn bañada por el romántico Rhin, y donde el músico vivió sus mejores años.

A los treinta, Beethoven se enamoró de una hechicera eriatra que le arrancó de la soledad en que se había confinado. Atacado de su terrible enfermedad, se había alejado de los hombres y se ocultaba como si sintiera vergüenza de no oír más que en su espíritu las armonías que derramaba sobre el mundo.

Aquella mujer se llamaba Giulietta Guicciardi. Atraído al fugitivo y le devolvió la esperanza. La sonata Claro de Luna está dedicada a la que iluminó la noche de su alma. Pero aquella felicidad fué de corta duración: los separaban tantos infortunios como prejuicios sociales. El puro sentimien-

La vida amorosa de Beethoven

Por Henry Bordeaux

to que la había atraído hacia él con tan noble espontaneidad desapareció ante la vanidad infantil de querer gobernar a un genio. Fué coqueta y egoísta, cuando hubiera debido ser sencilla y abnegada.

Pero, ¿qué muchacha se aviene con la abnegación y la sencillez?

Giulietta se casó con el conde Gallenberg, y Beethoven sintió una desesperación digna del Jardín de los Olivos. ¿Acaso, al quitarle su único rayo de luz, Dios no lo abandonaba? Pero las almas fuertes vuelven a salir del abismo, y en su corazón herido el artista hizo

LA LUCHA

Ved a los hermanos desgarrar, para repartírsela, la túnica de su padre. Eso hacen los hermanos en la sangre. Ved al amigo salpicando con lodo, de noche y sin testigos, la blanca morada de su amigo. Y cuando éste pregunte quién sea el autor, aquél habrá de lamentarse y protestar su parte en la pena. ¿Porqué os hace eso vuestro amigo? ¿No lo sabéis? Es probable que hayáis triunfado la otra noche, y es posible también que entonces os hayan estrechado las manos los que ahora os hieren. Ya lo sabéis. No fiaros nunca de la placidez del mar, que puede tragáros.

Contemplad el resto de los hombres: son industriales todos. Pueden salvar vuestra salud, vuestros intereses y vuestro honor; pero os dejarán morir de hambre y de indignidad porque no sois clientes suyos... El fabricante, sin embargo, produce buenos manjares para el estómago de los ricos y buenas pieles para el cuerpo de los ricos.

Aquellos que saludan al paso los lacayos, son los poderosos. Mirad cómo triunfan estos humildes. Ellos pagan estos saludos. Aquellos pechos con tantas cruces son de unos cuantos que se encontraron para ir juntos a todas partes. Siempre van en la comitiva. El público está habituado a verlos en la comitiva, y a ellos como piezas de comitiva. Al pueblo le hacen el efecto que a un niño un rompecabezas. Si se diseminaran, el pueblo se divertiría en ligarlos otra vez para gozar con su imaginación infantil. Pero cuando la fusta cruza el lomo de la plebe, la plebe soporta el fustazo y abona el entretenimiento.

Aun hay más: donde los hombres son más temibles es en las pequeñas cosas. Ved cómo continúan defendiendo sus personas cuando ven perdidas sus ideas. Les queda voz y pulmón, y gritan mostrando su estulicia.

Es el triunfo de la secreta justicia: peroran para la galería, que no tiene el ojo fino y no se percata. De sobra saben esos miserables que su cosecha es la más verde. Ya a la postre, todo el fruto de su huerto tienen que arrojarlo a los cerdos. Nadie que tenga paladar lo soporta. Y este es también el triunfo de la secreta justicia. Si supieran sacar partido de su dolor se salvarían; pero no saben, y escupen su desesperación. Es gran pena para los privilegiados ver estos desesperados y no poder consolarlos. Yo les aconsejo que suban a la montaña por el camino del dolor. Es el único camino. Creedlo y no lo olvidéis, que puede seros útil, si reformáis vuestra conducta. Otros no se contentan con cantar las excelencias del fruto verde de sus huertos; para asegurar el éxito dicen que la cosecha del vecino está perdida. Os aconsejo que no os desesperéis, vecinos. Ignorad esos malvados que vuestros dolores son vuestro Dios. Y así, al daros dolor os dan comunión. Preparad el espíritu para recibirla. Decid la oración del sentimiento, y llevad la pena al fondo de vuestro pecho, entre un cántico de alabanzas. Dejad que los cerdos, felices después de comer se revuelquen en el fango. Vosotros no habéis comido, pero tampoco os revolcáis en el fango. Cuando los que os han hecho daño adviertan que no os desesperáis, se les encenderá la sangre y os llamarán cobardes. Mirad bien al otro día; notad cómo habéis crecido y los malvados tienen a vuestro lado un tamaño diminuto. Ya podéis pisarlos; pero os aconsejo que no los piséis, y no porque puedan mancharse vuestros zapatos de armiño en su sangre impura, bien al otro día; notad cómo habéis crecido y los malvados aloriosa que habéis dejado con vuestro dolor. Para todos los hombres hay redención por esta luz. Sed, pues, los redentores, alumbrad siempre con vuestro dolor.

V. GARCIA MARTI



Un HIERRO QUINA BISLERI a una chica convidé y como le habrá sentado que con ella me casé.

entrar más compasión, más dignidad, ese convencimiento profundo de la vida que sólo se adquiere con esas derrotas transformadas en victorias.

¿Qué asombro hubiera experimentado la pobre condesa Gallenberg si hubiese leído esta carta escrita por Beethoven poco después que ella le abandonara con toda crueldad: "Mi juventud no ha hecho más que empezar. Cada día me acerca al fin que entreveo, sin poder definirlo... Quiero agarrar el destino por la garganta y dominarlo. No logrará doblegarme, vencerme. ¡Es tan hermoso vivir mil veces la vida!"

En los verdaderos genios, hay porciones de alma a las que nada llega y mucho menos una desesperación amorosa.

El amor de Teresa de Brunswick es más misterioso porque su desenlace permanece aún ignorado. Fué novia de Beethoven en 1806, cuando el músico tenía treinta y seis años y la misma Teresa ha narrado las circunstancias de ese noviazgo. Recibió al músico en Martonvasar, en Hungría, donde vivía con su hermano el conde Francisco. Allí cambiaron sus primeras frases de amor, pero Teresa amaba ya desde tiempo atrás al maestro cuando, siendo ella una jovencita, le daba Beethoven lecciones de piano en Viena.

"Un domingo por la noche", escribe Teresa, Beethoven se sentó al piano. Primero ejecutó algunos preludios y luego, lentamente, con una solemnidad impresionante, empezó a tocar una canción de Sebastián Bach: Si quieres darme tu corazón, que sea en secreto y que nadie puede adivinar nuestros comunes pensamientos. Mi madre y el sacerdote se habían dormido; mi hermano estaba sumido en una especie de ensueño, y yo, que comprendía lo que representaba aquella canción, sentí la vida en toda su plenitud..."

Romain Rolland, que en su piadosa Vida de Beethoven cita este episodio, atribuye a Teresa de Brunswick el destino de la única carta de amor, no fechada, que figura en la correspondencia del maestro. Es una suposición que descansa solamente sobre una prueba psicológica: el estado de alma que la carta revela y que se acerca sensiblemente a la inspiración apasionada que se nota

en todas las composiciones que hizo Beethoven en aquella época.

Mi inmortal bien amada, dice a Teresa, como si fuera un acorde de *La Apassionata*, y luego agrega: *ten tranquilidad y dulzura*, como en la *Sinfonía Pastoral*.

No se casaron, y se ignora la razón de ello. Pero hasta su muerte Teresa amó a Beethoven. Diez años después el músico escribía: "*Pensando en ella, mi corazón late tan fuertemente como el día que la vi por primera vez*".

Pero en sus apuntes del mismo año, Beethoven nos explica el secreto de su manera de amar hablando de las emociones que le produce la naturaleza: "*Mi corazón*", dice, "*se desborda al contemplar este paisaje, y, sin embargo, no está a mi lado*".

Para sentir la vida en su plenitud, el maestro no necesitaba que Teresa estuviera a su lado. La armonía de líneas y de colores y la diversidad que la luz del amanecer y del crepúsculo da a las cosas, le bastan, porque él proyectaba sobre el horizonte las sombras de su alma inmensa.

"*Nadie en el mundo*", escribió más tarde, "*gozará con la naturaleza más que yo... Amo el árbol más que al hombre...*"

¿Para qué necesitaba a la humanidad?... La llevaba toda entera en su corazón desgarrado por el dolor y apasionadamente ávido del goce supremo.

Por eso, el amor sólo fué para él una ocasión de sentir; no una influencia, ni la huella que deja en nosotros la dominación de un ser extraño. Un rostro lindo y joven, una mano que acariciase suavemente... Esto bastaba a sus deseos. Su verdadera vida pasional, fué completamente interior y la soledad el laboratorio de su pensamiento.

Fué de esos genios contraídos que se reservan para el arte y viven en Dios. Un Leonardo de Vinci, un Miguel Angel, se defendieron como él de la sociedad y del amor, y ha sido necesaria toda nuestra manía sentimental para hallar una relación amorosa entre el divino Leonardo y la *Gioconda*, entre Miguel Angel y *Victoria Colonna*. En realidad, dichos artistas vivieron y murieron libres, prefiriendo sufrir en su carne antes de perder la integridad de su persona. ¿Acaso no se ha tratado de descubrir relaciones amorosas entre la señorita de Roannez y Pascal, cuando éste sólo se ocupó de ella para procurar que entrase en un convento?

Porque asignaron a sus esfuerzos un fin muy alto; los hombres de ese temple se vieron protegidos por una fuerza de resistencia singular contra los mil lazos y encantos de la vida.

El egoísmo que cree agrandarnos sin cesar, es una protección menos segura.

Chateaubriand encontró o buscó, para aumentar su patrimonio de

sensibilidad, todo un coro de mujeres del que cada una, por sí sola, bastaría para llenar de goces la existencia de un fiel amante.

Pero Chateaubriand se quería a sí mismo más que al amor, al arte, y su mejor obra literaria son las *Memorias de Ultratumba*, en que habla casi exclusivamente de su persona. Los otros, los más grandes — Beethoven, Leonardo, Miguel Angel, Pascal, — prefirieron su arte a su persona y reservaron sus fuegos para la realiza-

ción de un destino tan abrumador como fecundo, librando sus manos de las cadenas y sus corazones de las influencias.

Se puede decir de una obra de genio que le inspiró el amor, no una mujer. Hay en ello una gran diferencia. Porque nuestro amor nos pertenece y toda mujer, aunque sea la más amada, cuando habla el genio, es una extraña. Para esa clase de hombres no hay inspiradoras.

Las canciones del Límite

... "Y nunca más escucharé su voz"

Para FRAY MOCHO

En la angustia inenarrable de mis noches intranquilas cuando (aún la Parecía rondando)

tu alma estaba con la mía, siempre sentí en mis delirios —dentro del alma oprimida— como una canción sublime de anhelante melodía, a cuyo influjo hechicero, a cuya magia divina todo en mí resucitaba, todo en mí tomaba vida, la cascada rumorosa, fresca y pura de tu risa...

Cuando el golpe de la suerte abrió otra vez mis heridas, cuando sentí que mis sueños todos se desvanecían, cuando comprendí la inmensa desolación de la vida, cuando contemplé mis ansias rotas entre las espinas y sentí en mi mente triste una horrible pesadilla... vino a disipar mis penas y sus tinieblas malditas, la cascada rumorosa, fresca y pura de tu risa!

Hoy, sin embargo, no escucho —ay!— dentro del alma mía la cascada milagrosa, fresca y pura de tu risa.

Ya se apagó para siempre su celestial armonía, ya se deshizo el encanto de aquella magia divina; y, aunque a veces, en mis noches interminables, transidas, quiere evocarla mi anhelo con una loca porfía... es en vano: Se ha apagado para siempre aquella risa!

Hoy sólo en la inenarrable aflicción del alma mía se escucha el fragor horrible de la tempestad maldita; mientras todo, todo muere al ímpetu de sus iras, repitiendo sus gemidos una triste letanía...

Aún exploro las tinieblas con mis lánguidas pupilas, en el afán de encontrar la fontana de tu risa... Pero, en vano: Todo gime desesperación e incita a pensar en las derrotas asombrosas de la vida...

Todo gime la honda pena de las cosas que agonizan, de las tumbas olvidadas, de las visiones queridas

¡Ah, si pudiera embriagarme con la dulce melodía de aquella canción de ensueño, de aquella canción de vida! ¡Ah, si pudiera otra vez darme al sueño y la porfía; dejar mi fe entre los ecos anhelosos de tu risa, divagando locamente sobre tu sien pensativa... y sentir cerca, muy cerca, como una suave caricia —en hábito embriagador— tu boca de virgencita! Dejar mi fe entre tus manos; tomar tu alma en mis caricias, bebiendo en tus ojos garzos tus emociones sencillas... ¡Sí, estrecharte entre mis brazos;

sí, besar tu boca tibia; ir lejos con tu esperanza... regresar con tu alegría!

Más no es posible; ni nunca será posible... alma mía! Se apagó ya, para siempre, la cascada de tu risa... fué rodando lentamente por la cuesta que se inclina hacia el abismo ignorado que remata nuestra vida... y, allí, duerme un sueño largo en dura noche infinita!

No importa! Quiero seguir por mi senda árida y fría; quiero proseguir la marcha entre estas crueles espinas; quiero apurar de mi copa la última gota de acibar; quiero olvidarme de todas las esperanzas perdidas; y calmar las fiebres hondas, alocadas que me agitan...

Pero... no puedo! No puedo! Siempre en alma transida, entre las densas tinieblas de mis noches, resucita —como un límpido torrente que entre peñas se desliza— el recuerdo de una vieja, dulcísima melodía... la imagen lejana y triste de la fuente de tu risa!

Francisco A. PIGANO

Montevideo.

EL YUTE

La India es el único país productor de yute en grande escala, proviniendo casi todo de los cálidos, húmedos y fértiles valles de Bengala.

La utilización industrial del yute recibió su primer impulso con la propagación de los telares de mano en el expresado país, industria que adquirió considerables proporciones entre los años 1825 y 1850. A mediados del siglo XIX los telares de mano comenzaron a ser suplantados por los telares mecánicos. Los primeros embarques de este producto para el extranjero los efectuó la East India Company, en 1795, la cual compañía deseaba encontrar en la India una planta textil que reemplazara al cáñamo. Fué muy poco lo que se adelantó, sin embargo, hasta unos cuarenta años más tarde, cuando comenzaron a tejerse en Dundee (Escocia) las primeras partidas de yute puro. A partir de 1835, las exportaciones de yute en bruto aumentaron rápidamente en la India.

En 1855 se erigió en Rishara, cerca de Serampore, la primera fábrica provista de telares mecánicos, y cuatro años más tarde comenzó a funcionar otra en las afueras de Calcuta. En 1901, los 5.000 telares mecánicos existentes en Bengala, habían aumentado a 16.000 en 1911, y a 41.000 en 1921. En 1926 en Bengala había un total de 50.354 de dichos telares distribuidos entre 86 fábricas.

La facilidad con que los mercados del mundo absorben la creciente producción de yute de la India demuestra que la demanda por este producto aumenta constantemente. El monto del yute elaborado en el país y el del exportado en bruto en 1895-96 fué de 5.051.000 pacas; en 1915-16 este total ascendió a 7.093.000 pacas, y a 8.860.000 pacas en 1926-27, y en 1927-28 llegará a más de 9.200.000 y 9.500.000 fardos, respectivamente.

Los factores que más contribuyen a que el yute indio predomine en todos los mercados del mundo, son: 1.o, el largo de la fibra y la facilidad con que se la manipula en el telar; 2.o, su mucha duración, lo que hace que pueda utilizársela en la confección de lienzos de embalaje, bolsas, hules, etc.; 3.o, el bajo costo de producción; 4.o, el hecho de que los plantíos de yute se desarrollan sobre grandes extensiones, en condiciones de clima y suelo muy diversos, en las tierras altas y en las tierras bajas, de suerte que, aunque la cosecha sea mala en alguna parte, la abundante producción de otras comarcas sirve para compensar cualquier deficiencia.

La fiesta estaba en lo mejor. Bautizo más lucido hacía años que no se recordaba en el antiguo barrio de Puyuta (hoy Desamparados) en San Juan.

Don Liborio López, cada vez que bautizaba un hijo echaba la casa por la ventana, y esto, a la fecha, había ocurrido ya como docena y media de veces. Tal vez por eso hay tantos López por esos mundos de Dios...

Aunque la media noche hacía ya buen rato que había cruzado las tranqueras del cielo, los festejantes seguían bailando y cantando como si apenas hubieran empezado.

Cierto es también que en aquellos tiempos, y en aquel bendito San Juan que pasó para no volver, la "farra" más insignificante duraba tres días obligatoriamente.

En ese momento una lucida pareja bailaba una "refalosa".

El cantor, un muchacho buen mozo, de ojos grandes y expresivos, y que parecía vaciar en cada estrofa de sus canciones el aroma de una amargura desgarradora, demasiado prematura en él, cantó estos versos:

"En este mundo traidor
sólo un querer es verdá;
muerto ese querer, mi vida,
es mentira lo demás..."

Si el alma en el otro mundo
tiene ojos para llorar,
yo te he de llorar, mi vida
por toda la eternidad..."

Se sentaron los bailarines, y el muchacho empezó a rasguear una cueca, cuando el viejo Laguna lo interrumpió, diciéndole:

—Muchacho: por lo que más querás en tu vida, volvé a cantar esos versos... Has hurgado en mis recuerdos y has despertao sensaciones que parecían haberse dormido pa no despertar nunca. Cantá otra vez esa "refalosa"...

Todos los contertulios se volvieron hacia el viejo criollo con interés, contemplándolo en silencio, y cada uno, para sí, empezó a imaginarse las complejas incidencias de un futuro cuento.

Volvió a cantar las endechas el muchacho, y al terminar, una simpática moza que se había aproximado a estudiar el rostro del viejo, descubrió dos lágrimas, que rodaron por sus mejillas y fueron a hundirse en su bien cuidada barba...

—¡Tata, Laguna ha llorado! — gritó a voz en cuello para que todos se enteraran.

—¡Mentís, intrusa! — replicó él, haciendo milagros para disimular su emoción.

Los más acostumbrados a sus cuentos se arrimaron a él, abrumándolo a preguntas.

Entonces don Liborio, viendo que la fiesta peligraba por la curiosidad de algunos cuantos, habló así:

—Cuando el río suena... agua lleva... Si don Laguna quiere con-

Recuerdos del viejo Laguna

Por Miguel Martos

tar algo, soy de opinión de que todos los que queremos escucharlo pasemos al corredor, junto a la cocina. Los cuentos criollos se han de contar junto al fogón, mientras circula el mate y la pava rezonga

siguieron, incluso el muchacho cantor. Inútiles fueron los ruegos de las muchachas para que éste fuera de los del baile... El prefería los cuentos del viejo gaucha.

Por fin, don Giovanni, un ita-

LAS DOS MADRES

Después de la muerte de Cristo, la Virgen se fué a Galilea, donde según la profecía, iba a reaparecer el Salvador para dirigir a los Apóstoles.

Era una tarde de primavera que se iba por los caminos con una lentitud enfermiza. Las gentes del pueblo que aun recordaba la tragedia del Gólgota, habían visto que la madre del Nazareno se encaminaba hacia un huerto de sicomoros, ya obscurecido con el presentimiento de la noche, y la habían compadecido:

—Ella no tiene la culpa de la locura de su Hijo.

La Virgen se detuvo al borde de un arroyo que corría murmurando como una plegaria precipitada. Una nube larga se extendía cual dos brazos abiertos, sobre la tierra ennegrecida por la penumbra. Y era como si la luz se crucificara en un remoto calvario, transformando en sangre luminosa, el agua de los pozos y de las cisternas. A María le pareció que los árboles y los pájaros no decían más que una sola palabra: ¡Perdónalos!

Y en verdad, la dulzura del reposo crepuscular predicaba, como su Hijo, una doctrina de tolerancia y amor.

La Virgen se lamentaba, diciendo:

—"No hay dolor semejante a mi dolor". No hay madre más desventurada que yo.

Entonces oyó la voz de una mujer que detrás de ella, le dijo:

—Y... Soy una madre que ha perdido a su hijo y la fatalidad me persigue. Corro para que no me alcance.

Y sonreía con una de esas sonrisas glaciales que florecen en la inconsciencia. La Virgen creyó que estaba loca.

—Sí — agregó la extraña mujer. — Mi hijo ha sido víctima de las malas compañías; pero era tan bueno, que quiso morir.

(Una madre no condena nunca a sus hijos, porque es lo que más cerca se parece a Dios).

—¿Y cómo se llamaba tu hijo? — le preguntó después de un rato, la madre del Señor.

La vieja se ruborizó. Tenía vergüenza de nombrarle. Su amargura era de aquellas tan terribles, que no se pueden ni confesar. Luego se alejó, como aterrorizada, con una agitación tal, que huberáse dicho que, al verla pasar, se conmovían los ramajes del camino.

Pero, la Virgen, compadecida, la llamaba. Dominábala una vehemencia realmente divina. Ante el dolor ajeno, su alma desconcertada, volvía toda un afán de consolar. Sin embargo, sus voces se perdían en la noche, bajo el rumor de las florestas que, movidas por el viento, comenzaban a exhalar su perfume. La Virgen había reconocido a aquella anciana: era la madre de Judas.

Cuando comprendió que todo era inútil, rompió a llorar, a sollozos, desesperadamente, como no había llorado por su propia desgracia: Es que era la madre de Jesús.

Pedro Miguel OBLIGADO

junto al fuego... Los que quieren bailar, sigan el baile...

Dicho esto, tomó al viejo por el brazo, y salieron del salón, dirigiéndose al extremo del corredor, donde las negritas de la casa estaban ocupadas en los manipuleos del chocolate y los pasteles de dulce.

La mitad de los contertulios los

liano acriollado, se prestó, a instancias de las inquietas muchachas, a tocar el acordeón para que bailaran.

Pronto empezó a circular el mate, y cuando todos se hubieron acomodado y guardaron silencio, el viejo comenzó diciendo:

—Allá, entre las sierras, por el norte, hay un pedazo de suelo, fér-

til como las lágrimas del rocío y escondido como un tesoro robao, que se llama Jachal; en él tejí mi fantasía de muchacho las más primorosas ilusiones juveniles y mi alma se abrió al beso del amor con la misma fragancia con que se abren los claveles húmedos de rocío a las primeras caricias de la aurora...

"Había una muchacha linda como la virgencita del Valle y lozana y fresca como una rosa temprana. Tenía unos ojos negros y grandes, d'esos medio adormilados y que parece que siempre están con sueño..., sueño de amor, que hace latir hasta las piedras si las miras dos veces seguidas, y que parece que Dios los hubiera echao al mundo pa matar corazones..."

"Nos quisimos mucho y nos dimos las primeras palabras que aprende el amor. Palabras tal vez torpes y entrecortadas, que dejan mucho que decir, pero que no se olvidan nunca; porque son la desnuda expresión del alma, algo así como los primeros garabatos que escriben los niños, y que es siempre la palabra más grande que existe pa ellos: mamá o papá..."

"Pero no duró mucho tiempo nuestra dicha. Los caprichos de la vida son como los caprichos del viento o de la tormenta. Tronchan siempre la rama que tiene más fruto o el tallo que ostenta la flor más linda; tal vez será porque pesan más..."

"El padre d'ella era hombre frío y calculador; sin andarse con rodeos ni medias tintas, me puso de patitas en la calle, y dispuso de dar la hija en matrimonio al comisario, que un día la vido y al otro la pidió.

"Me desbancaron. Caballo e comisario gana siempre. Era el tal un hombre bastante maduro, moreno, fierazo y mal encarao, como un susto a media noche; pero era arrojao y decidido y una güena máquina p'azotar a los opositores electorales del gobierno. Todas esas tropelías le habían dao una posición desahugada, y el padre de la Brunilda, que así se llamaba ella, vido el cielo abierto cuando aquel sapo con chiripá se le humilló a pedirle algo..."

"Me tuve que dir con viento fresco, porque mi lomo peligraba. Siempre tenía algún milico roncoando por los alrededores, y si alguna vez me acercaba, era a fuerza de mil astucias y recursos.

"Varias veces, cuando me acercaba a la casa de noche, la oía cantar. Tenía una voz divina. Ella sabía que yo la estaba oyendo, y cantaba con toda su alma la canción que ha cantao este muchacho. Por eso le pedí que la repitiera... Ha despertao recuerdos inborrables..."

—Güeno, ¿y de ahí?... — preguntó uno, haciéndole lugar al italiano Giovanni, que había dejado el acordeón y buscado sitio entre los oyentes.

— ¡Se te queman los pasteles, muchacha!... — le gritó don Liborio a una de las pasteleras que se había quedado abriendo la boca.

— Me juí del pago — prosiguió el viejo. Rodé mucho por esos mundos de Dios buscand'olvido a mis penas. Pero jué inútil... Cuando el hombr'es joven se apega tanto a los sentimientos humanos, que no hay razón que lo convenza, y es capaz de hacerse matar cien veces por un querer...

“Dos meses después volví, no sé si con ideas siniestras o por sólo decirle adiós por última vez; pero el caso es que yo afilé cuidadosamente mi daga y compré una pistola d'esas antiguas, de dos caños.

“Era de noche cuando caí al pago. Me sorprendió la iluminación y el traqueteo de gente que se veía en la casa de la Brunilda.

“Había muchos caballos ensillados y coches en la puerta. *Casamiento*, me dije. *Hi llegao a tiempo...*”

“Me apée, até mi overo bayo al palenque, un poco apartado de los demás y me dirijí a la casa.

“No bien di gñelta la espalda, mi overo relinchó de un modo raro. Me volví sorprendido y lo vide inquieto parecía querer seguirme, porque levantaba la cabeza y encaraba hacia mí hasta onde le daba la rienda, como haciéndome señas... El animal barruntaba peligro y me avisaba.

“Quien no conoce al caballo no sabe lo qu'es lealtá, instinto e inteligencia. El adivina el peligro como el perro y le avisa a su amo.

“El hombre que sabe aprovechar las lecciones que le dan los animales, pocas veces tropieza en la vida; pero nosotros rara vez les hacemos caso, vivimos muy pagaos de nuestra superioridá, ni aunque a veces no sepamos que tres y dos son cinco...

“Miré a mi pobre overo con tristeza, le hice una caricia y le dije: *Señal lo que Dios quiera...* El animal no hizo más movimiento. Parecía que había comprendido que sería inútil insistir.

Quando entré al patio, iluminado con antorchas y faroles de papel, vide la crema de Jáchal reunida; hasta el fraile y dos sacristanes vestidos con unos camisones bordados encima del hábito, estaban brindando por la pareja que se iba a acollarar... Habían levantao un altar y los novios estaban junto a él esperando la bendición.

“Cuando me vieron, el bullicio calló como por encanto, y ni acercaron a contestar las güenas noches que les dí.

“Don Tristán, el padre de la Brunilda, se echó a temblar; al comisario se le atragantó la saliva y no hacía más que buscarse por el cinto el trabuco y el facón, que no tenía puestos, y la novia se quedó más pálida que una estatua de

cera...

“Me paré en el medio del patio mirando a todos, uno por uno... Ninguno habló. Parecía que todos hubieran temío mi cólera, porque bajaban la vista. La única persona que me sostuvo la mirada fué ella... Ella no tenía nada que reprocharse... Todos los demás, sí...

“Hubo un silencio largo, tal vez de un minuto, tal vez más. Tuve que hablar yo.

“—No hi venío a matar a naides — dije; — no se asusten; ni siquiera a evitar esta ceremonia. Sólo hi venío a darle el último adiós a la elegida de mi corazón, porque me voy pá no volver.

“Naide contestó. Me abrí paso pand'estaba la Brunilda y la tomé de los brazos.

“—Vengo a verte por última vez — le dije, — porque me voy muy lejos; pero nó te voy a decir adiós.

no pensaba matar a naide. Esto me hace acordar de aquel refrán tola...

“— ¡Dios té guarde — le dije al cara e zapallo del novio — de maltratar a esa mujer!... Las lágrimas qu'ella derrame por tu culpa me las vas a devolver en gotas de tu sangre...

“Nada contestó. Naide movió los labios tampoco y yo volví a salir por onde había entrao, sin que naide me molestara. Lo único que alborotó el avispero, a mi salida, fué que al cabo que hac'a de centinela en la puerta, se l'escapó un tiro... Tal vez fué de puro susto, porque lo vide haciendo milagros de equilibrio pá sostener las piernas media derechas...

“Dejuro qu' el pobre se pensó que yo me iba a volver un Juan Moreira, ni aunque no le había dianas medio derechas...

Me convertí en terror, yo que



— ¡Qué lástima!
— No veo por qué.
— Porque el agujero es muy chico.

“Ella rompió a llorar y s'estrechó contra mi pecho. Yo la oprimí con toda mi alma y la besé; pero la besé en frente, donde se besa a los ángeles. En la vida hay que aprender a distinguir. A las mujeres se las besa en la boca, a los ángeles se les besa en la frente... Yo no podía besarla de otro modo.

“No sé qué cara pondría el novio ni los presentes, porque yo en ese momento no vide a naide. Podían haberme acribillao, pero naide lo hizo. Parece que Dios desarma en el momento oportuno a los que no llevan de su parte la razón.

“Todo esto fué un momento. Quando me aparté d'ella, miré frente a frente al comisario y lo vide pálido como un muerto. Y no era, dejuro, porque le faltaran agallas; pero más allá de las cosas de la vida está la razón con que Dios engrandece a los hombres, y con más razón tuavía si esa razón está apoyada por una daga bien afilada y los dos caños de una pis-

que dice qu. “no es tan overo el tigre como lo pintan”... Los hombres, son a veces, lo que a los demás se les antoja que sean... Mi pobre overo relinchó al verme de nuevo. ¡Pobre bruto!... Parecía una risa su relincho. Los animales saben sentir, a veces mejor que los hombres. Cuando pus'el pie en el estribo me hociqueó como acariciándome. Parecía que adivinaba mi pena y me quisiera decir: “¿Qué te importa una traición si estoy yo aquí pá defenderte? Vamos a rodar mundo que el mundo es nuestro y cuando hay voluntad todo se vence”...

“Rodé mucho por esos mundos de Dios y hasta olvidé también por temporadas aquellos sinsabores; pero fueron emociones transitorias, preocupaciones, amores nuevos y otras yerbas. El primer amor echa raíces en el alma y esas no hay tenazas que las arranque...

“Como a los diez años, sin saber por qué, como si una fuerza desconocida me llevara volví al pago...

“El destino es caprichoso y parece que halla gusto en martirizar los corazones... Me volví a llevar pá que viera las cenizas de un fuego sagrado que yo había encendido y que sirvió pa alumbar a otro.

“La pobre había muerto... Poco tiempo vivió después del matrimonio. Había dejao un hijo, que yo nó pude ver, porque el padre se lo había llevao quién sabe ande. Naide supo del niño, porque el antiguo comisario, que después no jué más que un triste vagabundo, lo había muerto en una batida de cuatreros... Había caído el gobierno que a él lo sostenía, y como no servía pá otra cosa más que p'ertar y atropellar, tuvo que meterse a ladrón... Ese es el final de tantos infelices, que parece que no han nacido más que pá comisarios...

“Fuí a la tumba d' ella. Una pobre cruz de madera, medio desvencijada; nada más... Ni una flor, ni un pájaro, ni una mariposa... Maldije el destino y pens'en buscar al padre d'ella y matarlo, porque todos aquellos escombros eran obra suya... El la mató privándola del único amor, y por si eso era poco, le dió el suplicio de un hombre aborrecido.

“Si es cierto qu'existe el infierno estoy seguro qu'está más lleno de malos padres que de asesinos y ladrones...

“Me volví con el alma echa pedazos, jurando no volver...

“Muchos años han pasao y no hi quebrantao mi juramento...

“¿Lo quebrantaré algún d'a?... No sé... Otros quereres me han hecho vivir la vida; sensaciones nuevas me han dao nuevas enseñanzas... Pero allá en l'ondo del alma...

“Lo que me ha preocupao siempre's el niño: ese niño de la mujer inolvidable, cuyos ojos me podían hablar de aquellos ojos... Mucho lo hi buscado... ¿Lo encontraré?... ¿Quién sabe!...”

Hubo un silencio largo. Todos los presentes estaban pendientes de los labios del viejo, como si esperasen aún el final del cuento. Después de una pausa, el muchacho de los ojos grandes y expresivos, el mismo que había cantado las endechas, se enderezó conmovido, y acercándose al viejo, le miró hondamente a los ojos.

— Viejo — le dijo conmovido, — déjeme que lo bese en la frente... Es una deuda de mi madre... Y besó la frente venerable con un beso cuyo dulce rumor vibró con el sonoro estremecimiento del aleteo de un ave de ensueño...

En ese momento varios sollozos rompieron el silencio del auditorio, al mismo tiempo que la olla de los pasteles se volcaba entre los tizones del fogón...

Curiosidades

El ferrocarril del nordeste de Londres dispone de 7.000 máquinas para arrastrar 21.000 coches, por las 7.000 millas de línea de que dispone.

Antes de la Gran Guerra, un naturalista alemán encontró en lo que era el África oriental alemana, algunos huesos fósiles de dinosaurio, algunos de los cuales tenían 1.80 metros de largo. Los animales aquellos se calcula que tendrían 30 metros de largo. La colonia pasó a poder de los ingleses.

Cuando un médico de Beluehistán suministra un remedio a un enfermo, debe probar la fe que en él tiene tomando él de la misma medicina.

En los tiempos medievales se llamaba *excusaña* al hombre de campo que, en tiempos de guerra, se colocaba en adecuados lugares para observar los movimientos del enemigo.

De los periódicos más importantes de Francia, "Le Figaro" empezó a publicarse el 2 de abril de 1854. Su fundador fué H. de Villermessant. Primero fué semanal, después bise-manal y en 1866 diario.

"Le Temps" fué fundado en 1861 por A. Nefftrier, antiguo redactor-jefe de la "Presse".

"Le Journal" fué fundado en 1892 por Fernando Xau: "L'Echo de París", en 1884, por Aureliano Scholl; "La Liberté", en 1865, por Carlos Muller; "L'Intransigeant", en 1880, por Rochefort; "La France", en 1862, por el conde Arturo de la Guéronnière; "Le Petit Journal", en 1863, por Moisés Millanal; "Le Petit Parisien", en 1875, por Andrieux.

Los deportes han hecho que la mano femenina aumente de tamaño. Antes el número habitual del guante femenino era el seis, pero actualmente es raro la mujer que lo usa.

Es un error creer que los cabellos crecen más abundantes si se cortan a menudo. Los cabellos no crecen en la parte de su punta sino desde las raíces y, por esto, el corte más o menos seguido, nada tiene que ver con el procedimiento que ocasiona el crecimiento. Se calcula que el cabello crece, por término medio, un centímetro por mes.

La planga es un ave del orden de las rapaces diurnas; tiene unos 16 decímetros desde la punta del pico hasta la extremidad de la cola y 17 de envergadura. Su plumaje es negrozco, con manchas blancas redondeadas. Vive de la caza, aunque temporalmente acude a las lagunas en busca de peces. Habita en los montes con arbolado.

Es un hecho la construcción de un túnel, bajo el Escalda, en Amberes, pues se ha aprobado por el Gobierno belga el correspondiente proyecto de ley. Este túnel costará 200 millones de francos.

Al sudeste de la antigua Germania, entre la selva Gabreta, el Danubio y las cordilleras de Sarmacia habitó un pueblo, suevo de origen, llamado Cuado.

En la antigüedad se creía que la *dionisia*,

piedra negra moteada de manchas rojas, podía dar sabor de vino al agua y ser medicina contra la embriaguez.

Caleulándose la población actual del mundo en 1.850 millones de habitantes, la mortalidad media anual (caleulándose al tipo del 30 por 100) puede fijarse en 57 millones, o sea, que cada segundo mueren dos individuos.

El ópalo es una gema aún más difícil de imitar que el diamante.

No hay vinagre que se compare al que hacen los árabes.

Más de la mitad de la superficie terrestre está cubierta por una capa de agua de tres mil setecientos metros de espesor. Once millones de kilómetros cuadrados se encuentran bajo una masa líquida de nueve kilómetros de altura.

Donde más profundidad ha indicado la sonda es en los alrededores de la isla de Guam, en el Pacífico, sitio en que se ha encontrado un fondo de diez mil doscientos noventa y seis metros.

A esta espantosa profundida las aguas tienen una presión de cuatro toneladas y media por pulgada cuadrada. El más sólido casco de buque quedaría aplastado bajo tal presión como si fuese la cáscara de un huevo.



Como si le arrancaran los Pulmones

es la impresión que usted experimenta en un fuerte ataque de tos. La tos no tiene razón de existir, pues para combatirla están las

Pastillas Iodeina

(MONTAGU)

que es lo mejor que hay para extirpar cualquier clase de tos. La Iodeina suprime el cosquilleo molesto precursor del ataque de tos, suavizando los bronquios y facilitando la expulsión de las flemas que secretan las vías respiratorias.

EN TODAS LAS FARMACIAS Y EN LA

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida

Buenos Aires

NUEVOS DIRECTORES DEL BANCO HIPOTECARIO NACIONAL



Con la asistencia del Ministro de Hacienda y de un núcleo de altos funcionarios de la administración, tomaron posesión de sus cargos los nuevos directores del Banco Hipotecario Nacional, designados por el Poder Ejecutivo. — De izquierda a derecha: señores Eduardo Alisedo, Carlos Navarro y Santiago H. Rocca, que se incorporan al directorio de la mencionada institución.



El ministro de Hacienda de la Nación, doctor Enrique Pérez Colman, durante el acto de poner en posesión de sus cargos, a los nuevos directores del Banco Hipotecario Nacional, ante un crecido número de altos funcionarios de la administración y de la institución de referencia.

HORRIBLE CATASTROFE EN LAS VIAS DEL FERROCARRIL OESTE



En el paso a nivel de la calle Artigas ocurrió una terrible colisión entre un omnibus repleto de viajeros y un tren eléctrico del Ferrocarril Oeste, cuyas dolorosas consecuencias causaron la consternación del público de Buenos Aires. Víctimas del fatal accidente, perdieron la vida seis pasajeros del mencionado omnibus y resultaron heridos otros 16, algunos de ellos, de bastante gravedad. — Momentos en que una grúa del ferrocarril levanta los restos del omnibus, que quedó completamente destruido. — El presidente de la República, hondamente impresionado por la catástrofe, fué uno de los primeros en acudir al lugar del luctuoso suceso.

Homenaje al doctor Alfredo Colmo

La Pan American Society, de Nueva York, ofreció un banquete en honor de nuestro compatriota, doctor Alfredo Colmo, presidente del Instituto Argentino - Norteamericano de Cultura de Buenos Aires. — La cabecera de la mesa, ocupada, de izquierda a derecha por los señores Dr. G. Manrique, expresidente de la Cámara de Diputados de Venezuela; Alejandro Bollini, Cónsul General de la Argentina en Nueva York; John L. Merrill, presidente de la Pan American Society; Dr. Alfredo Colmo; Dr. Clarence Haring, profesor de Latín y de Historia Americana en la Universidad de Harvard; Jerome D. Greene, miembro del Consejo de la Sociedad, en Nueva York. — El doctor Colmo pronunció, en inglés, en dicho acto, un elocuente discurso, cuya versión castellana daremos en nuestro próximo número.



INAUGURACIÓN DEL CAMPO DE DEPORTES DEL CLUB "LOS INDIOS"



El gobernador de la provincia de Buenos Aires, doctor Vergara, durante la inauguración oficial de la cancha de polo del club "Los Indios".



Un aspecto de las numerosas familias que asistieron a la inauguración del campo de deportes del club "Los Indios", situado en Morón.

CAMINO DE MORON A LUJAN



Con asistencia del gobernador de la provincia de Buenos Aires, doctor Valentín Vergara, se libró al servicio público el tramo del camino entre Morón y Luján. — El mandatario provincial escuchando el discurso de un escolar.

NUEVOS MODELOS DE AUTOMOVILES DODGE



Los señores Fevre y Bassel, acompañados del alto personal de la Casa, durante la presentación pública de los nuevos modelos de automóviles Dodge "Victoria Sport Six" y "Sedan de Lujo Sport Six", creaciones que fueron elogiadas por los numerosos invitados al acto, por cuanto significan un brillante progreso de dicha marca, en la importante industria automovilística.

Fiesta privada

Vista parcial de la concurrencia femenina que asistió a la fiesta realizada en casa de la señorita Julia Nelly Del Giudice, con motivo de celebrarse el cumpleaños de la misma.



Concurso Infantil

Los niños Pepito y Pastorita Velasco, disfrazados de Pierrot y de Pastora Imperio, que fueron premiados en el concurso infantil últimamente organizado por el Centro Valencia, de Buenos Aires.



Don Enrique Larreta, Delegado argentino a las Exposiciones de Sevilla y Barcelona



Señor Enrique Larreta, Enviado Especial del Gobierno Argentino, a las Exposiciones de Sevilla y Barcelona.

Una calleja del antiguo Madrid lleva el nombre ilustre doblemente — por la prosapia familiar y por la enjundia de su obra — de D. Enrique Larreta. Esa calleja cobró sangre de eternidad en "La gloria de Don Ramiro", y es justo, por cierto, que recuerde a quien le infundió vida perdurable, definitivo aliento, en las páginas inmortales de su libro. No otro alcance quiso darle al homenaje el Rey Alfonso, inscribiendo el nombre de Don Enrique Larreta en la calleja resonante todavía del pasado heroico, evocado por el maestro argentino.

Don Enrique Larreta goza, desde luego, de la admiración y el afecto de España, testimo-

niados tan visiblemente. La Madre Patria retribuye así los sentimientos que nuestro escritor expresara en la armonía de sus creaciones, y en toda ocasión propicia de su vida pública. En efecto, prescindiendo de considerar la participación espontánea y brillante que tuvo D. Enrique Larreta en cuanta demostración españolista se hiciera en Hispanoamérica, su ejemplar obra literaria es una prueba de simpatía efusiva al genio de la raza.

En sus libros el idioma adquiere la perfección imponderable que identifica la belleza con la gracia divina: suaves, suaves, las palabras toman allí el sentido preciso, cabal, indefectible: viven en su expre-

sión legítima, única a que están destinadas; y asumen en el conjunto un equilibrio sutil a tal punto que la ausencia de un vocablo parecería evidente. Ningún otro cabría en su lugar, sin disminuir las líneas arquitectónicas de la obra. D. Enrique Larreta ha cuidado, pues, su estilo con la delectación benedictina de los artistas en cuyo temperamento laten las virtudes superiores de su origen.

Pero hay algo más esencial aún en el espíritu del eminente escritor argentino. Su sensibilidad, a través del tiempo, estuvo alerta a las lejanas inquietudes de su progenie hidalga y española. Su mirada a la Pampa es, en "Zogobi", una reminiscencia profunda de las viejas tierras en donde lo sorprendiera Zuloaga, echado con la displicencia meditativa y aristocrática que inmortalizó el autor de "Las brujas de San Millán". Sólo él supo percibir en el alma criolla de la Pampa la trágica emoción castellana, y la soledad que le habló con recóndito acento de las más impresionantes sensaciones que recogiera su espíritu viajero.

Y es que D. Enrique Larreta cultivó la herencia de sus mayores, no perdiendo por ello, antes bien, ahondándola, la arraigada fuerza patriótica que siempre supo poner de relieve.

Su actitud espiritual invita a pensar en cuánto gana la belleza del carácter argentino, permaneciendo fiel a las cualidades de la raza y a los valores que, como el idioma, nos legara generosamente para impedir que el exotismo cosmopolita desnaturalice nuestra verdadera esencia de pueblo filial de España.

¿Qué mejor emisario pudo haber elegido el tacto del Presidente de la República, doctor Hipólito Irigoyen, para que nos representara ante la Madre Patria en el magnífico acontecimiento de las Exposiciones de Sevilla y Barcelona?

D. Enrique Larreta, que será para España el más grato enviado, tuvo ya un acierto que ratifica el tino de nuestro Go-

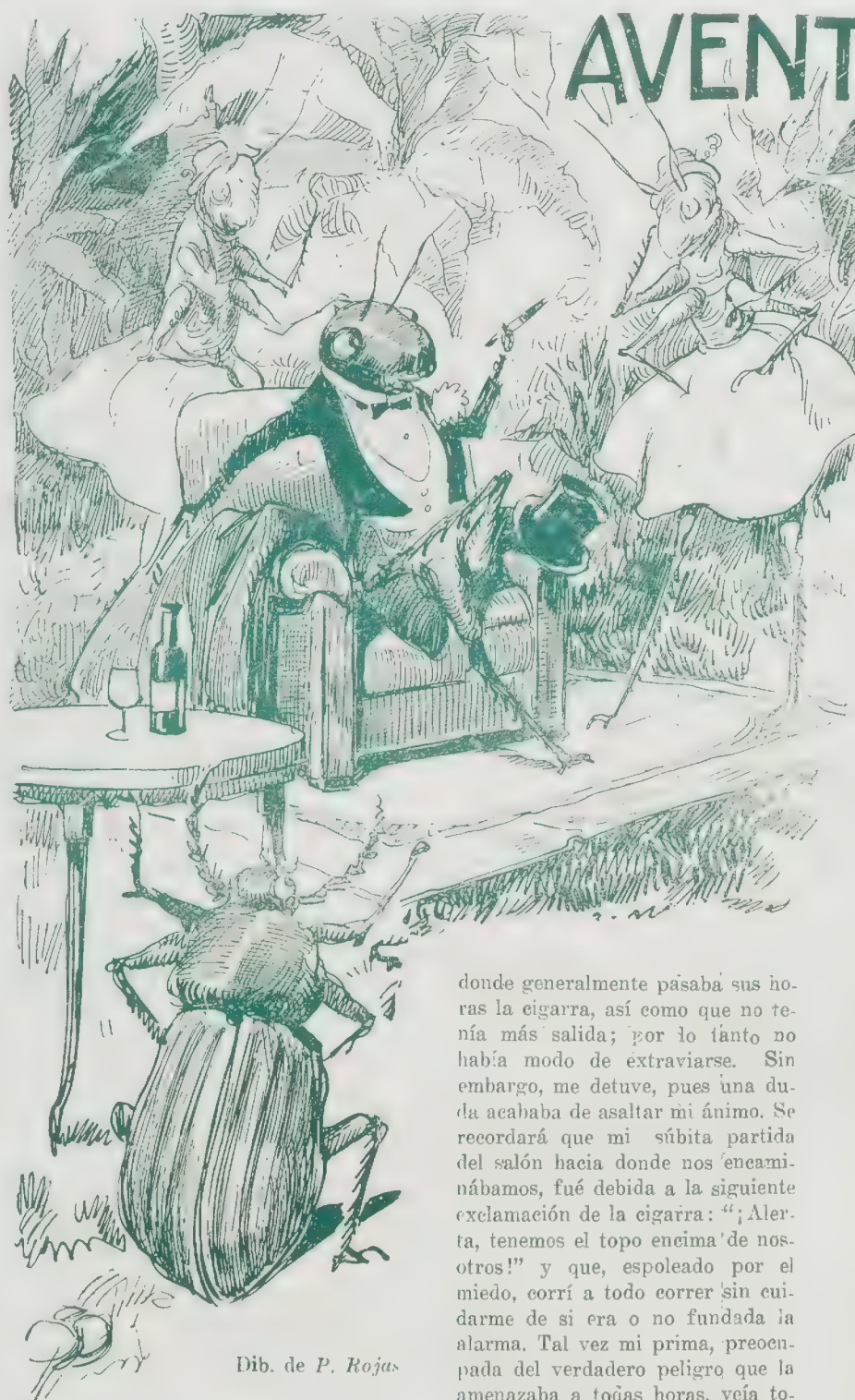
bierno: lanzó la iniciativa en seguida imitada por Perú, Venezuela y Ecuador, de que el Pabellón de nuestro país en Sevilla se convirtiera después del histórico certamen en la "Casa del Estudiante Argentino". El grandioso palacio serviría de hospedaje dilecto a los universitarios e intelectuales argentinos de paso por la Madre Patria; sería, al propio tiempo, una institución de la cultura nacional en España, exponiendo permanentemente las producciones del pensamiento argentino en los diversos campos de las ciencias, las artes y las industrias.

La iniciativa refleja, como se vé, un anhelo alimentado de antiguo por los hombres que contemplaron a menudo la necesidad de dar formas concretas a los sentimientos de cariño que unen a las naciones hispanoamericanas con respecto a la Madre Patria. Al formularla D. Enrique Larreta respondió a los dictados de su fe hacia España y de su clara comprensión de los sentimientos y necesidades argentinas.

No debía faltar la figura del escritor de "La Gloria de Don Ramiro" cuando la República Argentina deseaba expresar su entera adhesión a España. La mente que concibió empresas literarias donde palpita cálido, viviente, férvido el concepto de homogeneidad social y espiritual de la raza era, por excelencia, la que interpretaría notablemente la misión de concordia que le fué confiada. En sus manos ella será indudablemente fructífera y fácil, no obstante su trascendencia y delicadeza. Sobran méritos a D. Enrique Larreta para que podamos afirmarlo sin riesgo de aventurarnos, en lo que toca a la faz intrínseca de su gestión; en lo atañedero a la faz espiritual, inseparable de la otra, sus antecedentes de maestro de nuestras letras aseguran a su actividad beneficios incalculables que le adeudará el país, con la gratitud infinita que guarda para los ciudadanos que, como D. Enrique Larreta, lo han servido con dedicación y generoso desinterés.

AVENTURAS DE UN GRILLO

(POR EL DR. ERNESTO CANDÉZE)



Dib. de P. Rojas

(Continuación)

Poco tardamos en llegar al pie del fresal donde estaba la boca del subterráneo que conducía a la morada de mi parienta. Al momento busqué dicha entrada, temeroso de que el agua lo hubiese echado todo a rodar, pero tuve la satisfacción de encontrarla intacta.

—Aguardad un momento, dije a la hormiga; voy a ver si está en casa mi prima y cómo va de salud.

—Si no lo tenéis a mal, amable grillo, os acompañaré, pues me agradaría mucho conocer a vuestra estimada parienta.

Penetramos en el corredor: al principio todo fué a pedir de boca, pero luego empezó a reinar tal oscuridad que me ví obligada a andar a tientas. Sabía que la galería iba a parar en derechura al salón

donde generalmente pasaba sus horas la cigarra, así como que no tenía más salida; por lo tanto no había modo de extraviarse. Sin embargo, me detuve, pues una duda acababa de asaltar mi ánimo. Se recordará que mi súbita partida del salón hacia donde nos encaminábamos, fué debida a la siguiente exclamación de la cigarra: “¡Alerta, tenemos el topo encima de nosotros!” y que, espoleado por el miedo, corrí a todo correr sin cuidarme de si era o no fundada la alarma. Tal vez mi prima, preocupada del verdadero peligro que la amenazaba a todas horas, veía topos en todas partes y había dado la alarma en sueños. A no ser mera ficción la irrupción del topo, éste habría vuelto de arriba abajo el punto del subterráneo adonde nos dirigíamos, de suerte que podía suceder muy bien que fuésemos a parar a algún precipicio del que no nos sería muy fácil salir. Preocupado con esta idea, me detuve y empecé a llamar a voces. Nadie me contestó; el más profundo silencio siguió reinando en el subterráneo.

—Vámonos, me dijo la hormiga: no hay alma viviente en este sitio. O vuestra prima ha sido pasto de sus enemigos, o vive en otra parte. De todos modos, es inútil que pa- semos más adelante.

—Un momento, repliqué; paréceme haber divisado algo.

Sóis bien afortunado, amigaui to. Por lo que a mí toca, ni siquiera pueda ver la punta de mi única antena.

—Percebo una luz.

—Tal vez vuestro ojo ha dado contra un pedrusco, repuso la hormiga bromeando.

—No por cierto; mirad allí abajo.

—¡Ah! tenéis razón.

—¿Qué será?

—Sin duda que una luciérnaga. Sería curioso que fuese ella.

—¿Y quién es ella?

—El, quiero decir.

—¿El?

—Sí, Lampiro, mi excompañero; la luciérnaga de que os he hablado.

—Tal vez. ¿Os agradaría verle?

—Que duda cabe: ¿quién dice que no pueda darme noticias de mi prima? Era muy su amigo.

—Siendo así, no perdamos tiempo. ¡Adelante!

Seguimos avanzando con precaución, explorando el terreno que íbamos recorriendo.

No pasemos de aquí, díjome la hormiga; llamadle por su nombre. Grité con todas mis fuerzas:

—¡Lampiro!

Nadie contestó, pero no me desanimé por esto, y volví a gritar:

—¡Lampiro! ¡Lampiro! Soy yo, vuestro amigo el grillo.

Silencio completo. De repente la luz desapareció.

—¡Vámonos, vámonos! dijo la hormiga con impaciencia. Bien veis que no es él.

—Lo mismo creo yo, repuse, pues en la voz me hubiera conocido por lo tanto ya estaría a mi lado. Retrocedamos.

La hormiga dió media vuelta y yo marché a reculones hasta llegar al campo.

—Me agradaría, dije cuando estuvimos al aire libre, volver a ver la meseta donde pasé tan placidas horas. Está a dos pasos de aquí: allí trabé amistad con una langosta...

—¿Y creéis encontrarla de nuevo?

—¡Oh, no!

—Entonces...

—Es que me gustaría contemplar otra vez aquel sitio.

—Sois muy sentimental, queriendo! Dejáis de historias. Sería el cuento de nunca acabar si quisierais volver a ver todas vuestras amigas y todos los sitios de que conserváis agradables recuerdos. Además de que, si he de deciros la

verdad, no puedo menos de confesar que tengo un apetito atroz. ¿Acaso a vos no os hostiga el hambre?

—Sí, por cierto; mi estómago está pidiéndome a voces algún alimento.

No tuvimos que ir muy lejos para satisfacer el apetito, pues los víveres abundaban a nuestro alrededor. La hormiga contentóse con el pellejo de una larva que encontró colgada en un fresal, y yo me regalé con algunos tallos de fresca hierba.

Ahora, amigo grillo, audando. Supongo que no habéis cambiado de idea y que os venís a mi casa, ¿no es esto?

—Ciertamente, contesté.

Podíamos elegir dos caminos para llegar al domicilio de la hormiga, esto es, atravesar en línea recta los fresales, o bien recorrer parte de la avenida y luego seguir la

hondonada hasta el bosque.

Mi compañera opinó que era más conveniente tomar este último, a pesar de que era el más largo.

—El motivo más poderoso que me asiste para esto, añadió, es que conozco al dedillo dicha senda, pues la he recorrido no una sino cien veces, mientras que el otro camino es nuevo para mí.

—Todo podría conciliarse, objetó. Atravesemos los fresales hasta el linde del bosque, y después le recorreremos hasta la hondonada. Conozco perfectamente los sitios, y os aseguro que así acortamos la distancia, al paso que por aquel lado hay menos probabilidades de tener un mal encuentro.

Nada objetó la hormiga a lo dicho por mí; así pues, emprendimos nuestra marcha para alcanzar la inculca meseta que formaba el límite superior del plantío de fresales.

Para preferir esta ruta a la otra asistíame un motivo que no juzgué prudente participar a mi compañera, y era, que tenía ganas de ver por mis propios ojos si la pasada borrasca había dado, al traste con mis amigos de la víspera.

Nada notable nos aconteció mientras recorrimos los fresales: el terreno estaba bien cultivado, y, ex-

ceptuando los rodeos que nos obligaron a dar algunas altas matas, practicamos nuestra ascensión casi en línea recta.

Al poco rato pude cerciorarme de que no había calculado tan mal nuestro itinerario, pues una vez en la inculca meseta, divisé a corta distancia la gazapera por donde había salido al campo en compañía de Lampiro y de la araña, después de nuestra excursión subterránea.

Mientras subíamos la cuesta conté detalladamente a la hormiga las peripecias de tan extraña aventura, diciéndola que el camino que a la sazón recorriamos al aire libre yo lo había hecho subterráneamente.

—Hé aquí, la dije señalándola la boca de la gazapera, por dónde encontramos nuestra salvación. Penetramos en ella para descansar un poco y respirar con más libertad. ¿No os parece que el calor aprieta que es un contento?

Aceptada mi proposición, nos metimos en el subterráneo, donde se sentía un fresco delicioso. Como estábamos rendidos de fatiga, tanto la hormiga como yo nos quedamos profundamente dormidos.

Fuí el primero en despertar, y dejando a mi compañera entregada en brazos de Morfeo, salí a dar una vuelta.

Por la intensidad con que todavía calentaba el sol, colegí que serían las cuatro de la tarde.

Poco me costó encontrar al pedrusco donde me alojara al salir del subterráneo, pero no quedaba la menor huella de la excavación que yo había hecho para libertar al estafilino. La lluvia había nivelado el terreno, en vista de lo cual preguntéme si acaso aquel no estaba nuevamente bloqueado.

—¡Vaya! exclamé en mi interior; si has vuelto a caer en la ratonera, tanto peor para ti.

Al acercarme al grosellero donde la víspera se había establecido la araña, quedé agradablemente sorprendido de encontrarla inmóvil en el centro de su tela. Dos o tres moscas aprisionadas en su red eran una prueba convincente de que aquel día la fortuna había protegido al laborioso insecto. Probablemente mi amiga estaba sesteando. La llamé por su nombre, y habiéndome reconocido, en seguida abandonó su hamaca.

—¿Sóis vos, amable grillo? me dijo. ¡Cuánto me alegro de veros en salvo y con perfecta salud! Creí que no contaríais el lance.

—De buena me he librado, querida. Mas en fin, ahí me tenéis para servirlos. Y vos, ¿cómo estáis?

—¡Oh! en cuanto a mí, ningún peligro he corrido. La lluvia desgarró mi tela, pero he fabricado otra, y tan contenta. Durante la borrasca me guarecí entre las ramas de este grosellero. Pero vos, ¿no acabáis de decirme que por poco no lo contáis?

Vine arrastrado por las aguas del torrente hasta el estanque que hay allí abajo; pero afortunadamente he conseguido salvar el pellejo. ¿Por ventura habéis vuelto a ver a la cigarra y a la luciérnaga?

—No tengo noticias de la cigarra; en cuanto a Lampiro, anoche le ví penetrar en la inmediata gazapera.

—¿Con su lámpara encendida?

—Sí.

—¡Imprudente! ¿Parece que ha sido buena la caza, eh?



—¡Oh! este sitio me conviene, y ahí me quedo. ¿Supongo que vos haréis lo mismo?

—Nada puedo afirmar. Lo positivo es que ahora sólo estoy de paso.

—¿Adónde vais, pues?

—A ver un hormiguero que sin duda no dista mucho de aquí: está en el cercano bosque.

—¿Vais a ver un hormiguero? ¡un hormiguero, decís! ¿Y quién os ha metido esto en la cabeza?

—Es un capricho mío.

—¡Valiente capricho, amable grillo! Os digo que corréis a vuestra perdición. ¿Acaso queris suicidaros?

—Voy acompañado. Conviene deciros que la última noche trabé amistad con una hormiga, la cual casi me debe la vida, por cuyo motivo me ha invitado a acompañarla a su casa, y yo he aceptado.

—¿Que imprudencia!

—Tal vez he obrado de ligero; pero precisamente la singularidad de la cosa es lo que me ha movido a aceptar la invitación.

—Repito que desconfiéis de las hormigas: es una raza perversa.

—Rabiosas sí lo son, pero no tienen mal fondo. Creo incapaz a la que me ha invitado, de tenderme un lazo.

—No digo que vuestra amiga os venda; pero ¿y las otras? Seguid mi consejo: no vayais.

Tengo motivos para suponer que mi compañera no es una hormiga vulgar. Háme asegurado que nada malo me sucedería, y yo fío en su palabra. Probablemente es algún jefe.

—Las hormigas no tienen jefes. ¿Decísis?... (Continuará)

—Que las hormigas no tienen jefes.

—¿Estáis segura de ello?

—Segurísima. Viven en república y todas son iguales.

—Sea como fuere, lo prometido prometido está y no puedo retroceder. Si efectivamente hay peligro en visitar un hormiguero, le arrastraré.

—Mas vale que seáis vos que no yo el que corra el peligro. No os alabo el gusto. De todos modos, sed prudente, muy prudente. Cuidad de no irritarlas; alabad cuanto veáis, y sobre todo, permaneced allí lo menos posible.

—Vivid tranquila; no soy ningún atolondrado. A propósito, está aquí cerea.

—¿Quién?

—Mi amiga, la que me ha invitado. ¿Queréis conocerla?

—¡Psehl! tanto me da... Pero si os obstináis... Por otra parte, me gustaría cerciorarme de si habéis puesto vuestro afecto en un insecto merecedor de él.

Fuimos, pues, al encuentro de la hormiga, y la encontramos despierta y ocupada en acicalarse. Al ver que iba acompañado de una araña, lanzó sobre ésta una mirada que a mí me pareció llena de desconfianza. La araña, por su parte, la inspeccionaba con la mayor atención. Después que hube hecho la debida presentación, ambas se saludaron con frialdad, manteniéndose a cierta distancia la una de la otra, lo que me indicaba que se miraban con desconfianza.

La araña fué la primera que rompió el silencio, pues dijo, dirigiéndose a la hormiga:

—Dícame mi amigo que le habeis invitado para pasar algunos días en vuestra casa, y debo confesaros que esto me ha sorprendido no poco. Siempre había creído, que estaba terminantemente prohibido a los extraños penetrar en vuestras ciudades.

—Esto es un error, señora mía. Convengo en que sería una imprudencia por parte de un extraño el querer penetrar en nuestro domicilio sin ninguna clase de recomendación; en cambio, acogemos perfectamente a cuantos se presentan como amigos, y sobre todo si van acompañados de alguna de nosotras.

—¿De suerte que os creéis en el caso de poder afirmar que el amigo no corre ningún peligro?

—¡Vaya si lo afirmo!

Permitidme que os diga que tocante a esto, no comparto vuestra opinión, dijo con harta ligereza la araña.

Y talvez tengáis razón en lo que os concierne; pero nosotros sabemos distinguir unos seres de otros.

¿Lo cual significa?... (Continuará)

Que no aegeríamos a todo el mundo del mismo modo.

(Continuará)

El nombre de don Enrique J. Varaona es una garantía del éxito de su gestión en las Exposiciones de Sevilla y Barcelona

La designación de D. Enrique J. Varaona como Comisario General de la República Argentina en las Exposiciones de Sevilla y Barcelona, consagra el nombre de una personalidad eminente de la administración pública de nuestro país.

En esta ocasión, como en tantas otras, el Poder Ejecutivo ha sabido elegir con admirable acierto. En efecto, pocas figuras más representativas que D. Enrique J. Varaona para el desempeño de un cargo que une a su singular trascendencia, una exigencia absoluta de trabajo y de espíritu de sacrificio. La misión confiada por el Poder Ejecutivo a D. Enrique J. Varaona no es meramente nominal o diplomática como muchas delegaciones de apariencia semejante: es una misión delicada importantísima a la cual el funcionario deberá dedicarse por entero. Para ello nadie mejor que nuestro Director de Agricultura, cuya inteligencia, actividad y probidad le granjearon desde el primer momento la confianza que le dispensa el Poder Ejecutivo.

La carrera administrativa de D. Enrique J. Varaona es un ejemplo patriótico. Sus servicios al país integran una foja intachable, en donde abundan referencias ponderables acerca de las virtudes y cualidades que adornan el perfil moral del distinguido funcionario.

Temperamento organizador, mente despejada y vivaz, espíritu de iniciativa, carácter firme y bondadoso a un tiempo, D. Enrique J. Varaona dió un formidable impulso de modernidad a la Dirección de Agricultura del país, diseñándose su obra en el progreso intenso alcanzado por nuestras faenas rurales y por el rendimiento

creciente de las actividades agrícolas.

Una voluntad enérgica, una clara visión de los problemas múltiples que atañen a los intereses superiores del país, una certera consciencia de los hechos reales de la vida del campo argentino, contribuyeron a

y que sólo se adquiere a lo largo del tiempo, fatigosamente, después de una carrera difícil donde el contraste debe ser acicate, y donde la incompreensión suele ser el amargo y decepcionante premio.

Su obra pública es obra de madurez, que alcanzó la pleni-

gran fuente de riqueza nacional. Y desde la administración pública se entregó con la pertinacia y noción clara de la realidad que lo caracterizan, a propulsar las grandes conquistas de la civilización técnica mundial, aplicándolas y amoldándolas justamente a las condiciones y exigencias de la producción nacional.

Así lo hemos visto lanzar centenares de felices iniciativas, difundir la enseñanza agrícola desde el doble punto de vista pedagógico y práctico, impulsar grandes movimientos sociales hacia sus verdaderos fines patrióticos, como aconteció, por ejemplo, en el conflicto agrario de Santa Fe, en el que su experiencia y habilidad lograron zanjar todas las dificultades. El Poder Ejecutivo no pudo, pues, hallarse más atinado al depositar en D. Enrique J. Varaona la misión de Comisario de la República Argentina en las Exposiciones de Sevilla y Barcelona. Es seguro que sabrá infundirle él un sentido noble y efectivo, es decir, profundo y cabal, de modo que la representación de nuestro país en el certámen alcance el éxito que todos esperamos, con la confianza que nos inspira los componentes de la Delegación.

D. Enrique J. Varaona agregará con su actuación en las Exposiciones de Sevilla y Barcelona, que será indudablemente intensa y beneficiosa, un nuevo broche moral para su brillante carrera de servicios prestados a la Nación.

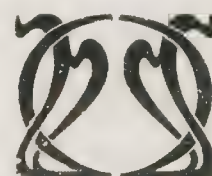
Su nombramiento para el indicado cargo, que fué entusiastamente acogido en las más diversas esferas, es una garantía que permite afirmar el fiel cumplimiento de la misión que con tanto tacto le encomendó el Poder Ejecutivo.



Señor Enrique J. Varaona, Comisario General de la República Argentina en las Exposiciones de Sevilla y Barcelona.

dar a su labor una extraordinaria eficiencia que derivó en incalculables beneficios públicos. D. Enrique J. Varaona está munido de esa investidura moral y social que levanta el respeto y la gratitud colectiva,

tud reflejándose en sus inmejorables consecuencias para el país. D. Enrique J. Varaona supo prever, a la perspectiva histórica, el desarrollo que necesitaba la agricultura argentina para convertirse en la





TODO GRATIS

Insistimos sobre la denuncia de nuestro número anterior referente al deplorable aspecto que ofrecen los terrenos de la Diagonal Roque Sáenz Peña, y a las violaciones flagrantes de la ordenanza municipal respectiva y de la concesión por la cual dichos baldíos fueron otorgados a diversas casas de floricultura.

A nuestros concretos de que a pesar de los términos de la concesión, había concesionarios pocos escrupulosos que subarrendaban los terrenos al 6 o/o de la entrada bruta de

nerosidad extraordinaria: no sólo no se paga alquiler por esos terrenos que, por ejemplo, la firma Bauret y Dacharry ha subarrendado, sino que tampoco pagan la luz y el agua que gastan, todo lo cual corre por cuenta de la propia Municipalidad.

Así, el agua que hace escaso tiempo se distribuía hasta con medidores en las casas de vecindad donde vive la gente pobre y laboriosa, la obtienen los concesionarios de la Diagonal completamente gratuita.

Desde luego, nada habría de reprochable en esto por lo que atañe a los concesionarios que se han atendido a los términos de la concesión, convirtiendo sus terrenos en verdaderos paseos de ornamento urbano, según se lo propuso la Muni-

Señor Intendente:

CONCESIONARIOS INESCRUPULOSOS DE LOS TERRENOS DE LA DIAGONAL DI-
CEN "ESTAR AFIRMADOS" POR INFLUENCIAS POLITICAS.—NUEVOS CONCRETOS

¿QUIEN ES EL INTENDENTE DE BUENOS AIRES?

Por otra parte, el asunto que comentamos ofrece un ca-
riz que sería conveniente es-
clarecer a la brevedad posible.
En trance de averiguar FRAY
MOCHO la situación de los
concesionarios, el propio señor
Dacharry se encargó de defen-
derse, diciéndonos que si bien
en el petitorio que elevaran a
la Intendencia solicitando el
permiso para establecerse en
la Diagonal no se hablaba para
nada de puestos destinados a
la venta de frutas; en cambio
no existía ningún compromiso
legal que les impidiera insta-
larlos.

—No hay ninguna concesión
escrita — nos declaró ingenio-

margen de la Superintenden-
cia de Mercados, que exige a
los puesteros certificados mé-
dicos de los expendedores y el
cumplimiento de las ordenan-
zas municipales correspondien-
tes.

Hay lugar a algunas pregun-
tas después de las manifesta-
ciones del señor Dacharry.
¿Quién es el Intendente de
Buenos Aires? ¿es este conce-
sionario aprovechado, que dice
estar "afirmado por influen-
cias políticas seguras"? ¿Es
el señor Bazán? Nosotros
creemos que el señor Cantilo,
Intendente de Buenos Aires, y
sus Secretarios de los departa-
mentos de Obras Públicas y
de Hacienda, señor Rodríguez
Irigoyen y doctor Arambarri
respectivamente, que en tan-



Otro aspecto de los "jardines" instalados en los terrenos de las diagonales, cedidos por la Intendencia Municipal, para ser ocu-
pados con ornamentación floral.

la venta en puestos de frutas
y aves que no están autoriza-
dos por aquella, debemos agre-
gar algunos otros detalles im-
portantes que hacen, tanto más
deprimente la situación que
venimos exponiendo gráfica y
textualmente en FRAY MO-
CHO.

Los terrenos de la Diagonal
han sido entregados por la
Municipalidad a los concesio-
narios con una amplitud de ge-

palidad en un excelente an-
helo de guardar la estética de
la Diagonal.

Lo irritante es el caso que
motiva nuestra campaña, es
decir, el de la citada firma
Bauret y Dacharry y los de
otras, que con aprovechada in-
escrupulosidad, no han vacila-
do en subarrendar los terrenos
otorgados tan ventajosamente.
Se trata seguramente de que
la Intendencia fué sorprendida
en su buena fe. Y ello es lo
que nos permite esperar la
adopción de medidas oportu-
nas que acaben con semejante
explotación de bienes públicos
como lo son, al fin de cuentas,
los terrenos de la arteria cen-
trica de la ciudad.

samente. A nosotros nos dijo
un día el Segundo Jefe de la
Dirección de Paseos, D. Luis
Bazán, que podíamos estable-
cernos, que el permiso estaba
otorgado.

¿Es posible el procedimiento
que indica el señor Dacharry?
No queremos creerlo, pero, aún
así, es evidente que no cabe
transformar los terrenos de la
Diagonal en barracas de feria
en las que se venden, además
de frutas, loros y pájaros, todo
en medio de una falta absoluta
de higiene y de control que
prueba el grabado adjunto a
nuestra nota.

Agreguemos, finalmente, que
los puestos de fruta en cues-
tión, no autorizados, están al

tas ocasiones demostraron la
energía de su carácter y su
espíritu de bien público, sabrán
corregir con los hechos las ex-
trañas apreciaciones del señor
Dacharry. Y lo creemos con
la fe que nos merecen los hom-
bres que supieron hacer honor
a la magnífica obra de Gobier-
no en que está empeñado el
Presidente de la República,
doctor Hipólito Irigoyen.

ACTUALIDADES
CINEMATOGRAFICAS



Marjerie Beebe y Arthur Stone,
en "La hija del campesino", que
la Fox Film estrenó días pasados.



Alice Terry e Ivan Petrovich en
"El jardín de Alá", producción
Rex Ingran que la Metro - Gold-
wyn - Mayer distribuye desde la
semana anterior.



Escena de "Tinieblas", con Lon Chaney, Betty
Compson, Marceline Day y James Murray como
protagonistas; otro de los recientes estrenos de
Metro - Goldwin - Mayer.



Lois Moran y George O'Brien, que con María Granjuna y Earle Foxe interpretan "A ciegas",
superproducción que la Fox estrenó últimamente.

Nadie lo conocía por otro nombre. Las habladurías en que estaba envuelto y las historias tejidas a su alrededor, habían hecho del Bagual, un personaje misterioso. Y sí que lo era.

Caía como a las cansadas al pueblo a hacerse de cigarros y se le veía muy de cuando en cuando aparecer en alguna carrera, montado siempre en su zaino a patacones, "todo un gran pingo", herrero con marca desconocida en el pago; el recazo largo a la antigua, y sus prendas, aunque viejas y descuidadas, demostraban que había sido en otro tiempo un hombre "aseapal caballo".

Miraba las partidas, y cuando veía un buen caballo en la cancha, sonreía amargamente; tal vez sus recuerdos.

Se alejaba antes que éstas terminaran, es decir, a la bajada del sol, como para evitar los diálogos que se cruzan siempre al final de estos espectáculos, en los que cada uno opina sobre las diversas condiciones de tal o cual caballo o corredor. Su finonomía era de buen aspecto, como su figura, de barba negra cerrada; vestía constantemente de luto y bajo las alas de su chambergo negro se traslucían las huellas de un sufrir intenso.

Cuando alguno quería trabar conversación con él, lo miraba con fiereza, como queriendo encontrar, en el fondo de sus ojos, tal vez lo que buscaba, y le respondía secamente que andaba apurado. Daba vuelta a su caballo y se alejaba. Nada le admiraba y jamás dejaba oír exclamación alguna, ni de alegría ni de tristeza. Tan sólo un día en que había asistido a una domada — al frente mismo de él había rodado el potro y causado la muerte del chino Campos — se le oyó decir sin inmutarse: "mejor pa él", y volviendo la espalda, desapareció como si fuera una mala sombra.

Una tarde, por la fiesta del pueblo, en una corrida de sortija, se asustó el caballo que montaba la hija del capataz de la estancia "La Dormida"; los gritos que partían de un break, llamaron su atención. Aperebióse de lo ocurrido. Se vió en sus ojos como un resplandor:

El Bagual

Por Adolfo C. Herschel

era el brusco desparatarse de su sensibilidad dormida. Enderezó su cabeza como fiera cazadora; vió el peligro; como a un cuarto de legua, allá, en el camino, había un barranco profundo. Levantó bruscamente su caballo y lo aprontó con las espuelas; el pobre bruto, extrañado de ese cambio brusco, pegó un relincho. Pidió cancha el Bagual, se echó el sombrero en la nuca, y haciendo saltar la tierra, como metralla, por los cascos de

nes, era el tema obligado del gauchaje.

Se terminó el verano; más rápidamente aún, se ausentó el otoño, para tenderle el puesto al grave invierno. Se cubrieron los campos de tristeza, se acortaron las tardes. Los árboles perdieron su poética y elegante vestidura. Luego vinieron las lluvias y las tormentas.

Pasó todo el invierno y nadie supo del paradero del Bagual. El

drido" y el pura sangre del comisario, que según decían, no respetaba pelo ni marca.

La carrera había despertado tal entusiasmo que habían llegado gran cantidad de forasteros; se trataba de una depositada de cinco mil pesos fuertes. Hacía mucho que no se corría por tanta plata y no había que perder la ocasión.

Ya habían sacado las mantas y paseado los parejeros de tiro por la cancha, para que la concurrencia apreciara su estado. Los dos brutos eran de buena estampa y demostraban poseer excelentes condiciones: el pura sangre, era un alazán delgado y nervioso y cualquier entendido lo hubiera calificado de ligero sin temor de equivocarse; el otro, por el contrario, era un cabal-

llo oscuro, tranquilo y más cargado de arriba, pero liviano de abajo y de pecho más ancho. La carrera era difícil.

Cayó el Bagual al pago. Tomó rumbo a las carreras; tan entusiasmado estaba el gauchaje que nadie se apercebió de su llegada. Se bajó, aflojó la cincha a su capallo, acomodó el "recao", prendió su cigarro negro, montó y volvió a colocarse a unos treinta pasos de la concurrencia, como siempre.

Por fin, como a las dos horas de espera, después de herradas y par-

tidas, se oyó el grito de "abran cancha, caballeros"; resonando como un repiqueteo de tambor los cascos de los parejeros. Nadie gritaba ni se movía. Venían parejas: los dos caballos corrían bien. Primero castigó el pura sangre, pero como a los cincuenta metros lo alcanzó fácil el oscuro... Hubo un momento de expectativa. El corredor del "tapao" cayó del caballo, llegando solo a la raya el alazán del comisario. Fué una hábil trampa del corredor contrario, para ganar en esa forma, ya que por la ley no hubiera ganado nunca.

Conocían al comisario, quien por estar revestido de la ropa de autoridad, no vacilaba en cometer toda clase de abusos para satisfacer sus deseos.

Cuando comenzaron a retirarse, notaron la presencia del Bagual,



su zaino, más rápido que el pensamiento, la corrió. Fué un momento de gran emoción. Nunca parejero mejor corrió tan lindo y parejo. El caballo desbocado le llevaba una gran ventaja; se oyeron como eco dos lazazos, y cuando apenas faltaban unos cien metros de esa muerte segura, se le puso a la par y lá tomó por la cintura, como si fuera una pluma, haciendo rayar su pingo casi al borde del abismo. La bajó de su caballo. La pobre muchacha estaba casi muerta de espanto; lo miró con sus grandes ojos negros y le dijo: ¡Usted, Bagual!; y quedó desmayada en el suelo. El pobre gaucha sonrió tristemente, acarició a su caballo y se alejó.

Se habló mucho en el pago de la hazaña. En las pulperías y reunio-

padre de la moza, se "galopió" todo el pago y no pudo hallarlo; quería agradecerle el haber salvado a su hija de la muerte y ofrecerle un buen puesto en la estancia, pues habiendo llegado la hazaña a oídos del patrón, quiso conocer a este personaje novelesco.

Ya casi no se acordaban del Bagual. Tan sólo cuando algún aficionado cantaba en alguna pulpería, lo recordaba en sus cantos.

Volvió el verano y con él todos sus encantos.

Era de las últimas carreras de esa temporada. Se había concertado entre dos caballos famosos: un "tapao" de otro pago, que en la reunión anterior había lanzado el reto de "al que le bajen los cueros señores; de cuatrocientos pa arriba quien le corre a este po-

que, como siempre, alejado de todos y como abstraído en sus pensamientos, iba al tranco de su caballo. Circuló con rapidez la noticia de su aparición. El capataz que tanto tiempo anduvo tras su huella, se le arrimó con cierto recelo y le dijo:

—Pérdone paisano, disculpe si lo molesto, pero lo andaba buscando hace tanto tiempo, desde que salvó de la muerte a mi hija. Tenía tantas ganas de agradecerle su acción, que no he vacilado en atropellarlo, pa ponerme a su disposición y pa que cuente con un amigo sincero, que creo no lo tiene, a lo menos, por acá.

Le miró el Bagual la cara, y dos lágrimas brotaron de sus pestañas. Abazólo el gaucha, y después de un sin fin de ruegos, accedió a pasar esa noche en la estancia.

Era la primera vez que había aceptado una invitación, después de cuatro años de haber andado solo, siempre solo.

Llegaron a la estancia. Entró a la cocina donde estaba reunida la peonada, tomando mate y comentando las carreras de la tarde. La aparición del Bagual, produjo asombro; todos se levantaron con cierto aire de respeto. Agradecíles la atención. Se sentó, aceptó un amargo; nadie se atrevía a dirigirle la palabra y al rato la conversación siguió su curso. El Gaucha "entonces" del patrón, tan querido por todos, por su carácter franco y bondadoso, callaba. Había perdido todo su mes de trabajo a las patas del oscuro. Le gustaba de alma. Uno de los peones le sacó de su mutismo:

—Mirá que estás callao, — le dijo, — de seguro que has perdido en las carreras.

—Sí, hermano, — respondióle éste, — me han dejao mostrando el sebo, si me cuelgan de las patas no se me cai ni un cobre. Pero hablando con franqueza mirá que es disgracia y sinvergüenza ese cara de sapo del comisario. Yo no sé cómo no le han abierto un ojal en esa gaita que tiene por barriga. ¿Pero vos no viste cómo le metió la pata y lo clavó de jeta en la cancha? Me parece que yo no le hubiera aguantado tanto. El que parece que lo tuvo apurado fué Cipriano el puestero del arroyo. Te garanto que se las iba a ver peludas; Cipriano es diablo, ¡hum!

—Y decime che, al fin y al cabo, ¿qué fué lo que pasó?

—Que dicen que lo sacó como perro en cancha de bochas. ¡Y qué había de ser! Que Cipriano había ido por la mañana a ayudar a un "aparte" y a la vuelta lo encontró haciéndole flores a su mujer.

—Ah, caralla, — murmuró el Bagual, brillándole los ojos como si fueran linternas.

—Sí, señor, esa es, y mucho más. Y lo peor es que después las echa sin compasión. Así hizo con una moza que trajo hace cosa de cuatro años, una morocha cara e

POEMAS GAUCHOS

(Del libro "Junto al fogón", recientemente aparecido)

EL TROPERO

Cargada la frente de rosas extrañas
Marcha al trote lento de su doradillo,
Cortando las sombras que aprieta la noche,
Rumbo a la querencia a donde su china
Espera intranquila que vuelva su gaucha
De aquella tropiada.
Silbando, silbando para acortar el viaje,
Sin querer, la espuela, clava al doradillo,
Que asusta el silencio largando un relincho,
Mientras pide rienda, conociendo acaso
La inquietud del dueño, que pensando en ella
Alarga los ojos y escarba la noche
Buscando su rancho.
Mientras van pisando montones de sombras,
La boca del viento le habla al oído yo no sé
Qué cosas, y alarga el silbido de una vidalita.
El flete, sintiendo cerca la querencia,
Le hace seña al gaucha, parando una oreja,
Mientras pide rienda para llevarlo pronto
Hasta un viejo rancho, que es nido de amores
En su vida errante de pobre tropero.
Como una estrellita caída en el campo,
Brilla allá a lo lejos una lucanita,
Que para el gaucha tiene: gemir de bordona,
Calor de su rancho y amor de su china,
¡Dichoso del gaucha que al volver al pago,
Sabe que hay un alma que espera intranquila,
Contando las horas que alarga su ausencia
Desde que se fué!
Silbando, silbando para acortar el viaje,
Marcha al trote lento de su doradillo.

DUELO CRIOLLO

Se formó la rueda,
Se hicieron las apuestas;
El gaucha más viejo
Trajo una manea
Pa unir las patas
A los dos mataderos,
Y empezó la lucha:
Tajo a tajo, iban;
Naide reculaba;
Pero un redepente,
Esquivando el bulto,
Uno se echó atrás,
A lo que el gauchaje
Le gritó en seguida:
No recule, amigo!
Y él dijo dispacio:
"Jué pa darle paso,
Se me caiba encima".
De un tajo cortó la manea,
Limpió su cuchillo,
Y quedó mirando
Como moría un hombre
¡Por una zoncera!

PA QUE!

Seco y güesudo, en un pedazo de tronco,
Lustroso ya de tanto estar sentao,
Pitando negro y tomando mate,
Pasa la vida así; mirando al campo
Que ni lo vé de tanto que lo mira.
Las gallinas que criara la dijunta
Se juyeron pal monte;
Los perros, siguieron los gurises
Que juyeron, también, cuanto emplumaron,
Y él se quedó solito en su tapera,
Clavado como una estaca en el recuerdo.
Ya no monta a caballo ni prosea,
Vive pa trás, no más,
Y cuando cae la tarde,
Cansado ya de tanto darle al mate,
Se acerca a la portera,
Como a esperar la noche
Que se le cae encima en enajaronas;
Mira la hacienda, que áhura está tan gorda;
Y diciendo: ¡pa qué!, vuelve a su rancho.

Rafael J. ABELLA

virgen, una tal Manuela que murió a los pocos meses y que según decían había sido la mujer de un tal Montoya, dom...

No pudo continuar. Pegó un brinco el Bagual, largó el mate y agarrándolo por el saco le dijo:

—¡Decís que era morocha y mujer de un tal Montoya!

Y dejando mudos de espanto a los peones, saltó en el primer caballo que encontró y desapareció.

A la mañana siguiente, enterado de lo sucedido, salió el capataz con algunos peones, rumbo hacia la comisaría. Encontraron el cadáver del comisario cosido a puñaladas.

Nadie supo más de él. Poco tiempo después, hallaron su cadáver a orillas del arroyo y por primera vez vieron dibujada en su rostro una sonrisa de infinita dulzura.

Los primeros ejemplares de la imprenta

Dióse el nombre de "incunables" a las primeras ediciones de la imprenta, que fueron luego la verdadera pasión de los bibliófilos. Ya en el siglo XVII se emprendió la obra de restaurar los trabajos del siglo XV, con objeto de descifrarlos.

Sólo en casos aislados mereció la obra del antiguo impresor un interés particularmente histórico o estético. Los incunables nos ofrecen la única tradición de producciones de la Edad Media.

Los primeros impresores tomaron como modelo el manuscrito. No mencionan el lugar de procedencia, del libro, la fecha, ni el nombre del impresor. La marca de imprenta nos descubre a veces el maestro impresor, y cuando no hallamos esta marca podemos deducir la procedencia del libro por medio de una cuidadosa comparación entre los tipos y las demás características.

En 1455 trabajaban solamente en la imprenta de Maguncia Juan Gutenberg, Juan Fusts y Pedro Schoffers, y en 1464 llegan ya al extranjero los primeros impresores alemanes. En Roma se fijó la primera imprenta italiana en el convento de los Benedictinos, y en 1500 llegan a 199 las imprentas de dicha capital. En 1470 celebran un congresillo tres célebres impresores alemanes que reconocen como genio maestro del nuevo arte a Gutenberg. Y poco tardó en extenderse el avance avasallador de la imprenta.

La señora de Mendivil se acomodó el impertinente, y tomando la tarjeta que la mucama le alcanzaba, leyó: "Gustavo de La Colina, Caballero de la Legión de Honor".

—¿Y qué ha de buscar este caballero? Te ha dicho algo a ti, Josefina?

—Sí; señora — responde ligeramente la mucama — me dijo que deseaba hablar con la señora por un asunto importantísimo.

—¡Importantísimo!... — repite la señora de Mendivil, contrayendo el ceño. — Hazlo pasar. Veremos...

A los pocos instantes, un hombre como de cuarenta años hace acto de presencia en el suntuoso salón donde la señora de Mendivil le aguarda. Esta lo examina de un vistazo, y cortésmente le invita a tomar asiento.

—El señor caballero de La Colina, dirá a qué debo el alto honor de su presencia en esta...

—Señora — interrumpe él, ligeramente cohibido — pido a Vd. mil perdones. Yo no me llamo de La Colina ni pertenezco a legión alguna. Yo, señora...

—¡Cómo! — interrumpe ahora ella con los ojos agrandados sobre él.

—Como Vd. lo oye, mi dignísima señora. Yo me llamo Pablo Navarro. Soy empleado público y me he valido de esa tarjeta para poder llegar hasta Vd.

—Es una desconsideración a mi persona, caballero...

—Comprendo, señora, pero... se imponía. De otra forma, Vd. no me habría recibido.

—Bueno, bueno — responde ella algo molesta — Vd. dirá cuál es el asunto importantísimo que le ha traído.

—No se moleste Vd. y ruégole me escuche en lo que voy a decirle.

—Le escucho.

—Bien, señora. He venido para hablar de su hijo Roberto y de mi hija Genoveva.

—Ya... ya... — clama ella con una sonrisa indefinida — ¡un nuevo lío amoroso! — y con tono de fastidio: — Pero... dígame señor Vd. cree que la señora Yolanda de Mendivil, está aquí para arreglar los amores de su hijo?

—Señora — responde, él adoptando un aire de suprema gravedad — toda buena madre debe intentar enmendarlos.

—Sus palabras me demuestran que es Vd. un atrevido y un audaz — y levantándose resueltamente: — puede Vd. retirarse.

—¡Qué esperanza! — clama él con tono de desenfado. — No crea la señora de Mendivil, que he venido para retirarme tan pronto.

—Es que se retirará o lo haré retirar por mis sirvientes — su tono es algo violento y su índice, enérgico señala la puerta.

—No lo hará Vd. — dice Navarro tranquilamente, mientras en sus labios una sonrisa irónica parece

LO IRREMEDIABLE

Por Ricardo M. Llanes

desafiar la actitud de ella.

—¡Es Vd. un insolente! — Y la señora de Mendivil hace sonar un timbre nerviosamente.

—Seré todo lo que Vd. quiera, señora. Yo sé que soy un hombre honrado y que en cuanto a la fuerza de sus lacayos no me incomoda, pues no la emplearé Vd. cuando le diga que don Enrique del Solar... — y deja caer este nombre con bien medida alevosía mientras sus ojos clavados en ella aguardan el efecto de sus palabras.

La señora de Mendivil, ha quedado paralizada. La palidez instan-

que del Solar! ¡Qué debe saber este hombre!

Las energías se docilizan en sus nervios. Dulcifica la voz y volviendo a su rico sillón estilo Imperio, dice: — Bien, señor Navarro. Vd. dirá qué ha querido significar al pronunciar el nombre de don Enrique del Solar.

—Señora — responde él reposadamente — lo que yo he significado bien lo sabe Vd. Pero... no hablemos de ello por ahora, pues no he venido para lastimar a Vd. ni con recuerdos ni con palabras. Bástele saber que del Solar fué in-

A UN LUCHADOR

Luchador incansable, hasta divino,
Sin desviarte jamás sigues tu huella.
Y te veo brillar como una estrella
Fulgurante en la noche del camino.

Aún combatiendo contra el cruel destino,
Siempre tu nombre con honor deseulla.
Porque tu historia interesante y bella
A despertar mil inquietudes vino.

Deja la envidia que tu rostro azote;
Deja que rumie Sancho y sé Quijote,
Marchando con el ánimo valiente.

En la cumbre, en el llano, donde quiera,
Sigue en la lucha desigual y fiera,
Que el regio sol coronará tu frente.

Vicente ROVE

táneamente asoma en su semblante y un ligero temblor hay en su voz cuando dirigiéndose al mucamo que acaba de aparecer le ordena: — Este... Vicente... disponga se nos prepare el te en el jardín de invierno.

El señor Navarro ha sonreído. Saca ahora una flamante cigarra y dirigiéndose a ella, sin dejar de sonreír, le dice: — Si a la señora de Mendivil no le molesta el humo abusaré de su gentileza. — ¡Qué esperanza! — responde ella dominándose en su indignación — haga de cuenta el señor Navarro, que se halla en su propia casa!

—Muchas gracias señora. Me confunde Vd. con su amabilidad — y la sonrisa sarcástica que parece se ha grabado en sus labios, se clava en los ojos de ella fina, puntantemente como un estileto vengador.

Ella siente la pinchadura de esta sonrisa que ahora esgrime ese hombre como seguro de un triunfo. Un nombre sólo ha pronunciado él, y ella se ha quedado completamente desarmada. ¡Don Enri-

timo amigo mío y que, por lo tanto, estoy al corriente de todos sus amores y de algo mucho más grave señora — termina cambiando el tono de su voz.

Ella quiere saber hasta dónde puede llegar este hombre que la tiene a su merced, y por eso, demostrando serenidad e indiferencia en el timbre de su voz, responde: — No sé qué quiere Vd. decir con eso de "algo mucho más grave".

—¡Oh, sí que lo sabe, y mejor que yo, señora! — hace una pausa y luego bajando su voz prosigue: — quiero decirle que Roberto es hijo de Vd. y de Enrique del Solar. ¡Jamás del doctor Mendivil!

Ella, no obstante su intuición de mujer sagaz, no ha presentado esta confesión y por eso las palabras de Navarro la toman de sorpresa. Siempre había vivido con la seguridad de que nadie había penetrado en sus amores con del Solar y que en consecuencia, el hijo fruto de su adulterio, podía pasar como legítimo de su matrimonio con el doctor Carlos Mendivil. Y... ahora, este hombre de un simple soplo daba por tierra con el castillo

de su más fuerte creencia.

La sorpresa, triste, dolorosamente le hace abrir los ojos agrandados sobre Navarro, que sin perder un solo detalle no deja de contemplarla. Sin embargo, ella quiere quemar el último cartucho y con una energía que está lejos de sentir, pregunta: — ¿Cómo podría Vd. probar la acusación de sus palabras?

—¡Muy sencillamente, señora. Y Vd. me ayudaría a ella!

—¡Que yo le ayudaría!

—Efectivamente. Sus cartas a del Solar, dicen mucho más de lo que deben decir las buenas cartas de amor. Toda aquella, su correspondencia, está hoy en mi poder.

—¡Es Vd. un cobarde!

—No señora. Soy un hombre que trata de salvar la honra de su hija, atacando con las armas que Vd. misma fabricó sin pensar que un día podían degollarla.

La señora de Mendivil, está completamente vencida. Dos lágrimas asoman a sus pupilas sobre la intensa palidez de su semblante transfigurado.

—Cálmese, señora — dice Navarro serenamente, ya deshecha su sonrisa — cálmese Vd. Yo le juro bajo mi palabra de hombre honrado, que todo quedará como antes.

—Bien. Y para ello ¿qué exige Vd?

—Exijo, señora, todo lo que corresponde a un hombre de honor: que Roberto se case con mi hija Genoveva.

—¡Casarse con su hija!

—Muy natural. Es lo que corresponde.

—Eso no puede ser, señor.

—¡Sí que puede ser y será! — clama él con acento de convencido.

—Para ello perderé, si es necesario, mi vida o la libertad; pero su hijo ha de casarse con mi Genoveva.

—No puede ser — repite ella dando la impresión de que su pensamiento batalla buscando la solución para el problema que se le ha presentado. — Mi hijo Roberto, y esto ya lo ha anunciado la prensa, dentro de quince días contraerá enlace con la señorita Zulma de Arteaga.

—Y qué tiene la señorita de Arteaga más que mi hija — dice Navarro abandonando su asiento — su fortuna y la honorabilidad de su apellido, posiblemente manchado! Su hijo — termina con gesto de amenaza — no se casará con ella, se lo juro a Vd.!

—No jure Vd. en vano, señor. — Y la voz de Roberto Mendivil, que entra al salón, sereno y grave, hace que Navarro se dé vuelta sorprendido. — Yo me casaré con la señorita de Arteaga, contra su voluntad, señor, y contra la mía!

Pablo Navarro, al verlo avanzando cierra sus puños instintivamente. Clava sus ojos como dos puñales sobre Roberto, y sin haber comprendido las últimas palabras de

éste, dice resueltamente haciendo ademán de retirarse: — Vd. caballero, no se casará sino con la niña a quien ha mancillado engañando la villanamente.

—A las mujeres siempre se les engaña — dice la señora de Mendivil con una sonrisa de incredulidad.

—No siempre, señora... — responde Navarro y de nuevo asoma la sonrisa de ironía sobre sus labios nerviosos. — no siempre... Convenga Vd. que una niña recién salida del Internado no tiene la experiencia ni el conocimiento que de los hombres tenía Vd. a los veinte años. — Y sin saludar, Navarro se dirige resueltamente hacia la puerta.

—Un momento, señor — clama Mendivil, al tiempo que le cierra el paso. — Vd. no me ha interpretado bien y yo quiero que me escuche.

Navarro tiene un instante de reflexión. Luego, ocupando el sillón que Roberto le indica, responde: — Bien, le escucharé.

—Mamá. Haznos el favor de dejarnos solos. Debo hablar con el señor, cosas que seguramente te lastimarían.

—Tras de un leve saludo a Navarro, saludo que transparenta temor y misericordia, sale la señora de Mendivil. Por un instante el silencio pone un abismo entre los dos hombres. Roberto parece que reflexionara sus palabras y Navarro lo contempla con impaciencia mal reprimida.

—Dije que le escucharía y aquí estoy esperando sus palabras.

—Efectivamente. Pero cuando el dolor mezclado a la vergüenza nos impulsa a hablar, el silencio parece se obstinara en no dejarnos abrir la boca.

—No, le comprendo, caballero...

—Ya me comprenderá. Escuche: si hay una mujer sobre la tierra a quien he querido de verdad, y quiero aún, para mi propio mal, esa mujer es su hija Genoveva.

—No entiendo entonces — interrumpe Navarro — por qué rehusa Vd. casarse con ella.

—No me interrumpa. Mi mayor felicidad sería casarme con ella, pero no puedo ni debo hacerlo. Si ayer, el amor me hizo cometer todo lo que la pasión dispuso, hoy ese mismo amor no puede hacerme realizar un crimen.

—Cada vez lo comprendo menos.

—¡Pues, compéndame Vd.! — y la voz de Roberto Mendivil es resuelta a la vez que triste — yo no puedo casarme con su hija Genoveva, porque acabo de contraer una espantosa enfermedad.

—¡Vamos, hombre — clama Navarro entre nervioso y sonriente — todavía pretenderá Vd. burlarse en mis propias narices!

—Pero... no, señor — responde Roberto contrariado — ¡ojalá la mentira hubiera inspirado mis palabras! Pero, desgraciadamente, es la verdad.

—Y cómo puede Vd. probarme

que no miente?

—Con la ciencia médica que Vd. designe y cuando Vd. disponga.

—Y cómo entonces, no vacila en realizar su crimen al casarse con la señorita de Arteaga?



—Los hijos no deben presenciar nunca los disgustos de los padres.

—Ahora me explico por qué los suyos los veo siempre en la calle.

Prestamos y garantía

Ocurrió que un Dios del Extremo Oriente, reencarnado en la cáscara de un plátano, fué embarcado a bordo de un paquebote de tres chimeneas, de una Compañía belga, y descargando dos días después en los muelles de la bella ciudad de Amberes. Aquella noche el dios, recobrada su forma divina, paseaba por las bellas llanuras de Flandes, cuando acertó a pasar junto a él un hombre que, al ver la cabeza del Dios, luminosa como una gran lámpara eléctrica, cayó aterrado a sus pies.

—Hijo—dijo el Poder, alzándolo del suelo—; no podrá nunca decirse que un hombre me ha contemplado sin provecho para él. Dime lo que quieres, y te será concedido en el acto.

El hombre se llamaba Lamme. Perdió un billete de 500 francos. La divinidad se lo dió, y Lamme corrió a su casa lleno de alegría, para hacer partícipe de su dicha a su mujer.

En el camino encontró a Jef. —¿Qué te ocurre que vas tan contento?—le preguntó.

—¡Tengo 500 francos!

—Pues podías prestármelos hasta mañana, que te los devolveré sin falta.

Lamme prestó sus 500 francos y al día siguiente fué a

ver al Dios, que dormía cerca de un molino.

—Quiero—le dijo— otra cosa que no sea dinero. Algo que sea provechoso para mí.

El Poder le dió unos libros, y Lamme marchó a su casa como un muchacho el día de reparto de premios.

En el camino encontró a su amigo Van Menlen.

—¿Qué llevas ahí?

—Libros.

—Déjamelos hasta mañana. Te los devolveré en cuanto los haya leído.

Lamme los prestó, y al día siguiente fué a ver al Dios.

—Señor—gimió—. Me habéis dado dinero, lo he prestado y no me lo han devuelto; me habéis dado libros, los he dejado también y tampoco me los han devuelto. Dadme otra cosa que esté seguro de que ha de ser para mí.

Entonces Brahma — pues era él — le dió dos tremendas bofetadas.

—Toma, para tí—le dijo—. Te las doy de corazón, y podrás darlas a quien quieras, seguro de que siempre te las devolverán.

Y empezó sus preparativos para regresar a Oriente.

Pierre MAC ORLAN

Roberto de Mendivil, cierra tristemente sus claros ojos. Al abrirlos, dos lágrimas se le caen a las mejillas y con un sollozo que resume toda la angustia de su verdad, responde: — Porque la señorita de Arteaga, me ha contagiado su enfermedad. Ella heredó palacios, haciendas y lacras incurables.

Hay en los ojos de Navarro una mirada de lástima. Aprovecha un instante en que Roberto no le mira para dejar en el sillón al tiempo de levantarse, un revólver reluciente. Se dirige a la puerta de salida y ya en ella se vuelve para decirle:

—Sea hombre, amigo... Sálvese y salve a la humanidad. La salvación está en sus manos!

Y Roberto, que al ver el revólver interpreta las palabras de Navarro, le contesta a éste que ya ha desaparecido: — ¡Y quién mueve las manos cuando están aferradas a la vida!

CARNAVAL DE ANIMALES

Existen animales que poseen la cualidad de disfrazarse, según las necesidades. El rodaballo cambia de color cuando cambia de sitio y adapta su color al del fondo en donde se queda. Si se le acerca un objeto cualquiera se pinta de negro y se ha comprobado que esto es el resultado de la emoción que el rodaballo siente.

Si la espinocha, pequeño pez común, se mete en un acuario cambia su color verdoso en rojo obscuro. Cuando se calma vuelve a su primitivo color, pero si se irrita de nuevo, enrojece. Cuando trata de bienquistarse con otro pez se viste de un espléndido verde esmeralda, y cuando se dispone a combatir adquiere tonos brillantes.

El pulpo es amarillo pálido, pero al cambiar de lugar cambia de color y se adapta al medio que le rodea.

Infinitos son los otros animales que poseen esta misma cualidad.

DIFERENCIA ENTRE

LOZA y PORCELANA

La diferencia principal entre ambas está en que para fabricar la segunda hace falta el caolín, y en la porcelana dura entra también la arena procedente de la levigación de los caolines arcillosos y guijarrosos.

No puede precisarse con exactitud la época en que los alfareros empezaron a fabricar los artículos de loza, pues en los textos antiguos existe cierta falta de precisión cuando se refieren a productos cerámicos.

Hace diez años... En una húmeda cueva... En el fondo del negro Harlem... Ambiente cargado de humo... Risas roncadas... Ruido... Gritos... Formas grotescas que se mueven... Bailan siluetas sobre un fondo negro por luces rojas y azules... Una música lenta, enervante, agria y desahogada sale de un piano, acompañado de un tambor. El pianista domina visiblemente la escena. No tiene ante sí papel de música, ni en el balanceo del cuerpo y en el Toca de oído, y cuando olvida la melodía que oyó a otro improvisa.

A medida que la noche avanza, su música es más excitante, más loca e intensa.

Los bailarines parecen acometidos de frenesí. Se les salen los ojos de la cara, sus movimientos son exuberantes, como inspirados. Hay ritmo y maravillosa coordinación en el galaneo del cuerpo y en el movimiento de piernas y brazos. Nadie se preocupa de reglas ni enseñanzas establecidas. Las parejas, aparentemente, hacen lo que quieren; agitan ésta o aquella parte del cuerpo y como les parece, desnudas, sin limitación e inventando pasos o contorsiones nuevas: ideando ritmos complicados por simple juego.

Se pasa la noche así. Se ha escandalizado, se desborda la alegría, se bebe. Los hombres que han trabajado en los muelles o se han pasado todo el día en las minas sudan también durante la noche, pero a causa de distintos esfuerzos. Las mujeres, que durante toda la jornada han guisado o han lavado en la casa de algún burgués blanco, son las reinas de esta nocturna reunión de los pieles negras.

También están allí las de vida airada, que suelen distinguirse por la maestra de sus bailes y locuras, pues es éste uno de los tugurios más famosos de Harlem, en los bajos fondos de Nueva York, en el seno de la vida sin freno de las clases inferiores negras.

En estos sitios es — no sólo en Harlem, sino también en Chicago, Filadelfia, San Luis, Baltimore, Kansas City y Omaha — donde se han lanzado muchos de nuestros populares pasos de baile y motivos y ritmos. En estos cabarets negros de los centros del Norte es adonde los negros de las plantaciones del Sur y de los campos del Mississippi acuden a fundir sus danzas primitivas y naturales con las que nacen en los centros productores del Norte.

COMO NACE LA "JAZZ"

Los negros de estas regiones del Sur, cuando logran reunir al-
"dinero", abandonan las plantaciones y marchan al Norte a buscar la libertad económica y

Como y donde nacen los bailes negros que despues apasionan al mundo

Los salones y las veladas de Harlem

espiritual, que se les aparece como una tierra prometida. Por regla general, no encuentran sino nuevas obstáculos, nuevas barreras y problemas que se renuevan sin cesar. Y para evadirse de las estrecheces incesantes que les im-

en boga en su país y desconocido en el medio a que han llegado.

Este paso, esta cadencia, este ritmo, serán sacados de allí y extendidos por otros, y acabarán por hacer acto de presencia en los teatros del distrito negro. Luego,

Dr. ENRIQUE FEINMANN

DE REGRESO DE EUROPA DE LAS CLINICAS DE PARIS,
BERLIN Y VIENA

ESTOMAGO-NERVIOSAS-VENEREAS

Electricidad Médica y Electroterapia: Corrientes
Electro Anestésica. Diatermia — Alta Frecuencia —
Luz Ultra Violeta. Rayos X, especialmente para
el tratamiento de: Reumatismo, Neuralgias (Tabéticas del Trigénimo, Ciática), Asma, Diabetes, Obesidad, Debilidad sexual y nerviosa, Neurastenia, Epilepsia, Tuberculosis articular. Enfermedades de la piel.

SUIPACHA 612

DE 8 a 18 HORAS

U. T., LIBERTAD 0260

pone la civilización se refugian en el baile, la canción, la embriaguez y la vida nocturna, como antes en las granjas y las plantaciones. Desesos principalmente de que no se los considere bárbaros — los aldeanos que van a la ciudad suelen exagerar para que no se los tome por provincianos — se esfuerzan por pagar su escote en la general diversión con algún paso nuevo de baile, algún movimiento rítmico de su cuerpo.

Un músico blanco acertará con el análisis de los motivos y los presentará en un *café concert* o en una revista. Y si la cosa tiene las necesarias condiciones de rareza y fascinación, no tardará en estar en boga en los salones de baile del gran mundo.

De este modo fué como antes de la guerra llegaron hasta nosotros las distintas categorías de *cake-walk*; y luego el *jazz*, el *shimmy*, el *black-bottom*, el *charleston*, el

UN MUNDO HERMOSO

Decididamente te has entregado a la duda. Y te perdiste en ella como en negra noche.

Dudas de todo y de todos. Y maldices. Y blasfemas.

Esto me apena.

Dudas de todo. De la alegría de vivir, de la belleza de ser bueno, de la ventura de tener corazón, de la eficiencia del conocimiento.

Dudas de todos. De tu hermano porque te abraza, del amigo porque estrecha tu mano con efusión, de tu Amada porque te lo dijo todo. ¡Por poco no dudas de tu madre, porque aun cuando fueses malvado siempre reserva un beso para tí!

Quien no te conozca te creará mal hombre. Pero a mí no me engañas. No dudas por incapacidad de comprensión. Mucha miseria moral has visto en el mundo, mucha insinceridad hallaste en palabras de mujer, mucha maldad volcaron sobre tí hombres a quienes tu puerta y tu pecho abriste, y no has mirado dentro de tí mismo. Ahí hay un mundo hermoso, una mujer llena de amor, un amigo perfecto, un hermano leal.

Celso TINDARO

paso del camello y el *fox-trot*, reputados universalmente como bailes americanos; pero que en realidad son creaciones de negros del Africa.

Vernon Castle, el maestro de bailes modernos, ha reconocido que la mayor parte de los pasos y motivos de ellos han sido inspirados por los bailarines negros, que él estudió e imitó, y por su parte, siempre utiliza una orquesta negra.

La creación de nuevos bailes exige la creación de nueva música, así como de movimientos y balanceos rítmicos adecuados. En días pasados, antes de que los negros estuvieran en boga y que Carl Van Vechsten hubiese desenterrado Harlem, los *cabarets* de este distrito no tenían orquestas sinfónicas de *jazz*, sino un piano mecánico, acompañado a las veces por algún tambor o unos platillos, tocados más con la arbitrariedad de la personal inspiración que según ritmos escritos.

En la actualidad la orquesta se compone de una docena de ejecutantes, todos de *smoking*, que tocan en *jazz* variaciones de los clásicos, o se especializan en adaptaciones sinfónicas. Los bailarines tienen caras pálidas más bien, y proceden de la parte de Nueva York situada al sur de Harlem.

Junto a estos *cabarets* están los *dives*, cuevas en que, según se dice, se refugian los más bajos componentes de la negra Harlem. Allí es donde actualmente se reúnen las gentes de color que frecuentaban los *cabarets* nombrados antes que los blancos se presentaran en ellos vestidos de frac a beber limonadas a la *cocaína*, de un dólar la botella, o a cenar a dos dólares el cubierto. En estos *dives* es donde vuelve a encontrarse al pianista que toca de oído, y que empieza la jornada con alguna música que oyó en cualquier parte y termina con alguna improvisación imposible de transcribir por los medios musicales conocidos.

EL ALMA DEL RITMO

Estos negros parecen estar imbuidos del espíritu del ritmo. En el baile, los movimientos de su cuerpo y de sus miembros son tan perfectamente naturales y acordes, que no parecen costarles ningún esfuerzo. Llegan a obtener efectos de plástica sin necesidad de otra música que el silbido o las palmas de los espectadores. Y cuando bailan el *charleston* es un *charleston* como no se había visto nunca ni se hubiera creído posible.

LOS VERDADEROS SALONES DE BAILE NEGROS

Probablemente las instituciones más interesadas de la vida de Harlem, barrio donde está relegada la población negra de la metró-

poli, son las *house rent parties*, que con alguna libertad podríamos traducir por "veladas para el pago de alquiler". Tiene su origen estas veladas en el hecho de que cuando los negros recién salidos de la esclavitud se agruparon en un barrio, el de Harlem, que había de ser su barrio, los propietarios blancos de las casas que los negros querían alquilar (generalmente casitas de un piso) subieron los alquileres a tal punto, que los negros no podían pagar sin reducir sus otros gastos o agregar algún nuevo ingreso. Se dieron entonces a realquilar habitaciones o camastros en ellas y a organizar los sábados por la noche en su vivienda unas veladas y bailes donde la entrada costaba veinticinco céntimos, y se encontraban artículos de comer y beber a precio fijo. Esta práctica se extendió y continuó hasta el punto de que en la actualidad estas veladas para el pago del alquiler constituyen una de las instituciones más pintorescas y de más vivo colorido de la vida social negra de Harlem. Los invitados empiezan a reunirse hacia las diez. Desde las nueve y media los músicos, generalmente un pianista y un tambor, a veces un saxófono, ensayan nuevas armonías o improvisan melodías lentas. De vez en cuando buscan la inspiración en el calor de una botella de ginebra, que el dueño de la casa les ha dado o que ellos han llevado a prevención.

Y EMPIEZA EL BAILE

Los invitados van llegando, depositan sus veinticinco céntimos en la mano del portero, se quitan sombrero y capote e invaden las habitaciones ya previamente desmanteladas. Entonces los negros empiezan a tocar en serio. El dueño de la casa, por su parte, cuida de que los invitados hagan visitas frecuentes al oasis donde les sirven ginebra o *whisky* para regar fuentes de *Hopping John*, especie de plato indio a base de guisantes, arroz y patata de puerco.

En un rincón del cuarto, una pareja baila el *bump*. Se deslizan lentamente, con movimiento imperceptible de los pies, los bailarines. El *bump* es un baile tan extraño a los ojos de un neófito como el *shimmy* lo era hace diez años.

Otra pareja baila el *fish tail*, bajándose a tierra en suave y lento *shimmy*, volviendo a la posición vertical y entregándose después a una agitación de loco torbellino, para terminar en un metódico *one step*.

A medida que avanza la noche van intentándose variaciones de los pasos ya estereotipados y de moda en los *cafés concerts*. Los mismos artistas de *music-hall* acuden a ver estos ensayos y frecuentan con toda la ansiedad posible estas veladas en que han de ofrecérseles variaciones originales

y extrañas de los propios bailes que ellos cultivan. El día siguiente suele pasarlo el artista en aprender y dominar estas compli-

caciones y reproducirlas fielmente, y pronto entusiasmará al público de un teatro con aquellas novedades, y el baile así creado encontra-



—¡Qué orgulloso se ha vuelto Tamalaka!
—¡Cállate, hombre! Desde que se comió a aquel conde inglés, anda presumiendo de que lleva en sus venas sangre azul.

Un hombre feliz

Encontré a Cipriano Doche en el bulevar, dedicado a la venta de gomas para los paraguas. Como había conocido a mi amigo en otros tiempos, en que era árbitro de la elegancia, frecuentador de los restaurantes de lujo y de las playas de moda, me produjo gran sorpresa verlo en aquel estado, sucio, mugriento, y con la ropa hecha girones.

Cipriano Doche me conoció en el acto y nos abrazamos. Lo invité a un aperitivo.

—¿Y qué es de tu vida?— le pregunté.

—Ya lo ves. Soy el más feliz de los hombres.

—¿Eres padre?

—¿Quién piensa en eso? Soy hombre que come cada dos días; duermo en el bosque de Bolonia, tengo siempre en el suelo una colilla para fumar y un portal donde refugiarme cuando llueve, bebo cuando me encuentro a un amigo y estoy contentísimo de mi suerte. ¿Recuerdas mis tiempos de esplendor?

—¿Ya lo creo!

—Pues era el hombre más desdichado del mundo. Parecía feliz, pero aquello no era más que fachada. ¿Quería casarme con una joven adorable? Me rechazaba. ¿Jugaba? Siempre perdía. Todo me salía mal. Me mandaba hacer un traje, y en cuanto salía a la calle pasaba la moda.

Desesperado, al ver que todo me salía mal, acudí al truco de desear lo contrario de lo que en mi fuero interno ambicionaba. Me entusiasmaron las mujeres morenas y me casé con una rubia, seguro de que acabaría por

descubrir que era una morena originada; pero resultó que Eloisa, mi mujer, era rubia de nacimiento. Mi mala suerte me hizo desesperar de todo.

Un día salí a la calle con un precioso traje de franela blanca, sombrero de paja y zapatos de lona. Iba elegantísimo.

—Y vino la tormenta, naturalmente.

—No; vinieron dos agentes de policía, que me llevaron detenido. Se me acusaba de un delito que no había cometido..., y me pusieron en libertad al cabo de seis meses.

—¿Y te quejas, habiendo visto proclamada tu inocencia?

—¡Naturalmente! Figúrate un pobre inocente, puesto en la calle en pleno invierno, en traje de franela blanca y zapatos de lona y sin un céntimo. Nevaba y tuve que andar por las calles con mi sombrero de paja.

—¡Pobre Cipriano!

—No me compadezcas. El pasado ha huido y ahora conozco la felicidad. No tener un céntimo significa no pagar impuestos; no tener disgustos en casa, porque mi mujer, al ocurrir mi desgracia, me abandonó; dormir donde a uno le acomoda, sin la preocupación del recibo del casero; comer en la calle, sin tener que dar propina al camarero...

—Entonces, eres feliz.

—Te lo juro; pero eso no impide que me dejes cinco luises como recuerdo de nuestros tiempos viejos, y porque, chico..., ¡tengo unas ganas de comer langosta a la americana!

Jean CRETEUIL

EL WISKY
de los aristócratas
"YE MONKS"

rá abiertas las puertas de los salones de la Quinta Avenida y conquistará el mundo bajo algún nombre estrafalario.

Así es el ciclo del baile cuyos nuevos pasos o ritmos son más osados cada vez. La influencia del baile negro en América no está próxima a terminar, ni el instinto creador de los negros está agotado, ni tan estilizado y fijo como algunos creen.

Wallace THURMAN.

* * *

(N. de la R. — El autor es un hombre de color originario de Harlem.)

UN TONEL MONUMENTAL

Augusto de Sajonia, rey de Polonia tuvo en 1725 la fantástica idea de construir en Konigstein un gigantesco tonel.

El trabajo, que duró cinco años, fué encomendado al tonelero más práctico de su época, Jóchan Kolbe, de Estrasburgo. El tonel se componía de 157 duelas y 54 piezas de costado. Cada una de éstas pesaba 78 quintales y cada uno de los aros siete quintales.

Sobre el tonel se colocó una inscripción latina que decía así:

"Sé tú bien venido, caminante que admiras este monumento consagrado al bienestar confortador por el Padre de la Patria, el Tito-Vespasiano de nuestro siglo, Federico Augusto, rey de Polonia y elector de Sajonia. Bebe un trago en su honor, así como a la salud del comandante de la fortaleza de Konigstein."

PARA ORIENTARSE EN EL BOSQUE

Un viejo leñador nos dice:

—Cuando yo me interno en los bosques no necesito de brújula para orientarme. Sólo tengo en cuenta lo siguiente:

1.º Que las tres cuartas partes del musgo está inclinado en dirección Norte.

2.º Que las ramas más gruesas de los pinos se hallan también inclinadas al mismo lado Norte.

3.º Que la cima de estos mismos árboles se dobla hacia el Este.

Aunque las ciencias psíquicas me interesan bastante, nunca había asistido yo a ningún experimento y, al contrario, había rehusado ir a una de esas sesiones por temor de apasionarme demasiado con aquel inmenso "Más Allá", tan poco conocido. Háblame formado así una especie de creencia que admitía ciertas manifestaciones y rechazaba otras, sin pruebas, sin estudios formales, como se aceptan más o menos las teorías científicas audaces con las cuales no tendrá un contacto nunca. Si la formación del estoplasma o la llegada espiritual de una celebridad al pie de un velador me dejaban profundamente incrédulo, creía ya en la existencia de fuerzas desconocidas, emanadas de nuestro espíritu y de nuestra alma, fuerzas invisibles, incommensurables, como lo eran la electricidad y las ondas anteriormente, pero que el hombre llegaría alguna vez a fijar sus leyes.

Bien entendido, esta concepción apartaba toda idea que el "Más Allá" pudiera ocuparse de mis asuntos e interesarse por la pobre molécula enloquecida, que debe ser nuestro globo.

Yo me detenía en esa fórmula bastante simple y que tenía por resultado, al menos, permitirme una quietud perfecta, cuando me encontré mezclado a la extraña aventura que voy a relatar.

Desde hace más de doce años, mi amigo Pedro y yo estamos casados con dos amigas de infancia, que frecuentaban la misma sociedad.

Las bodas se hicieron juntas, y al año siguiente nos pareció oportuno alquilar una gran quinta, para vivir todos juntos y ver crecer allí a nuestros hijos.

Cuando éstos estuvieron en edad de entrar como internos en el liceo, Pedro me dijo:

—A los dos nos gusta la caza. ¿Por qué no alquilamos alguna propiedad en Sologne, durante los meses de Otoño?

—¿Le gustará eso a tu mujer, precisamente cuando empieza la temporada de fiestas?

—¡Si precisamente es ella la más interesada en irse!... No sé lo que tiene, pero sus nervios están alteradísimos. Sin embargo, no le aparenta. Su carácter conserva una igualdad perfecta y envidiable.

—Su nerviosidad es más bien interior, hasta diría subconsciente, si no se hubiera abusado tanto de esta palabra.

—No te comprendo.

—Sí: es extraño y no busco explicación a ella. Desde hace algún tiempo, Elena tiene sueños en los que se ve como cuando era niña. Se encuentra en un ambiente que no es el suyo y con una claridad de detalles sorprendente. Cuando me cuenta esos sueños, me parece que son trozos de una existencia que quiere reconstituirse, aportando a veces detalles penosos; sufrimientos morales, largas permanencias al lado de un enfermo,

EL MISTERIO

Por Eduardo de Keyser

preparativos de luto... Poco a poco ha ido impresionándose, y ahora teme quedarse dormida "por miedo a ese sueño".

Mi proyecto de ir a Sologne, en donde los queridos estudiantes pasarían las pascuas de Navidad, encantó a Elena. Pensando en ello, creo ahora que fué como si respondiese a un llamado. Mientras vacilábamos en la elección de varios pueblos, ella fué quien nos ayudó en la búsqueda, proporcionándonos avisos de quintas por alquilar.

¿Obedecía yo a una misteriosa sugestión?

Sin que pudiera darse cuenta, ¿su libre arbitrio se sometía a una fuerza desconocida que dirigía sus acciones después de haber suscrito sus ensueños?

Una tarde nos trajo un aviso. Se trataba de una quinta situada en un pueblo del que quiero callar el nombre porque no me reconozco el derecho de sacar a escena personajes a quienes un seudónimo no disfrazaría lo bastante.

—Podremos ir hasta allí en au-

UNA ADVERTENCIA OPORTUNA

El coronel don Marcial, persona excelente y digna, aunque militar muy rígido y severo ordenancista, al encargarse del mando de un regimiento en Melilla, para su particular servicio y de su familia, entre varios asistentes nombró por su buena pinta a un tal Rodríguez, soldado de la sexta compañía del primer batallón, mozo inteligente y de chispa, jerezano puro y neto y de presencia lucida.

Pero ¡ay! nada en este mundo es perfecto, y por desdicha, nuestro asistente, con todas sus cualidades bellísimas, era triste y fatalmente del zumo de la uva víctima, y en cuanta ocasión sus pocos recursos lo permitían, pues, ya estaba el buen Rodríguez

en la tasca de visita enjuagándose el gaznate, que era su mayor delicia. Desgraciadamente, pronto, por su oficio y buena vista, notó el coronel el vicio fatal que él aborrecía, y llamando al asistente con voz grave y expresiva y el entrecejo fruncido dijo así: — Rodríguez mira, ya he descubierto que tienes afición a la bebida... —Mi coroné...

—Punto en boca y oye estas dos palabritas: si vuelves a beber vino, te voy a dar tal paliza, que no te va a quedar hueso sano para mientras viva.

Oyó la sentencia el mozo con la cara compungida, y... ¡quién sabe en su interior las reflexiones que haría!

A las cuatro o cinco noches fué mandado a hacer de prisa un encargo, y al volver a las dos horas cumplidas, notó el coronel al punto que el asistente traía una gran dosis de líquido que no era agua cristalina.

Por cierto además del jefe se hizo cargo de la crítica situación el pobre chico, y en actitud decidida exclamó: — Mi coroné, no me diga nada uzía esta noche; me ha cogido a la fuerza la familia de un paisano de mi tierra que tiene aquí una botica, y hoy ha dao a luz su hermana y... bautizaban la cría, y su madre y su cuñado y su agüelo y su sobrina, me han puesto en el compromi-

de tomar unas copitas... —Basta—gritó don Marcial, basta ya de retahíla. Vaya usted a dormir la mona; quítese usted de mi vista, y solamente le digo que a las tres va la vencida.

A la mañana siguiente hallábase en su oficina el coronel, cuando vió a Rodríguez que volvía de la compra tan borracho, que causando mofa y risa a todos los transeúntes, de acera a acera venía describiendo exageradas eses y otras muchas cifras.

Como un leopardo saltó el coronel de la silla; mandó que subiera el mozo, y con la faz encendida apenas le tuvo enfrente, gritó con voz terrorífica: —¿Otra borrachera?... ¡Ah pi-

lo.

te cayó la lotería! Y desenvainando un sable iba a descargar con ira sobre Rodríguez, cuando éste clamó con voz afligida, enadrándose y procurando mantener postura fija: —Mi coroné, ¡po la Vígen, díznos escucharme uzía una cosa tan siquiera ante de hacé una injusticia!

—¿Qué cosa? —Que esta no es otra borrachera... que es la misma.

Javier de BURGOS

to el domingo — propuso Elena.

La propietaria había dejado la casa para ir a vivir en una "villa" situada unos kilómetros más allá. Nos avisó que un criado nos enseñaría la casa.

Durante el trayecto, Elena se mostró más contenta que de costumbre.

La región es preciosa y abunda mucho la caza — nos dijo de pronto.

—¿Cómo lo sabes, si nunca has estado allí? — dijo Pedro.

—Sí... La conozco.

—¿Pero, cómo?

—No lo sé.

Elena calló repentinamente preocupada.

Era evidente que su respuesta la asombraba a ella misma y buscaba, no la causa, sino el origen.

El auto se detuvo ante una construcción de ladrillos rojos, con varias torrecillas, y a la que se entraba por una corta calle de tilos.

—El último árbol fué partido por un rayo — rijo Elena, cuando echamos a andar por la avenida.

Pedro se echó a reír y dijo:

—Esto parece cosa de hechicería.

Pero tuvimos que rendirnos ante la evidencia. Efectivamente, el último árbol faltaba.

Pedro, un poco impresionado, preguntó:

—¿Qué significa esto?... ¿Podrías explicármelo?

Pero Elena ya no hacía caso de nosotros. Su espíritu se había apartado de nuestra presencia. Parecía que hubiera ido allí sola. Un hombre viejo acudió a nuestro encuentro, y Elena le interrumpió diciendo:

—Había escrito que venía a visitar la propiedad, pero me doy cuenta que es inútil. Ya la conozco.

—¿La señora ha estado otra vez aquí?

—No... Es la primera vez que vengo a Sologne.

Creyendo ser lógico, el viejo contestó:

—Si la señora no ha venido antes, es imposible que pueda conocer la casa.

Elena se encogió de hombros. Al entrar en el hall señaló a un hermoso cofre de madera y preguntó:

—¿Por qué lo han quitado de su sitio?... Estaba mucho mejor a la izquierda.

El criado la miró sorprendido.

—Es verdad... Recuerdo que estaba allí — dijo — ¡pero hace 30 años!

Elena subía la escalera, seguida por el sirviente. Al llegar arriba, intentó abrir una puerta, pero el criado le dijo:

Esa no, señora; esa no.

—¿Por qué?

—La propietaria de la casa no alquila esta habitación. Debe permanecer cerrada.

—¿Tiene usted la llave?

—Sí; pero me han prohibido que abra la puerta.

—Usted va abrirla, buen hombre. Conozco esta habitación porque he pasado en ella mi infancia.

—La señora me había dicho, sin embargo...

—Y sé cómo están dispuestos los muebles. En la cómoda, a la derecha de la chimenea, hay una imagen de la Virgen, pintada de celeste y rosa... Muchas veces he contado los ramos de lirios de las cortinas... Hay un grabado que representa a David, otro a Rebeca junto al pozo...

Elena se enervaba, hablando cada vez más ligero. El viejo estaba lívido.

—Es verdad... es verdad — balbuceó. Todo está así.

—Entonces, abra.

—Siento no poder dar gusto a la señora, pero precisamente la casa no se alquilaba a causa de esta habitación. La señora durmió en ella durante un año, y luego empezó a tener alucinaciones. Veía fantasmas: una mujer que se le aparecía todas las noches... tuvo miedo y nos fuimos de aquí. Tal vez haya hecho mal en contar esto, porque podrá perjudicar los intereses de la propietaria, pero como lo que la señora me dice es tan extraordinario...

—No, no — exclamó Elena. — Eso que me ha dicho no me impedirá alquilar la casa. Los fantasmas sólo existen en el cerebro de los miedosos.

Bajó la escalera y, volviéndose al criado, ordenó:

—Siéntese usted al lado del chofer y vamos a ver a la señora.

Durante el trayecto, Elena sólo dijo estas palabras:

—¡Qué poco cambiado está todo!

Al llegar cerca de la aldea más próxima de la quinta, el criado hizo detener el auto ante una "villa" muy moderna, rodeada por un florido jardín.

Nos hicieron entrar en un salón amueblado a estilo inglés. Parecía que habías tenido mucho cuidado de rodearse de cosas nuevas, cuyo estilo no pudiese dar origen al menor recuerdo. Una criada nos rogó que tuviéramos la bondad de esperar unos instantes.

—Siéntate, Elena — dijo Pedro, al que le asustaba un poco el estado nervioso de su esposa.

Pero ésta no pareció oírle. De pie en medio del salón, miraba fijamente la puerta por la que iba a aparecer alguien... ¿Iría también a reconocer a las personas?

A poco oyéronse pasos menudos, y entró una señora de cabellos blancos. Pero Elena permaneció indiferente: no la reconocía.

Pero cuando la dama miró a Elena, se llevó las manos al pecho, y gritando como una loca: "¡El fantasma!... El fantasma!", cayó desmayada.

Pero llevóse apresuradamente a su esposa mientras los criados, que acudieron al oír los gritos, trataban de atender a la señora para

hacerla volver en sí.

En aquel instante fuimos cobardes, lo confieso, y salimos de allí como escapados y sin mirar hacia atrás.

Desde entonces, no hemos hablado de la aventura. ¿Qué era aquello? ¿Conjunto de coincidencias extraordinarias?... ¿Una manifestación del "Más Allá"? ¿Prodigios posibles de la reencarnación?... No lo sé, no me atrevo a afirmar nada. Pero cuando pienso en ello, siento un helado estremecimiento que recorre todo mi cuerpo y me parece oír el grito de espantoso terror de aquella pobre mujer.

No trato de explicar un fenómeno, cuyo alcance escapa a mi comprensión, ni mucho menos hacerme apóstol de doctrinas que el misticismo, engendrado por la guerra, ha puesto de moda. Cuento lo que he visto, sencillamente. Fui testigo del hecho, y firmo mi declaración, sin que trate de aclarar el misterio.

LUTO ORIGINAL

El luto más original del mundo es el usado en la Polinesia.

Una cortina hecha de trozos pe-

EL MUERTO VIVO

Uno de los hombres que permanecían rígidos sobre los duros bancos comenzó a moverse.

Era Martínez, quien de una manera confusa al principio y claramente después, comenzaba a recordar el tiroteo que se había producido en las calles, y la carga de caballería acometiendo a los rebeldes. Dió gracias a la Providencia de que el chasquido que oyera a su espalda y que le hizo perder el conocimiento, no hubiese sido causado por una bala. Pero en ese caso, ¿dónde estaba? La habitación estaba tan oscura que no podía darse cuenta de ello.

De pronto abrióse una puerta no lejos del sitio en que lo dejaron, y aparecieron dos personas en el umbral.

—Este es el depósito del cementerio — dijo uno de ellos, portador de un farol. La cosa no ha podido ser más grave. Aquí hay siete u ocho y en el Depósito Judicial otros tantos. Claro que estos infelices han sido los más perjudicados.

El gobernador movió la cabeza afirmativamente.

—Y usted ¿qué opina? Su práctica de jefe de policía...

—Los pocos documentos que se han encontrado en poder de uno de ellos demuestran lo que su excelencia y yo ya conocíamos... Que estos disturbios, como los anteriores, han sido obra de...

—Sí, sí, del Gobierno

—Exactamente.

El jefe de policía, seguido del gobernador, recorrió la fila de los muertos entre los que figuraba Martínez, inerte y mudo.

El gobernador suspiró ruidosamente.

—Tiene usted razón — dijo después de una pausa.

Y acto continuo agregó:

—¿Dispone entre sus agentes de alguno de confianza?

—Sí, señor.

—En ese caso, entréguele los documentos con una fuerte suma para que los oculte y luego sea fácil recuperarlos. Puede traerlo todo aquí, y ponerlo en el bolsillo interior de la chaqueta. No se le olvide... al de la izquierda...

—Así se hará.

La puerta volvió a cerrarse, y Martínez suspiró.

—Pronto vendrán los médicos y el juez para reconocernos, y nos abrirán en canal con pretexto de la autopsia — se dijo — y un horrible estremecimiento agitó su cuerpo.

A larga distancia, oyó las bocinas de los automóviles y las campanas de los tranvías, señal evidente de que el fuego había cesado en las calles. Lo natural era levantarse y salir corriendo antes de que llegara alguien.

Esto pensaba cuando la puerta volvió a cruzir, y se abrió nuevamente. Un hombre penetró en el recinto. Iba solo y sin lámpara. El recién llegado contó los cuerpos tendidos a la izquierda tocándolos con la mano.

El corazón de Martínez latió violentamente, y luego quedó como inmóvil de terror. Le había llegado el turno.

Mas con profundo asombro notó que la mano que se había posado sobre su pecho le introducía a viva fuerza un grueso paquete en el bolsillo interior de su americana.

En cuanto hubo terminado la operación, el visitante suspiró, y andando de puntillas, volvió a salir de la sala.

Al final de ésta había una puerta que tenía la llave en la cerradura por su parte interior. Martínez franqueó el umbral tranquilamente, y el aire de la noche en la solitaria calle le acabó de despejar la cabeza.

Cuando estuvo lejos de aquel lugar examinó el paquete y quedó sorprendido. Encerraba varios documentos escritos a máquina y pluma y billetes de banco por valor de doscientos mil francos.

—¿Qué hacer con ello?

Martínez dió unos cuantos pasos para volver al Depósito. Luego reflexionó sobre los peligros a que se exponía.

Decidió no correr semejante riesgo. Tres días después Martínez conducía un automóvil de su absoluta propiedad.

F. H. WARREN

Fotograbados Trícromías Bicromías

Confección de clisés para revistas, Catálogos, Folletos y otras Publicaciones

Precios sin competencia

Trabajo garantizado

— Entrega inmediata —

PUJOL, PREYSLER y Cía.

CORRIENTES 1138

Buenos Aires

Unión Telef. 38, Mayo 4830

queños de bambú, unidos entre sí, cubre el rostro, a la manera que las mujeres europeas ocultan el suyo bajo el tupido crespón.

El tamaño del penacho, que se abre sobre la cabeza como una cola de pavo real, guarda proporción en su tamaño con la importancia y el valor del difunto.

Cuando un jefe muere, los habitantes de la ciudad o del grupo de pueblos de su mando, se reúnen en una plaza, desgarran sus vestiduras y se ponen a danzar a un grado tal de frenesí, que caen al suelo como ebrios.

Esas fúnebres ceremonias se practican durante varios días, y la duración de tales honras depende del grado de veneración que el muerto merecía.



LEYES CONTRA LA GULA

Las antiguas poblaciones griegas eran famosas por la gran cantidad de alimento, y sobre todo de bebida, que sus habitantes consumían.

En aquellos tiempos la glotonería y el exceso de bebida eran tan corrientes, que las personas que no se entregaban a tales excesos se las consideraba como seres infelices, pues ambos vicios, lejos de ser despreciables, constituían una cualidad digna de alabanza.

Por tal motivo, se promulgó una ley que ordenaba que los jueces sólo podrían escuchar y decidir las causas antes de comer.

Los antiguos bretones siguieron el ejemplo de los griegos, y a sus magistrados los conservaban encerrados, sin probar gota de alcohol ni bocado de comida hasta que habían decidido el veredicto de una causa cualquiera.

TRAGEDIA

Fué un instante, una cosa como el vuelo de un ave...

La tempestad bramaba sobre el paisaje grave, y aquella mujercita toda pálida y rubia bajó del tren, en tanto que la compacta lluvia hacía más borrosa la perspectiva extraña de aquel hoso y oscuro pueblito de campaña.

Fué un instante, una cosa fugaz como una estrellita...

o como un grito trunco. Más la mujer aquella me vió—pues yo soñaba junto a la ventanilla—y su mirada llena de una expresión sencilla me dijo el hondo duelo de una tragedia muda o acaso el vago miedo de aquella noche ruda...

El tren ya estaba a punto de continuar su marcha,

y el frío—un frío malo como un monstruo de escarcha—

no me dejó ser bueno. (Porque mi alma mustia no comprendió el llamado de aquella extraña

angustia, y cuando alcé la frente llena de lumbre humana el tren rodaba lejos de la estación serrana).

¡Ah! No supe ser digno de mi escondida rosa, y aquella pobre alma toda mustia y medrosa se quedaba en la noche, mientras la voz del

viento bramaba en las tinieblas como un chacal hambriento...

Adolfo QUEVEDO

COMPLICACION

Hubo hay y habrá quién con amor virtuoso me vió, me vé, y me verá sumiso; todo lleno de candidas ternuras, todo lleno de luz en el idilio.

Y no hubo, ni hay ni habrá quién aquí tenga un corazón tan blando como el mío.

Hubo, hay y habrá quién con amor rebelde me vió, me vé, y me verá perfrindito...; todo hierro a las tontas pretensiones, todo orgullo de bien a los caprichos.

Y no hubo, ni hay ni habrá quién aquí tenga un corazón tan duro como el mío.

Hubo, hay y habrá quién con sincero aprecio me vió, me vé y me verá rendido; enteramente loco de ilusiones, enteramente ciego de cariño.

Y no hubo, ni hay, ni habrá quién aquí tenga un corazón tan franco como el mío.

Hubo, hay y habrá quién con fingido aprecio me vió, me vé, y me verá metido; enteramente dado a los engaños, enteramente dado al sacrificio.

Y no hubo, ni hay ni habrá quién aquí tenga un corazón tan falso como el mío.

¡Bendito tanto amor que nadie tuvo ni tiene ni tendrá por el camino!

¡Y guay de quién como ladrón de espíritu —como es y no repara, por castigo,— no vió, ni vé, ni verá nunca, nunca, un corazón tan sabio como el mío!

Alberto G. OCAMPO

Página poética

EL PUESTERO

Al franco avanza, atenta la mirada, escudriña el potrero dilatado, suspicaz, receloso, desconfiado, va contando intranquilo la vacada.

Sube a la loma, baja a la hondonada, hasta llegar al límite cercado del dominio a su celo encomendado, en premio a su pericia bien probada.

Nada notó de extraño; la tropilla arrea lentamente hacia la aguada, para bajar más tarde a nueva liza.

Retornando no bien muda la silla, pues ya lo esperan baja la ramada con una achura asada en la ceniza.

Abel ALMAGRO

TU MANO ENTRE MIS MANOS

Tu mano entre mis manos. La sonrisa más acariciadora. Un "Yo te quiero". Dos almas que se entregan por entero y el beso que se esfuma entre la brisa.

Tu mano entre mis manos. El derroche Estelar de la noche misteriosa. Las voces del silencio. Cada cosa Repite sus canciones a la noche.

Tu mano entre mis manos. Y una loca Angustia deliciosa de saberte Tan mía... ¡toda mía hasta la muerte! ¡Y el ansia de besarte en alma y boca!

Tu mano entre mis manos amorosas. Y en el silencio de la noche suave Su canto el corazón musita grave, Mientras desgranaban pétalos las rosas.

Tu mano se desliza por mi brazo, Que oprime cariñoso tu cintura... ¡Y al roce de los labios tu alma pura Santifica las sierpes del abrazo!

Francisco YANNARELLA

AMOR SEMANAL

Nuestro amor fué una novela que duró siete días Siete benditos días de golosa alegría...

Duró ni más ni menos lo que dura guardado la virtud en las mujeres o el dinero robado.

Fué un amor callejero, fugaz, vulgar diría: ¡Te conocí una tarde en un sucio tranvía!

Nos prometimos tanto en nuestra fiebre alada Nos prometimos tanto que no cumplimos nada...

Durante una semana, una cabal semana Fuimos por esas calles de Dios tarde y mañana

Hablando de dolores, de caras ilusiones Volcando la ternura de nuestros corazones...

Y justo a la semana nos dimos una cita Tú pensando en tu primo y yo en mi vecinita...

Y así nos separamos: como dos buenos amigos Sin odios, sin rencores, sin llantos enemigos...

Nuestro amor fué una novela que duró siete días Lo saben cuatro calles... y un guarda de tranvía.

Roberto VALENTI

¡ SED !

Soy el ansia del mar... Soy la danza del mar... ¡y ésta amarra de hierro que me dobla en la tierra!... ¡y ésta enorme crueldad!...

El viento, vagabundo comprensivo y piadoso, me ha golpeado la cara azuzándome a andar... ¡y ésta sed de infinito!... ¡y ésta enorme crueldad!...

Si las piedras ¡Dios mío! se hacen cantos rodados y se dan a ambular...

Pido ser marinera: mientras zarpa mi alma con la gorra celeste empapada de estrellas, deslumbrada de rutas, ¡calcipada de afán!... con la blusa rayada de horizontes y espacio, y la carne cantando salpicada de sal...

Mirad: tengo una hija, vuelta el cálido grito de este anhelo sin nombre que hoy me llaga el espíritu ¡sin poderlo lograr!... hija —¡que es sangre mía,— que le puse Marina, y nació en una barca ¡en el medio del mar!

María Carmen IZCUA de MUÑOZ

AL LENGUAJE

Con las voces más íntimas que siento te elevo esta oración en homenaje, por ser tú, sacratísimo lenguaje, la base principal del pensamiento.

El más fúlgido sol del firmamento eres, y en tu fantástico paisaje, vestido con exótico plumaje canta el pájaro azul del sentimiento.

Eres, frente al vivir, pródiga llama; por tí se siente, se medita y se ama: contigo vamos viendo la razón...

Por eso respetuoso: ¡oh Santa Ciencia! a los sabios que cuidan tu existencia les doy las gracias de todo corazón...

Patrocinio FUENTES PEREZ

Un viaje involuntario

por Luciano Biart

(Continuación)

El conocimiento de la latitud y longitud es sumamente importante en geografía, y hoy día todo el mundo debe saber tomarlas. Gracias a este conocimiento, muchacho, puede el comodoro decirnos diariamente a la hora de las doce el sitio del universo por donde navegamos.

—Siempre había creído, repuso Azogue, que los marineros sabían dónde estaban gracias a la brújula.

—Esta les ayuda a marchar en línea recta sobre la superficie uniforme de las aguas; es una norma, ni más ni menos, pues la aguja de marear indica el norte y no las distancias. Sólo conociendo exactamente la longitud y la latitud pueden conducir los marineros la embarcación a puerto.

Al siguiente día de esta conversación, es decir, el 20 de abril, después de haber el comodoro tomado la altura del meridiano, hecho sus cálculos y consultado el barómetro, apareció en el puente frotándose las manos de contento.

—¿Qué tiene usted que está tan alegre, caballero? preguntó nuestro ingeniero.

—Tengo que al fin y al cabo baja el barómetro, contestó el interpelado y que antes de la noche estallará una borrasca, gracias a la cual acortará la distancia que nos separa del Davis.

—¡Dios oiga a usted! exclamó el señor Pinsón: por natural soy amigo de la tranquilidad; con todo, de buena gana tomaría parte en un combate que diese por resultado causar al Davis averías tales, que le obligasen a ir en demanda de algún puerto.

—Esto es lo que quisiera el miserable, el canalla; más confío en que yo llegaré a impedirlo.

—¿Qué quiere decir usted?

—Que dentro de poco estaremos a la vista de las islas Vírgenes; que el corsario, cuyos pañoles de carbón se están agotando, hará probablemente un esfuerzo para ganar el puerto de Santhomas, a fin de abastecerse al abrigo de nuestros tiros.

Apenas acababa de hablar el comodoro cuando uno de los centinelas señaló la tierra. Lo mismo que cuando creyó desembarcar en Inglaterra, divisó el señor Pinsón una nube azulada que se cernía sobre el agua. Habiendo oído decir Azogue que la costa que estaba a la vista pertenecía a América, dió rienda suelta a su alegría. Al fin iba a ver una de las maravillosas comarcas visitadas por el gran Robinson.

—¿Esas islas Vírgenes, señor,

preguntó al ingeniero, son grandes o pequeñas y en qué número?

—Las islas Vírgenes, contestó nuestro amigo, fueron descubiertas en 1493 por Cristóbal Colón. Forman un grupo de cuarenta, sin contar multitud de islotes diseminados entre ellas. La principal, llamada Santhomas, pertenece a Dinamarca. Es una inmensa roca, que mide doce kilómetros de largo por tres de ancho, y sus actuales dueños la han convertido en puerto libre.

—¿Están habitadas todas esas islas?

—Sólo algunas, pues carecen de agua potable y son visitadas continuamente por devastadores huracanes.

rante dos semanas. El viento cada vez silbaba con más fuerza; de consiguiente las ondas iban siendo más poderosas. Veíase al Davis subir, bajar, inclinarse cual si estuviese a punto de naufragar. Semejante espectáculo causaba la admiración de Azogue, pues el pobre muchacho no osaba creer que el buque que le conducía se balancease poco más o menos lo mismo que el que estaba observando. En cuanto al señor Pinsón, viendo aquel caso de madera bailar como un endemoniado, admiraba el atrevimiento de los hombres, que no reparan en desafiar a los elementos montados sobre tan frágiles aparatos.

El Fulton iba ganando la tierra



—Muy buenas, don Nicanor. Usted siempre adquiriendo perros nuevos...

—Ah; ¿pero usted no sabe que tengo una fábrica de embutidos?

Al poco rato Azogue se hallaba embebecido en la contemplación de las maniobras del Davis y del Fulton. Densas y negras nubes cubrían el horizonte; el viento silbaba con fuerza y el mar, tan tranquilo durante quince días, empezaba a ondular. Las olas iban en rápido aumento, es decir, se formaban, según la gráfica expresión de los marineros, y el comodoro seguía frotándose las manos al ver que las espumosas aguas azotaban los costados de su embarcación e invadían la cubierta.

Según había predicho el oficial, el Fulton navegaba a maravilla en medio de las enrespadas olas, y pronto fué dado convencerse de que ganaba terreno sobre el adversario con tanto ardor perseguido du-

con gran rapidez, viéndose ya las palmeras que coronan los picos de la isla de Santhomas. Intrigaban no poco a Azogue aquellos árboles, cuyas sombras se proyectaban a lo lejos, de suerte que abrumaba a preguntas a su maestro, quien nada contestaba. El señor Pinsón no perdía de vista las maniobras del Fulton que, cesando repentinamente en persecución del Davis, hizo rumbo hacia la isla. ¿Por qué ese cambio? ¿Era lógico que en el momento en que al parecer el buque contrario iba a caer en manos de sus perseguidores, renunciara el comodoro a perseguirlo? El ingeniero perdíase en un mar de conjeturas.

Al poco rato se divisaron los fuertes que coronan las alturas de

la isla de Santhomas. Azogue, armado con un anteojo, veía los cañones, los centinelas, y brincaba de contento.

—¿Dónde está el puerto? preguntó a uno de los tripulantes. No veo ninguna casa.

—El puerto se encuentra situado en el fondo de una rada abrigada por los dos conos peñascosos que tenemos delante, contestó el interpelado; sólo se ve cuando se penetra en el canal formado por esas dos puntas.

—¿Y hay alguna población?

—Sí, con 10,000 almas, edificadas a espaldas de una montaña casi cortada a pico, de modo que sus calles, exceptuando la principal que está a la orilla del mar, sólo son accesibles por medio de escaleras.

—Ya ves, muchacho, dijo a la sazón el ingeniero, que nuestro viaje toca a su término!

—¿Vamos a desembarcar?

—Supongo que sí. En el puerto de Santhomas se proveen de carbón los vapores de la línea que de Europa se dirige a la América del Sur; de consiguiente no tardaremos en tomar pasaje para Francia o para Inglaterra.

—¿Verdad que parece que el Davis está parado?

—Sí, el comodoro acaba de explicarme sus maniobras. Aprovechando éste la superioridad marinera de su buque, se ha adelantado, de modo que el Davis, que esperaba penetrar en el puerto, tiene cortado el paso. Sin embargo, diríase que el corsario no se encuentra en disposición de medirse con el Fulton y que desea acercarse lo bastante a la isla a fin de estar en aguas de Dinamarca.

—En aguas de Dinamarca? repitió Azogue.

—Ciertamente, muchacho: los pactos internacionales han establecido que en tiempo de guerra queda prohibido a dos embarcaciones extranjeras atacarse si no distan dos kilómetros de las costas de un país neutral, ya que esa faja de dos kilómetros se considera como parte integrante del territorio que baña.

—De modo que el Fulton se vería en la imposibilidad de atacar al Davis, aunque éste viniese hasta aquí?

—Este ataque constituiría una violación del territorio danés.

El Davis había vuelto a emprender la marcha, haciendo rumbo hacia la punta Sur de la isla. En el acto el Fulton, adelantándose a su adversario, se encaminó a aquel sitio. El pirata retrocedió, y llegado poco después a la altura del canal que conduce a la rada, enfiló su proa en dirección de aquel paso an-

gosto. Empero dijérase que el mar embravecido prestaba alas al *Fulton*, el cual consiguió nuevamente atajar el paso al *Davis*. Entonces ambos vapores dispararon varios cañonazos: presintiendo el corsario que sería hecho trizas si se mantenía al alcance de los tiros de su formidable antagonista, frustró los planes de éste una porción de veces virando imprevistamente de bordo. Las hábiles maniobras del *Davis* arrancaron al comodoro algunos elogios.

—El hombre que manda ese buque sabe lo que se pesca, dijo refunfuñando; por fuerza debe ser un americano del Norte.

Al oír esto el señor Pinsón no pudo menos de sonreírse. El ingeniero esperaba que, gracias a la habilidad que le reconocía su enemigo, el capitán del *Davis* acabaría por forzar el bloqueo del *Fulton*, penetrando en el puerto. De improviso el buque pirata cambió de rumbo y pareció dirigirse a Europa, mientras que el *Fulton* se contentaba con bordear a lo largo de la isla.

—Retrocede y se le va a escapar, dijo sin quererlo el ingeniero al comodoro.

—No por cierto, contestó éste; el muy taimado se vale de una estratagema que tal vez le saliera bien si tuviese que habérselas con un francés o un inglés, pero no conmigo. El *Davis*, caballero, está escaso de carbón como nosotros, y como sólo podría llegar a Europa empleando las velas, necesita a toda costa penetrar en Santhomas o dirigirse a la isla de Santo Domingo. Si el mal tiempo sigue favoreciéndonos, antes de lograr su objeto tendrá que experimentar el efecto de nuestras balas.

Callóse el señor Pinsón, pues le trababa la lengua la alegría que tales noticias infundían en su ánimo. Su extraño viaje iba a terminar! ¡Ya era hora! Los dos vapores, faltos de combustible, debían arribar forzosamente a algún puerto dentro de poco, cosa que acababa de confesar el comodoro: poco faltó para que nuestro amigo le diera un fuerte abrazo.

Empezó a oscurecer, y a despecho del mal tiempo el *Fulton* logró asestar al *Davis* un foco de luz eléctrica. Veinte veces seguidas intentó el corsario acercarse al canal, otras tantas fué rechazado a cañonazos: el *Davis* devolvía golpe por golpe, hiriendo con sus disparos a varios marineros del *Fulton*: en sus evoluciones aquel evitaba siempre dejarse abordar por el contrario, que si hubiese logrado pillarlo en un descuido diera buena cuenta de él.

A eso de las diez de la noche amainó el viento, el firmamento se tachonó de estrellas y las aguas fueron recobrando su tranquilidad habitual. Hasta media noche no pensó en acostarse el señor Pinsón, y lo hizo completamente confiado en que era la última vez que dormía a bordo del buque de guerra.

A las cinco de la mañana, sorprendido nuestro ingeniero de que el *Fulton* estuviese andando, vistióse de prisa y fué en derechura a la toldilla. La isla de Santhomas había desaparecido; sólo se veían multitud de islotes en los que se estrellaban las embravecidas olas. El *Davis*, distante cosa de tres kilómetros, parecía navegar entre arrecifes, al paso que una lancha con su vela izada, flotaba a merced de la brisa a menos de doscientos metros del *Fulton*.

—La aventura se complica, profirió el ingeniero haciendo una mueca.

CAPITULO XV

¡Hombre al agua!

El señor Pinsón no quería dar crédito a lo que veían sus ojos.

PENSAMIENTOS

Los que creen que el dinero lo hace todo, suelen estar sujetos a hacer cualquiera cosa por el dinero. — VOLTAIRE

Una mujer hermosa agrada a los ojos; una mujer buena agrada al corazón; la primera es un dije, la segunda es un tesoro. — NAPOLEON

Las leyes han sido hechas para la salud de los ciudadanos, la seguridad de las ciudades y para la tranquilidad y feliz vida de los hombres. — CICERON.

Tratemos honradamente a nuestros semejantes; defendamos sus intereses en toda ocasión; hagámonos cargo de que no hay hombre sin defectos, y que el más perfecto es el que tiene menos. — M. ALONSO CRIADO.

Uno debe ser para todos el propósito de que sea la misma la utilidad de uno que la de todos. — CICERON.

Nada es inútil al hombre: en las desgracias puede ser útil una cosa que habíamos despreciado. — PETRONIO

El pudor cuadra a todo el mundo; pero hay que saberlo vencer y nunca perderlo. — MONTESQUIEU.

Es gran indicio de mediocridad alabar con moderación. — VAUVENARGUES.

No puede depender de tí el ser rico; pero sí lo puede el ser feliz; las riquezas no son siempre bienes, y lo que es peor aún, son de corta duración, al paso que la felicidad que da la virtud es eterna. — EPICTETO.

El egoísmo puede hacernos felices una hora o un día, mas nos hace infelices por toda la vida. — MANTEGAZZA.

El hombre es el único ser sensible que se destruye a sí propio en estado de libertad; si algún animal se despedaza, es entre prisiones y para romper sus cadenas. — SAINT-PIERRE.

La vida es el sueño de una sombra. — PINDARO.

—¡Es extraordinario! murmuró. Luego lanzó una mirada en torno para interrogar al primero que viese, pues no comprendía nada de lo que estaba pasando.

El comodoro, el teniente y el primer ingeniero se mantenían en pie sobre la toldilla, mientras dos guardias marinas atentos a sus órdenes transmitían a los hombres que empuñaban el gobernalle. El mar todavía conservaba parte de la pasada agitación, de modo que el "Fulton" se levantaba se inclinaba, descendía, juguete de las líquidas montañas que azotaban su proa.

—¿Qué ha sucedido? ¿Qué ha sucedido? — preguntó el ingeniero a Azogue, quien después de permanecer un rato a proa se encaminó con paso lento a la toldilla. — Los marineros, contestó el

muchacho, me han contado que, convencido el *Davis* de que no llegaría a penetrar en la rada de Santhomas, ha resuelto proseguir su viaje. Primero pensó el comodoro que esto fuese un ardid del buque pirata y déjole adelantar un tanto; más al convencerse de que el *Davis* se dirigía a alta mar ha vuelto a emprender su persecución.

—¿Y dónde estamos?

—En frente de los arrecifes que hay en medio de las islas Vírgenes.

—¿Pertenece al *Davis* el bote que sin un solo hombre que lo tripule anda a merced de la brisa?

—Ese bote es del práctico que el *Davis* acaba de tomar.

El señor Pinsón creyó excusado interrogar más al chico: en el mismo instante resonó la seca e imperiosa voz del comodoro. No es un

cabrita en cierto modo al impulso de tan poderoso freno, avanzando ardorosamente hacia el punto de parada. Hacía cinco años que el comodoro mandaba el *Fulton*; de consiguiente le conocía al dedillo y tenía ilimitada confianza en su tripulación, así como ésta sabía lo que él valía.

Apenas metido el *Davis* entre los arrecifes, izó su bandera como por vía de reto, oyéndose en el acto un hurra de befa.

—¡Enarbolad nuestro pabellón! vociferó el comodoro dirigiéndose a uno de los contramaestres; y tú, muchacho, añadió volviéndose hacia un artillero, dispara un cañonazo a guisa de saludo.

Al momento flotó al viento la bandera estrellada, resonando un cañonazo, cuya bala cayó a diez metros de distancia del *Davis*.

—¡Gobernad más al Norte! gritó el comodoro a los timoneles.

El *Fulton*, ladeándose, se dirigió hacia los arrecifes. Multiplicáronse las órdenes, y al cabo de diez minutos la gran nave se metía a su vez en el canalizo que recorría su enemigo, en medio de las aclamaciones repetidas de su tripulación.

—¡Bravo! dijo el señor Pinsón a Azogue; sólo falta saber a donde nos llevará este acto temerario.

—¿Nos dirigimos a algún puerto? preguntó el chico.

—Nada de eso, hijo mío; los islotes que ves están desiertos y son inhospitalarios.

—¡Están desiertos! exclamó Azogue: sin embargo, yo veo césped y árboles, y aquel hacia donde enfilamos es una verdadera isla.

—Tienes razón, y no me atrevería a afirmar que dentro de poco esta isla verdadera, como tú dices, no nos sirva de refugio, pues además de los islotes azotados por las olas que tenemos a la vista, más de uno y más de dos habrá ocultos debajo del agua. Sin duda que si el amigo Boisjoli se encontrase aquí en este momento, nuestra posición sería la misma, pero daría algo para que pudiese participar de las emociones a que le soy acreedor.

Los ojos de Azogue brillaban extraordinariamente y no cesaban de contemplar los islotes que el *Fulton*, siguiendo las huellas del *Davis*, tenía a veces a menos de quinientos metros de distancia. A decir la verdad, el muchacho no hubiese sentido del todo naufragar; como era práctico en la natación, estaba persuadido que si llegaba el caso conseguiría ganar una de las playas que tenía a la vista. Cuando asomaba algún terreno arbolado, Azogue fijaba en él sus ojos inmediatamente, deleitándose con la idea de que tal vez iba a cumplirse su más ferviente deseo, esto es, poder llevar una vida salvaje, como el finado Robinson.

(Continuará)

Conocimientos útiles

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

PARA EVITAR QUE LAS MANOS SUDEN se frotarán varias veces al día con una loción de tres partes de belladona, en 14 de agua de colonia.

CUANDO LOS TORNILLOS LLEVAN ALGUN TIEMPO EN LA MADERA se humedecen y no hay modo de destornillarlos. Para conseguirlo se coloca sobre la cabeza una varilla calentada al rojo y se da en seguida un golpe con el destornillador. El calor hace que el tornillo se dilate y se rompa la capa de moho.

AL SECAR LA FRANELA lavada tiéndasela en la sombra, porque el sol la hará encoger demasiado.

LOS DIENTES DEBEN LIMPIARSE con el cepillo, pasándolo de arriba a abajo, en lugar de hacerlo en forma horizontal.

MONEDAS, MEDALLAS Y OTROS OBJETOS DE PLATA ANTIGUA, ENNEGRECIDOS. Se prepara una solución acuosa de ácido sulfúrico al 10 por 100. Se sumerge en este líquido el objeto sucio y se deja en tal estado el tiempo necesario para que la patina negra haya desaparecido.

Para esto es preciso de cinco a siete minutos.

Conseguido el fin propuesto, se extraen del baño, se lavan con agua abundante y se frotan con un cepillo embebido en agua y jabón.

EXISTE UN MEDIO MUY SENCILLO para conocer si una tela contiene algodón: basta tomar un recorte, bañarlo en aceite de oliva, escurrir el exceso de aceite comprimiéndolo entre dos hojas de papel secante y mirarlo al trasluz; los hilos de lino quedan translúcidos y los de algodón opacos.

LOS ZAPATO MOJADOS no conviene secarlos al fuego, pues quedarían endurecidos. Consérvanse bien rellenándolos por la noche con papel de estraza muy comprimido.

LIMPIEZA DE RECIPIENTES, se limpian con una solución de potasa y un cepillo duro. Se enjuagan después abundantemente y se secan. Si se dejan expuestos a una sequedad persistente, se resquebrajan, y si, por el contrario, se tienen en lugares húmedos, se enmohecen.

LA LECHE AGRIA no debe tirarse nunca, pues tiene varios usos. Si se la deja unos cuantos días se pondrá completamente sólida; se la cuece entonces dentro de un paño húmedo y formará un queso de buen sabor. Si se quiere usar en cuanto se agrie, estrújese

sela dentro de un paño y soltará toda el agua. Después se la mezclará con rayadura de cáscara de limón y un poco de manteca de vaca y huevos. El resultado será un plato de dulce excelente.

PARA LIMPIAR VASIJAS DE COBRE se frotan bien con medio limón y se lavan después con agua caliente, secándolas en seguida con un trapo suave y sacando brillo con una gamuza.

PARA LOS QUE PADEZCAN AFECCIONES NEFRITICAS es un excelente remedio el tomar diariamente un vaso de un preparado hecho con cocimiento de flores de habas, a la proporción de seis

gramos de flores por cada vaso de agua.

PARA HACER JABON MUY ESPUMOSO se disminuye la cantidad de aceite común que entra en su composición y se reemplaza por otra igual de aceite de coco o de palma en proporción de 5 por 100.

SI EL CABELLO TIENDE A ENCANECER no se le debe lavar nada más que una vez cada seis u ocho semanas; pero se le debe limpiar y fortalecer dos veces por semana con alguna loción en que entren el brótano y el alcohol.

LOS PEDAZOS SOBRANTES DE JABON pueden utilizarse. Pa-

ra ello se colocan en una cazuela vieja, el día antes del lavado, con agua y se les cuece para disolverlos. Con esto se hace una especie de jalea que hace una excelente espuma, muy conveniente para lavar géneros de lana.

PARA CORTAR BIEN EL CAUCHO no hay sino mojar de vez en cuando el cuchillo en agua.

PARA PROTEGER LOS OBJETOS DE HIERRO del moho basta untarlos con una pasta que se obtiene derritiendo una parte de resina en siete de manteca de cerdo fresca. Esta pasta tiene la ventaja de adherirse fuertemente al hierro y de preservarlo contra las influencias atmosféricas. Puede quitarse bien con bencina.

CUANDO SE HACEN QUEMADURAS es necesario emplear compresas empapadas en una solución de ácido pírico al 1 por 1.000, o el linimento oleo-calcareo, que es una parte de oliva, lino, etc., y otra de agua de cal; se agita bien esta emulsión.

LA TINTURA DE YODO puede emplearse sin inconveniente a condición de que esté fresca y se encuentre en un frasco herméticamente cerrado. La tintura de yodo compuesta de yodo y alcohol se concentra mucho y ofrece el riesgo de su fuerza quemadora cuando se ha evaporado una parte del alcohol.

Cuando esto ocurre basta adicionar una cantidad doble por lo menos de alcohol de 90 grados.

EL BICABORNATO DE SOSA no debe faltar en ninguna casa y debe tenerse siempre a mano. Para las quemaduras no hay nada mejor, pues hace desaparecer el dolor rápidamente si se convierte en una pasta con un poco de agua fría, se extiende sobre la parte quemada y se cubre con algodón y una venda.

BAÑOS DE SALES. Muchas mujeres gustan de preparar sus sales para el baño, porque resultan más económicas. He aquí una receta: Mézclese medio kilo de sosa de lavar y de bórax; luego písese (pero sin reducirlo a polvo), apretándolo con un palo de amasar o golpeando suavemente con un martillo. Póngase los cristales en un jarro de boca ancha, que tenga un tapón atornillado. Cómprese 15 gramos de aceite de espiago y de verbena. Echese sobre los cristales o pulverícese sobre ellos, si se tiene un pulverizador. Se tapa bien y se deja impregnar los cristales unos días. Una cucharada es la dosis para cada baño.

EL BERRENDO

El berrendo, animal perteneciente a la fauna mejicana, es de la familia antilocapridae, única familia compuesta de una especie y de una subespecie.

El berrendo es animal exclusivo de Norteamérica y en ninguna otra parte del mundo se le encuentra. Sus particularidades anatómicas más notables son:

Sus cuernos son huecos y crecen sobre un alma de hueso y son caducos, es decir, que cada año los tira y le salen otros nuevos en muy poco tiempo. Estos cuernos se colocan verticalmente y los poseen también las hembras.

Al observar un cuerno desprendido se notará que la cavidad se extiende mucho hacia arriba del punto de bifurcación. El interior del cuerno contiene algunos pelos de color claro, ásperos y perfectamente adheridos.

El cuerno del berrendo se supone que no es otra cosa que una masa de pelos aglomerados y por esto difiere notablemente del cuerno de los bóvidos. Son los cuernos negros, excepto en las puntas, que son amarillentos.

La cola es tan corta que no mide ni 0,10 metros. Los pies tiene dos dedos solamente.

El pelo tiene una estructura especial y está formado por una especie de tubo relleno de una sustancia parecida al tuétano.

El pelo de la rabadilla y el de las nalgas es completamente eréctil y cuando el animal se excita por la cólera o por el miedo para instantáneamente estos pelos y echa a correr. Esta especie de resplandor blanco hace muy visible al animal y lo expone a ser blanco fácil para el cazador.

El color de este animal puede

decirse que está limitado a dos tonos: una especie de manto moreno amarillento sobre la espalda y cuello; de medio cuerpo para abajo, pecho, vientre, ancas y parte interna de muslos y piernas, blanco; piernas, gris pálido. En la garganta, el moreno se convierte en una especie de collar blanco, y los adultos, generalmente, tiene en la cara una mancha de color negro.

Las orejas, que son de tamaño regular, tiene forma puntiaguda; el hocico está cubierto de pelo, las piernas son altas y esbeltas.

Cuando huye apresuradamente del peligro, lleva la cabeza baja como los borregos y avanza a saltos; cuando anda o se pasea tranquilamente, lleva la cabeza tan alta cuanto le es posible y avanza con las piernas tiesas.

Los berrendos se reúnen en manadas, hembras, machos y crías; a principios de septiembre, a fines de febrero o principios de marzo, las hembras se separan de la manada, una por una para parir. En cada parto suelen traer dos crías. Al poco tiempo se juntan las hembras con sus crías.

Los machos viejos, entretanto, andan solos o en parejas de a dos, y los jóvenes juntos en pequeñas manadas. Después de dos o tres meses, los jóvenes, machos y hembras, se juntan con las hembras viejas y sus crías, y hacia principios de septiembre andan todos juntos en grandes manadas.

Durante la época de celo, los machos se vuelven agresivos y se disputan fieramente a las hembras. Estas son muy afectivas y defienden a sus hijos de nodadamente.

Un Colegio Ultramoderno.

Argumento de Stuart Anthony; dirección de George Crone; comedia interpretada por William Collier (hijo), Sally O'Neil, Georgia Hale y otros.

Su asunto es el siguiente:

Cuando George Daly ingresa al Club de Playa Coral como profesor de natación, hay gran revuelo entre las socias. Es un apuesto joven y las novias le llueven como granizo. Dos hermanas, Francés y Patricia Bixby, se enamoran de él, pero mientras aquélla emplea todas las artes de la coquetería y el disimulo, ésta sólo usa de su gracia y belleza. Un incidente trivial agrandado ante su padre por Francés, es causa de que el millonario Bixby resuelva enviar a su hija al Colegio Flotante, lo más ultramoderno en materia de establecimientos de enseñanza para ambos sexos, pues que ese alterna el estudio con todos los refinamientos de la vida social y los atractivos de un crucero por los principales puertos del mundo a bordo de un lujoso trasatlántico, convertido al efecto en escuela e internado.

Pero da la casualidad de que al encontrarse Patricia a bordo, poco antes de la partida, Francés descubre que uno de los profesores es precisamente George Daly. Entonces obtiene de su padre autorización para hacer el viaje ella también, con instrucciones paternales para el rector, en el sentido de que no permita intimidades entre Daly y su hija Patricia.

Bixby cree, por lo que le ha dicho Francés, que George es un cazador de fortunas. Pero en realidad lo que Francés quiere es que termine el idilio iniciado entre Patricia y el joven, para presentarse ella como candidata.

Suceden a bordo mil peripecias. George es víctima continua del mareo. Una noche se equivoca de puerta y se introduce en el camarote de Francés. Esta lo vé y no hace nada para evitarlo. Su plan es aparecer comprometida por George para obligarlo a casarse con ella. Más la pizpireta de Patricia, que ha advertido la maniobra, se esurre también en el camarote y, de esta manera, toda la combinación se viene al suelo.

Pocos días después el bareo llega a Cantón, en China. Los alumnos van a tierra para realizar una gira y Francés aprovecha la oportunidad para encerrar a Patricia

en el cuarto, ropero de sus habitaciones del hotel, esperando así que pierda el vapor y se vea obligada a viajar en otro. George se entera de la desaparición de Patricia y corre en su auxilio, a pesar del peligro que ofrece la proximidad de los revolucionarios, logrando rescatarla sana y salva. Y para no dar lugar a Francés de que vuelva a reincidir, los jóvenes deciden casarse antes de regresar a bordo. Entonces Patricia lo comunica a su hermana y la amenaza con publicar su conducta en el hotel si vuelve a interponerse entre su marido y ella, con lo cual termina la comedia en una fiesta que hace

de George Archaimbaud; producción Tiffany - Stahl. Programa Sello Azul.

El argumento muestra que así como el más insignificante grano de arena basta para detener el mecanismo del reloj más bien construido, la causa moral más leve puede precipitar al hombre mejor templado en el terrible abismo.

El reparto comprende a: Ricardo Cortez, Claire Windsor, Alma Bennet, Richard Tucker, y otros.

El asunto de esta cinta, — que exhibe la Corporación — es éste:

Fred Norman, David Martín y Frank Clark forman una sociedad de construcciones que dirige el pri-

de una fiesta en la que se fija la fecha del enlace de Louise y Fred, que se aman entrañablemente.

En la oficina de los ingenieros, que cuenta con un vasto personal, está empleada como taquígrafa y mecanógrafa la joven Dot Wells.

Un día Fred tiene necesidad de una taquígrafa para trabajar después de la hora de costumbre. Su secretaria se ha ido y Dot es llamada para reemplazarla. Al principio la impresión del ingeniero es desagradable. Sin embargo poco a poco empieza a darse cuenta de la soberbia belleza de Dot y, sobre todo, del poder de sugestión sensual que, como uno de esos perfumes mareantes, se exhala de su encantadora persona. El trabajo se prolonga esa noche. El ingeniero le ofrece una cena y luego, por pura cortesía, la lleva a su casa en su propio automóvil.

Dot vive lejos de la ciudad. Su padre es un químico que se dice inventor. Fred es invitado a conocer la casa y allí la muchacha le implora ayuda pecuniaria para que el autor de sus días pueda llevar a cabo un experimento que lo hará rico.

Al día siguiente Fred entrega a Dot un cheque para su padre y desde ese momento es hombre perdido. La joven cree la cosa más natural del mundo ofrendarle sus labios en un beso, quizás un poco por agradecimiento, quizás también atraída por la gallardía varonil del ingeniero.

Y entonces todo se desbarraña. Fred se casa con Dot poco después y se van a Cuba a pasar la luna de miel. El padre de Louise retira el apoyo financiero a la firma. La empresa se derrumba y Martín, desesperado, se suicida.

A todo esto Fred está en la Habana entregado por completo a su aventura y sin responder a los desesperados telegramas de sus socios. En los momentos de lucidez y cuando los hechiceros ojos de Dot no le dominan, alcanza a vislumbrar lo desleal y cobarde de su conducta; y para tratar de olvidar, busca consuelo en la botella.

Pronto Dot se cansa de tener por marido a un borracho y le abandona.

Volverá Fred a recuperar el dominio de su poderosa personalidad anterior, a reparar en parte los males pasados?...

Notas cinematográficas

DOLORAS

LA MEJOR COMPANIA

Ya anocheció: ¿quieres que hablemos, Lola, aquí a solas los dos?

“La que es buena, señor, nunca está sola, porque o está con su madre o está con Dios.”

QUESTION DE FE

Ya el amor los hastía,
y hablan de astronomía:
y en tanto que él, impío,
llama al cielo el “vacío”,
ella con santo celo
llama al vacío el “cielo”.

LA BUENA PECADORA

Después de días de tormentas llenos,
te vi en misa rezar con santa calma.
y dije para mí. — “Del mal el menos,
da el cuerpo al diablo, pero a Dios el alma.”

Ramón de CAMPOAMOR.

época en los anales de todos los colegios habidos, son que el millonario Bixby tenga ya reparos que oponer cuando su hija menor se le presenta con un excelente esposo. La acaba de estrenar la Corporación.

EL GRANO DE ARENA. — Adaptación cinematográfica de una novela de David Graham Phillips, puesta en escena bajo la dirección

mero, ingeniero acreditado, hombre de mundo, buen mozo, discreto, distinguido y con las restantes aptitudes para triunfar en la vida. Está comprometido para casarse con Louise Barth, cuyo padre, Robert Barth, es uno de los principales sostenes financieros de la firma Martín, Norman y Clark. La empresa consigue la construcción de un gran puente y esto es motivo

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas; CERRITO 607

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

Buenos Aires

U. T. Mayo 1899

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Capital	En el Interior	En el Exterior
Trimestre . . . \$ 2.50	Trimestre . . . \$ 3.—	Trimestre \$ oro 2.—
Semestre . . . „ 5.—	Semestre . . . „ 6.—	Semestre . . . „ oro 4.—
Año . . . „ 9.—	Año . . . „ 11.—	Año . . . „ „ oro 8.—
No. suelto . . . „ 0.20	No. suelto . . . „ 0.25	
No. atrasado . . „ 0.40	No. atrasado . . „ 0.50	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los reporteros, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares:

		En cuero		En tela
Encuadernación en formato	grande cada tomo	\$ 12.—		3.70
	chico „	„ 8.—		3.—
Tapas sueltas	„ grandes „	„ 9.—		2.—
	„ chico „	„ 6.—		1.50

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLIFICOS,
CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE
CHICOS Y GRANDES

No. 38 — JEROGLIFICO



No. 39 — CHARADA

Cómo *tercera* primera un *total* que reside en la calle de la Acacia; a mí me parece un *primera* *tercia*: si lo conoces *segunda*, es verdad?

No. 40 — COMPRIMIDO

NIDAS

No. 41 — CHARADA

Conozco yo a una *total* que se llama *prima quinta* *segunda cinco*, escritora muy castiza y erudita, y muy *primera* dos cinco cuando escribe poesías; y sobre todo *viudita*, y aunque no *dos*, *prima dos*, con ella me casaría tan sólo por ir *primera*, *Prima dos tres cuatro un día*.

No. 42 — JEROGLIFICO

NOTA I N D I O NOTA

No. 43 — COMPRIMIDO

C FLOR DE UN DIA R

No. 44 — CHARADA

No siendo *prima tres* *todo* la *prima dos* de Chelito se la merece él tan solo.

No. 45 — JEROGLIFICO

NOTA L B C H O NOTA

No. 46 — PROBLEMA DE LOS DOS MENSAJEROS

El alcalde de A. tenía que mandar un mensaje al alcalde de B., y se lo envió con un mensajero. Quiso la casualidad que al mismo tiempo, el alcalde de B. mandase otro mensaje al alcalde de A., y como es natural, los mensajeros se encontraron en el camino; pero como cada uno ignoraba la misión del otro, no se detuvieron, limitándose a saludarse al paso, sin dejar de andar. El encuentro tuvo lugar a 720 metros de A.; ambos mensajeros habían partido al mismo tiempo, pero uno andaba más de prisa que el otro.

Llegados a sus respectivos destinos, detuvieron en ellos diez minutos y luego emprendieron el regreso. Como es de suponer, se volvieron a encontrar, pero esta vez el encuentro fué a 400 metros de B. ¿Se puede saber qué distancia mediaba entre A. y B.?

SOLUCIONES DEL NUMERO

ANTERIOR:

- No. 28 — Romería
- „ 29 — Cámara oscura
- „ 30 — Codo con codo
- „ 31 — Mirar con buenos ojos
- „ 32 — Instante
- „ 33 — Pilatos
- „ 34 — Limonada
- „ 35 — Estaba escrito
- „ 36 — Hablando en plata
- „ 37 — Mazamorra

El primitivo estudio del hombre fué sin duda el de la Historia Natural, impulsado por el hambre, lo que le hizo que estudiase las costumbres de los animales que le rodeaban para poder apropiarse de ellos lo más fácilmente posible.

Los hombres que se dedicaron a este estudio fueron los primeros naturalistas campestres. Sus sucesores hoy día son los cazadores y los pescadores.

Si la caza y la pesca es la base del naturalista, la ciencia, al que más debe no es a éste, sino al naturalista de gabinete.

El naturalista necesita estudiar no sólo a los peces "comerciables", es decir, a los que sirven de alimento al hombre; sino la temperatura y grado de sol de las aguas que habitan, los enemigos que los destruyen, el número de huevos y animales que comen, el estado y desarrollo de las larvas, sus viajes y emigraciones y otras mil cosas más, necesarias, importantísimas, no sólo para los conocimientos científicos, sino para la mayor reproducción, cría y pesca de ciertas especies que sin su debido conocimiento acabarían por desaparecer.

Los criaderos de ostras, truchas, langostas, los conocimientos necesarios para explotar los bancos de bacalao, arenques, atunes y otras grandes pesquerías necesitan el apoyo del naturalista de gabinete, del hombre de ciencia, pues no basta el del naturalista de observación,

Ultimamente, el laboratorio de Plymouth ha hecho valiosísimas investigaciones sobre el estado larval del arenque y su historia hasta el primer año de su desarrollo.

Al dar cuenta de sus experiencias publica una curiosa fotografía en la que se reproducen mes por mes los diferentes estados y tamaños del arenque desde el mes de junio al mes de diciembre, donde se ve el desarrollo del pez cada quince días, y en otra fotografía siete arenques, ya adultos, mostrando deformidades en la cola, cuyas causas de mal formación no se han podido descubrir aún. Lo que sí se sabe es que la mortandad entre estos animales deformados es mucho mayor que en los arenques normales.

Estas anomalías en el apéndice caudal son, por desgracia, demasiado corrientes.

El arenque pone, por término medio, cada año unos 50.000 huevos, cantidad que, aunque parece asombrosa, no es nada comparada con los seis millones de huevos que pone el bacalao, que no es, sin embargo, el más prolífico, pues hay aún otros peces que llegan a poner hasta veintiocho millones de

huevos cada hembra.

¿Y cómo es que poniendo tantos millones de huevos son tan relativamente pocos los peces adultos?

Los pescadores saben que las aves marinas se encargan de devorar millones y millones de toneladas de estos seres.

Los cormoranes, las numerosas variedades de gaviotas, las fragatas, y, sobre todo, las focas, son enemigos encarnizados que devoran los pescados comestibles y disputan al hombre estos bocados más o menos exquisitos, pero aunque todas estas aves marinas desapareciesen, aunque todas las focas de las regiones frías dejasen de comer peces, la diferencia de éstos no se notaría. Los peces se comen unos a otros; el pez grande al pequeño, ya esto se sabe desde antiguos tiempos; pero el bacalao come arenque y el arenque grande come los bacalaos pequeños, y otros mil peces devoran las larvas de unos y otros.

Si no fuera por esto y porque muchos de los huevos quedan sin fecundar; si todos los huevos que ponen los peces diesen otros tantos animales y éstos llegasen a su completo desarrollo, en poco tiempo no habría suficiente espacio en el mar

para ser contenidos.

Millones y millones de huevos, antes de llegar a la época de la eclosión, desaparecen sin sentir en el estómago de otros peces; luego, en el estado de larva, sucede otro tanto, y hasta que han llegado al cabo de unos meses, a ser ya animales que se puedan valer y defender, las innumerables enemigos los destruyen, los comen por miles de millones.

Al ver llegar a los puertos lanchas y buques de pesca, cargados día tras día de sardinas, bonitos, arenques, bacalaos y otras variedades de peces, nos asombramos y pensamos cómo es posible que aún queden de estos seres en el mar después de estas campañas piscatorias.

Barcos y más barcos llegan atestados de pescado todos los días y no a uno ni diez puertos, a cientos de puertos, cada uno de los cuales posee flotillas de veinte, treinta o cincuenta buques pesqueros, y pensamos que dentro de poco, a seguir así, acabarán con toda la fauna marítima, y, sin embargo, el hombre, con ser tan temible enemigo, no es el mayor. Media docena de bacalaos comen en un día más arenques que los que en un mes pesque una flotilla pesquera, y además, todos ellos se comen unos a otros, de lo que podemos alegrarnos, pues de lo contrario nos comerían a nosotros.

LOS ARENQUES

La infusión de te es la bebida popular inglesa por excelencia. Puesta de moda por la reina Catalina de Braganza, esposa de Carlos II, apasionó a toda la corte de Inglaterra. El gran favor logrado por esta bebida se acrecentaba debido a su elevado precio.

En los comienzos del siglo XVIII se acostumbraba tomar te tres o cuatro veces por día bebiéndose en cada sesión diez o doce tazas.

Lo probable es que las infusiones entonces, en que tan cara costaba la hoja, no fueran tan fuertes como las de hoy.

Inglesa es también la costumbre de tomar te por las tardes, y en la actualidad el "five o'clock tea" se ha hecho universal.

Esta costumbre presenta en Londres cuadros de animación y de elegancia tales como no se hallan en ninguna otra capital europea.

Teniendo en cuenta el consumo anual de te por habitante, resulta que los australianos y los neozelandeses han de ser considerados como los principales bebedores del mundo: Véase la escala:

Australia y Nueva Zelandia, 6,8 libras; Inglaterra 6,4; Canadá, 4,5 Países Bajos, 1,7; Rusia 1,3; Estados Unidos, 1,1; Persia, 0,8; Chile, 0,7; República Argentina 0,6.

Como el te se ha generalizado tanto sin abaratare el producto originario de China y del Japón en la proporción necesaria, debido no solamente a la distancia, sino a sus métodos de cultivo y elaboración es natural que esté expuesto a numerosas adulteraciones.

A veces la falsificación está tan bien realizada que es difícil reconocerla. Sucede así cuando se mezclan hojas de te superior con otras de calidad inferior, por ejemplo.

Pero en ocasiones es tal la deformación experimentada que de te no queda nada, a no ser el nombre del paquete o de la caja.

Las falsificaciones resultan fáciles, debido a que las hojas secas y arrolladas, tal como se expenden, no conservan forma ni color bien definidos. Lo mismo ocurre con su vago perfume.

El fraude más común consiste en revender, seco, el te servido, y, por consiguiente careciendo totalmente de las sustancias características de la hoja.

Los empleados de ciertas confiterías y casas de te en China, obtiene pingües ganancias recogiendo los restos depositados en el fondo de las teteras.

Asegúrese que algunas fábricas preparan el te que ya ha servido en establecimientos públicos, de manera perfecta. Su aspecto se confunde con el del te original.

Hasta el color se regenera en cateú, sustancia astringente extraída de una acacia. Con idéntico objeto los chinos emplearon agua de arroz tostado y materias colorantes. Con frecuencia también las hojas de te son reemplazadas por otras de plantas diversas, sin

parecido alguno con las primeras.

La infusión aromática producida por ellas en nada recuerdan a la bebida que, según los chinos, tiene la propiedad de alejar el sueño.

Sabida es la preferencia por el te verde entre los conocedores de Oriente.

Se obtiene calentando rápidamente las hojas frescas, mientras se las agita en una especie de sartén, a fuego libre. Forman así masas pequeñas, esféricas u oblongas, de color verde mate, que para las exportación se tiñen de un tono azulado o verde grisado.

Pues bien, según el químico Warinton, la mayor parte del te

de la lámina, examinando la epidermis o disgregando los elementos.

También el análisis químico sirve de orientación para fijar la calidad del te.

En la sustancia seca existen término medio, las siguientes, por cada 100 gramos:

Agua, 8,5; sustancia nitrogenada, 26,3; teína, 3,1; esencia, 0,7; grasa, cera y clorófila, 9; ácido tánico, 13,5; celulosa en bruto, 11,6; cenizas 6,5; materias solubles en el agua, 3,3.

Si observamos una hoja del arbusto llamado te, nada llama particularmente la atención. Algunas

sin embargo, un signo poco frecuente: la presencia de células, más o menos ramosas, de membrana muy espesa.

Para falsificar el te suelen usarse diversas hojas vegetales, secas, fragmentadas y enroscadas para disimularlas mejor. Se las tiñen con índigo, con azul de Prusia, cromato de plomo, azúcar quemado, palo campeche, grafito y mezcla de estas materias.

Las hojas más empleadas para falsificar el te, son: las de akebia, originaria del Japón; las hojas de café, de camelia, de encina, de eglantina, etc.

Con las hojas de arce, de fresa, de fresno, de glicina, de ononilides, de hortensia, de olivo, de olmo, de sauce, de álamo, de ciruelo, de serbal silvestre y otros muchos vegetales, se imitan las del arbusto oriundo de China, Japón, India, Ceilán, Cochinchina y las islas de Sonda.

"ANOCHECIENDO EN LA SIERRA"

Zamba por la señorita María Elvira Garzón.

Esta digna cultora del arte musical que en diversas oportunidades ha ofrecido composiciones exquisitas, acaba de publicar una zamba con el título de estas líneas.

La señorita de Garzón ha puesto, en las notas melodiosas de su zamba, todas las melancolías de las sierras cordobesas, que su alma de artista, ha sabido sentir. Se trata, pues, de una pieza interesante y bella que gustará al público amante de la tradición que marca un sello del pasado.

El poeta Félix B. Visillac, ha escrito una composición para esta pieza musical y sentida.

ARTIFICES ANTIGUOS

Desde que el hombre supo trabajar los elementos de la Naturaleza sintió la necesidad de reproducir la figura humana, los animales, los objetos... En los testimonios artísticos que dejó en la caverna, al lado de las pinturas rupestres, quedaron toscas estatuas de animales, monumentos que acreditan que practicó también la escultura. Posteriormente, cuando aprendió a laborar los metales forjó estatuas enormes como la del Coloso de Rodas. Y surgen las civilizaciones orientales, dejándonos los prodigios del arte en las estatuas, relieves y ornamentos de Caldea, Asiria y Egipto.

Y es tal la maestría de estos artistas de las remotas edades, que a ellos es necesario volver cuando se quiere depurar las líneas, dar más serenidad a la obra artística, buscar la mayor armonía en los componentes.

SOBRE EL TE

AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. Juan E. Carulla

Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente enfermedades internas

M E J I C O 1360

Horas de consultas: de 14 a 16
Unión Telefónica: ILbertad 0819

Dr Víctor Moraschi

OCULISTA

Jefe de clínica del Hospital Oftalmológico "Santa Lucía"

De 14 a 16 y 30 horas
PARAGUAY 1615

U. T. 7297 Juncal

Dr. Eloy A. Escobar Bavio

Director de los Servicios Médicos del Jockey Club y del Círculo de la Prensa

Atiende especialmente enfermedades del corazón, aorta y sangre
Consulta: de 16 a 19 horas

CALLAO 433, 1.º piso
U. T. Mayo 1328

Dr. Alberto T. Barragán

Dentista Cirujano

De 14 a 18 SAENZ PENA 216
U. T. 38 Mayo 6337

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta, nariz y oídos del Hosp. San Roque
Asistente a la clínica del profesor Sebillau (París)

Consultas: de 14 a 16 horas
LIBERTAD 1375, U. T. 6857 Jun.
Buenos Aires

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson
Matriz, ovarios y cirugía de Señoras

SUIPACHA 27 U. T. Riv. 0500
Días de consulta: lunes, miércoles y viernes, de 15 a 17 horas

Dr. Amadeo Natale

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano

Enfermedades de los ojos
Consultas de 14 a 18

SARMIENTO 735 U. T. 7385 Av.

verde llegado a Europa está totalmente falsificado.

El engaño consistente en vender te de una localidad por te de otra región es imposible de prever, no siendo finísimos expertos en la materia. Pero la mezcla de hojas extrañas, con el fin de aumentar peso o dar determinado aroma, se descubre con un poco de observación. Basta sumergirlas en agua hirviendo, desdoblarlas y mirarlas con un lente para ver si responden exactamente a la forma de las verdaderas.

Si queda una duda, puede recurrirse al microscopio, bien haciendo cortes finos en la región central

características, no obstante, pueden orientar en su identificación al menos aproximadamente.

Ligeramente ovalada, presenta el borde dentado excepto en su tercio inferior, perfectamente liso. La mayor parte de los dientes terminan en una especie de uña que se desprende al secarse la hoja. La nervación es bastante fuerte, formando con el eje central ángulos de 45 grados.

La nervadura lateral se relaciona entre sí por una red muy tenue de nervios que sólo se advierten por transparencia. El corte transversal de la hoja muestra una textura vulgar en general. Tiene,

TEATROS

"LA SEÑORITA GATA", en el LICEO

El género de la comedia risueña agrada a nuestro público, es entretenido y queda muy bien a las facultades artísticas de Evita Franco. Se comprende que en tales circunstancias, los señores Roberto Gache y Agustín Remón, que tienen temperamento y cultura para comprender y realizar una pieza de este género, se hayan dejado seducir por las perspectivas que les ofrecía ese cúmulo de coincidencias favorables.

Puesto a buscar asunto, la diversidad de temas pudo hacerlos dudar acerca de la elección y siendo un poco superticiosos o demasiado delicados, la situación se hacía más turbia por las responsabilidades definitivas de la suerte, siempre supremo juez y, más que en nada, en materia teatral.

Siempre en terreno de las hipótesis, pensamos que nuestros dos autores se decidieron a optar por un tercero en discordia y ese tercero no podía ser otro que un autor extranjero y siendo extranjero, lo mejor sería elegirlo entre los autores de la bella y risueña Francia.

Resolvieron, pues, y siempre seguimos en el terreno de las suposiciones, incorporar como colaborador de su obra a un autor francés y eligieron a un novelista, Víctor Cherbuliez y una de sus novelas más popularizadas, declarando así lealmente la fuente de inspiración.

La segunda obra de la temporada de Evita Franco en el Liceo es una comedia de esas que llaman amables las gentes de la farándula. Sus autores, han declarado que su trabajo está inspirado en la novela de Víctor Cherbuliez, "Miss Rovel", la espiritual obra del escritor francés, publicada hace muchos años. Más que inspirado, nos parece que los señores Gache y Remón han tratado de escenizar aquella novela, dado el número de episodios iguales o parecidos y la semejanza de personajes y de asunto. De todos modos, "Señorita Gata" es una bonita pieza de carácter ligero, una comedia graciosa y suavemente sentimental, con un tipo femenino travieso, alegre y despreocupado, que agrada por la simpatía que irradia, de la misma manera con que gusta el público de la audacia candorosa de un niño. Lo mismo que en "Miss Rovel", la protagonista de "Señorita Gata" es hija única de una dama que se pone el mundo a la espalda con idéntica facilidad con que muda de amante. Ello no obstante, la niña no ha heredado de la madre tales candiciones y, por el contrario, es un espíritu ingenioso cuyo máximo goce radica en molestar al prójimo mediante travesuras infantiles. En "Miss Rovel" se convierte en un mosquito que zumba continuamente en torno de Raimundo, sabio dedicado a estudiar la vida de Mahoma; en

"Señorita Gata" bloquea la existencia de un geólogo también misántropo y decepcionado del amor, consagrado a la paleontología.

Ya en el segundo acto, el espectador se da cuenta de que la aparente hostilidad del paleontólogo y la chica se encamina a una boda, como resulta a la postre cada vez que en la vida o en el teatro dos personajes viven arañándose, para ocultar sus verdaderos sentimientos mediante una vieja forma de coquetería sentimental.

Podrá tildarse "Señorita Gata" de pieza frívola y ligera; pero nos parece que en los diálogos y situaciones los autores conservan la línea de comedia fina, sin trascendencia, y preferimos obras como éstas a los sainetes que "embadurnan" los escenarios nacionales.

La actriz Evita Franco aprovechó muy bien su papel para lograr un éxito personalísimo, uno de los muchos que ya tiene en su breve historia de primera actriz. Graciosa, ocurrente, emotiva, crea un personaje de carne y hueso que hace olvidar la ficción escénica.

Carlos Bouhier se desempeñó acertadamente en un rol difícil. Felisa Mari, Ana Arneodo, Leonor Alvarez y José Franco completaron un conjunto irreprochable.

"ALMA EN PENA" en el SMART

El señor Eduardo R. Becar es autor de varias piezas que han tenido muy apreciable éxito. A su repertorio cabe agregar otra más, estrenada últimamente por la compañía de Marcelo Ruggero en el Smart.

El alma en pena a que se refiere el título, no es otra que la que aún conserva en el cuerpo, para suerte suya, un buen señor a quien quiso dar por muerto un pariente suyo, para heredarle los bienes. El falso muerto se le aparece continuamente al vivo que lo quiso enterrar antes de tiempo y siempre el terror en su casa, haciéndole imposible la vida.

Se comprende que en manos de Ruggero, este personaje, con libertad amplia para desenvolver una acción traviesa y festiva, tenga materia excelente para hacer desterrar de risa al auditorio. Así sucede, en efecto. Mil peripecias a cual más absurda y terrorífica sorprenden a cada momento al auditorio, siendo en todas ellas Ruggero el animador infatigable y el bufo eficaz que sostiene en una carcajada ininterrumpida al público.

Agrégase así al cartel del Smart otra pieza de éxito. En ella no se trata más que de hacer reír y se logra intensamente. Se ríen hasta los acomodadores y casi podríamos asegurar que en algún retrato del vestíbulo hemos visto, al salir del teatro, esa cara regocijada que nos

queda después de un rato de hilaridad.

Queda dicho con ello lo que es la labor de Ruggero. En cuanto a los demás componentes del cuadro del Smart, cabe decir que trabajaron con empeño para colaborar en el triunfo, siendo premiados sus esfuerzos por el aplauso del público. Citaremos entre ellos a Emma Martínez, Varela, Enríquez y Plastino.

ATENEO

La reprise en vespertina de "Melgarejo", aquella famosa pieza de Parra que estuvo todo un año en el cartel del Argentino, reverdeció los laureles de la época de su estreno. Volvió el público a reír las estupendas ocurrencias de nuestro máximo bufo, que hizo un "Melgarejo" recién nacido... La reprise, por su importancia y por no haber sido representada en la capital por otras compañías, tuvo los contornos de una verdadera "première" y no sería difícil, dada su aceptación, que desalojara en las veladas del cartel a "Adán y Eva se divierten"...

GIMENO y Cia.

Mucho más público de lo que se preveía atrae en el Avenida la compañía de zarzuela española que dirige Gimeno. Hasta ahora (el caballito de temporada es "Marina", que se ha repetido numerosas veces. Primer estreno será la opereta "La mejor del puerto", musicada por el maestro Alonso, en la que Gimeno tiene gran fe y cuyos ensayos es viene realizando con meticulosidad y esmero, para que salga "bordada"...

EL MALEVO

Obtiene aceptación el último estreno de Muñio, el sainete de Tronqué "Era un malevo buen mozo", que parece nacido para perdurar en el cartel del Buenos Aires. Este éxito no impide que la compañía piense en remover parte del programa, para cuyo fin ensaya una pieza de Pablo Suero, que será el próximo estreno.

OTEO

José Gómez prosigue dando la obra de Shakespeare, con el entusiasmo que él pone en sus interpretaciones de los monumentos de la literatura dramática. Tanto entusiasmo, que noche a noche se desmaya algún espectador... Si los colapsos continúan, será el caso de que intervenga el Departamento Nacional de Higiene, hoy demasiado ocupado con la sanidad de los vapores.

LAS OBRAS DEL MAIPO

En el Maipo se han realizado recientemente algunas obras de seguridad y comodidad, con las que

resultará beneficiado el público. A continuación se harán algunas otras obras por la compañía del actor Ernesto Vilches. Respondemos de la eficacia de las primeras y en cuanto a las de la compañía que dirige el elegante actor español, habrá que verlas si es que nos animamos.

DISFRAZADOS SIN

CARNAVAL

En el Nacional ha vuelto a ponerse en escena el sainete lírico "Los disfrazados", que fué hace días un éxito muy sostenido.

Se prepara como próximo estreno "La sangre de las guitarras" de Vicente G. Reta.

DOS VIEJOS AMIGOS

Roberto y Mariana, los protagonistas de la deliciosa comedia de Paul Gerald, que lleva sus nombres, serán presentados próximamente en el Liceo. Será enriquecido así el cartel de este teatro con una producción noble y simpática en la que la primera actriz del elenco tendrá motivo especial de lucimiento.

LA BOZAN ESTRENO "CYRANO DE POMPEYA"

Para meterse con Rostand o con cualquier otro as de la poesía, parodiándoles una obra maestra, hay que tener mucho ingenio. Luis Rodríguez Acasuso y Mario Bellini, al intentar hacerlo con "Cyrano de Bergerac" en su obra del epigrafe, han de haber creído que lo tienen. No queremos desengañarlos. Y no lo hacemos, porque estamos seguros de que a ellos nadie ha de parodiarles ninguna de sus obras.

Hemos visto reírse al público de la Comedia y nos resistimos a creer que sea por los chistes de la pieza. Seguramente tampoco ha de ser de Rostand. ¿De quién se reirá el público de la Comedia?

GRAND SPLENDID

Con un bonito programa cinematográfico, esta semana ofrecerá sus funciones esta regia sala que administra el Sr. Carbone desde que se inauguró. La concurrencia, constituida por la "haute" de la sociedad porteña, mantiene su preferencia por este cine, considerado el mejor de la Capital.

CAPITOL

Con buena afluencia de público desarrolla su temporada este salón, cuyos programas cinematográficos incluyen novedades en el arte silencioso.

GLORIA

Un interesante cartel ha preparado para la semana este cine de la avenida de Mayo, que atrae numeroso público.

PARC

Funciona con abundante público esta sala de Palermo, predilecto del público selecto del barrio.

SOCIALES



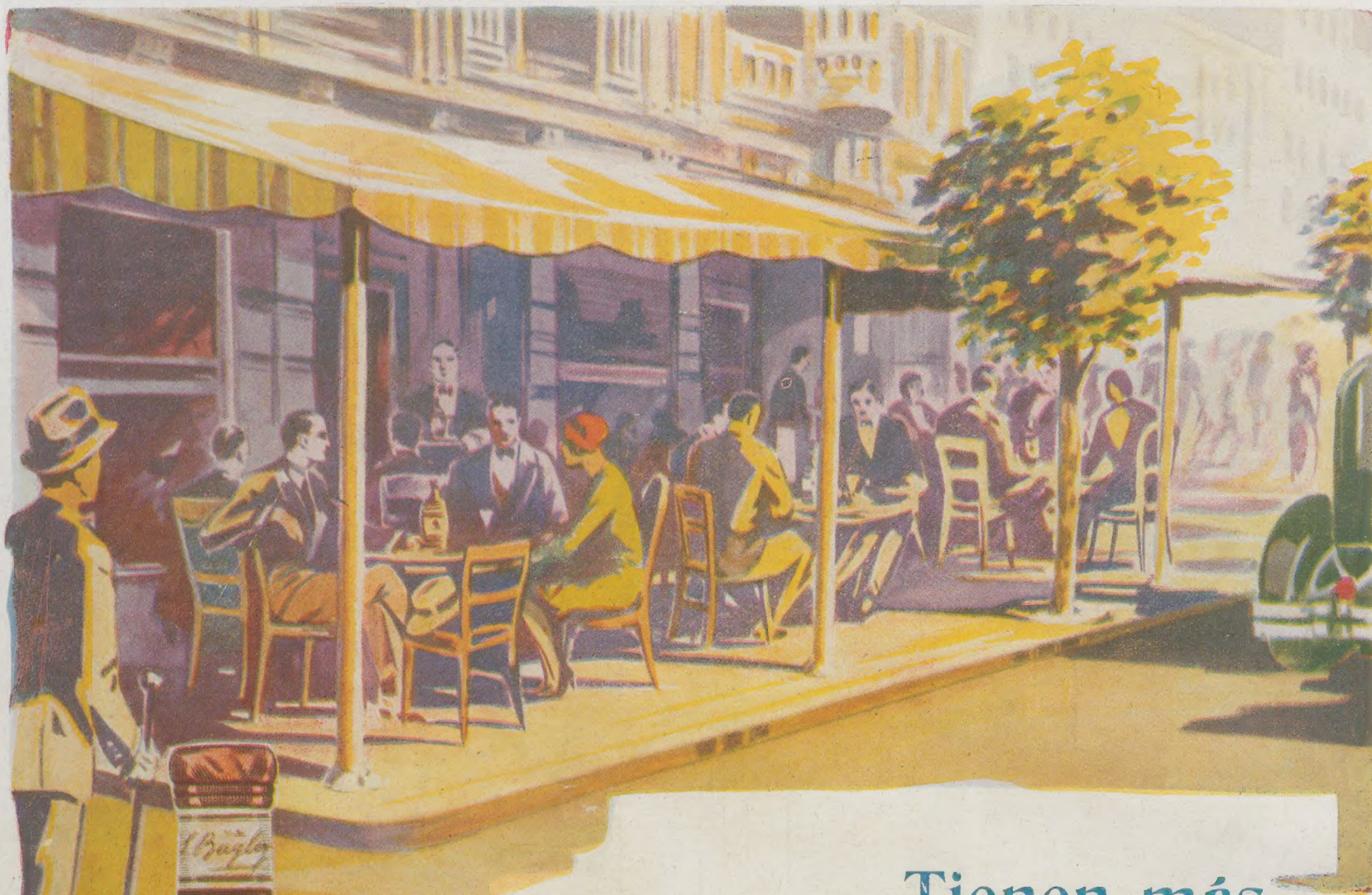
Señorita María Luisa Cazenave que contrajo enlace con el señor Ernesto Lemos, en el templo de San Miguel



Señorita Aminta Glücklich Pietranera, cuyo matrimonio con el señor Carlos Alberto Delleplane se realizó en la capilla de Nuestra Señora de las Victorias



La señorita Lelia Aranguren, acompañada del cortejo nupcial después de contraer enlace con el doctor Ramón Cornell, ceremonia que se efectuó en la basílica de Nuestra Señora de la Merced.
Fots. F. Pérez



Tienen más razón de la que creen

Los cientos de millares de personas que durante años se han mantenido fieles a la buena y vieja Hesperidina, tienen más razón de la que creen tener.

Tal vez la tomen, principalmente, porque les gusta su sabor tan agradable, o porque sus abuelos siempre la tomaron, pero... hay razones más importantes.

¡Hesperidina es única! En todo el mundo no hay otra bebida que proporcione un efecto tan estimulante del apetito y vigorizador. Hesperidina es una combinación de esencia de naranja amarga y quinina, y del más puro alcohol, extraído exclusivamente del maíz.

Y es por eso que tantas personas dicen siempre:

A mí me gusta más

Hesperidina

